HARLEQUIN™ Bianca™

EL LEGADO

EL JEQUE Y LA LADRONA

MAYA BLAKE

Bianca

EL JEQUE Y LA LADRONA

MAYA BLAKE



Argumento

"La caja antigua puede ser mi regalo de boda para ti".

Allegra di Sione, directora de una fundación benéfica, no podía fallar en su misión. Tenía que recuperar la adorada caja de su abuelo, que estaba en manos del jeque Rahim Al-Hadi, y por eso se encontró atrapada en el suntuoso dormitorio de Rahim cuando intentaba robarla.

La única posibilidad de escapar era seducir al impresionante jeque, pero a la mañana siguiente, cuando se escabulló, no sabía que llevaba algo infinitamente más preciado… y que, cuando Rahim lo averigüe, no le quedará más remedio que convertir a la seductora ladrona en su reina.

Capítulo 1

Allegra miró al auxiliar de vuelo y sonrió. Rechazó la copa de champán con un movimiento de la cabeza y una sonrisa desvaída. Afortunadamente, el compartimiento de primera clase estaba casi vacío. Nadie podía presenciar su preocupación, nadie podía saber que seguía impresionada por la noticia que le había dado su hermano Matteo hacía dos días. ¿Cómo era posible que su abuelo le hubiese ocultado la gravedad de su enfermedad? Ella sabía que estaba haciéndose pruebas porque los médicos sospechaban que la leucemia había vuelto, pero le había quitado importancia cuando, hacía dos meses, le había preguntado el pronóstico. En ese momento, sabía que le quedaba un año de vida. Tenía al corazón encogido. No podía creerse que el hombre que parecía más grande que la vida misma no fuese a estar allí en la próxima Navidad. Los ojos se le empañaron de lágrimas. Se las secó precipitadamente cuando notó que volvía el auxiliar de vuelo. No podía perder la compostura. Todo el mundo estaba mirando y tenía que mantener las apariencias, sobre todo, cuando las tecnologías avanzaban a la velocidad de la luz. Era Allegra di Sione, la nieta mayor de uno de los hombres más poderosos del mundo. También era la cara visible de la Fundación Di Sione, una fundación benéfica a la que dedicaba su

vida. Era feliz realizando ese trabajo tan absorbente aunque significara que casi siempre se sintiera muy sola.

Intentó pensar en otras cosas y miró por la ventanilla del avión que ocupaba su posición en la pista del aeropuerto internacional de Dubái. Era principios de mayo y el sol era deslumbrante. Casi tan deslumbrante como habían sido los invitados y el éxito de última gala que había celebrado la fundación. Su equipo le había asegurado que había sido la mejor hasta la fecha, que había recaudado casi el doble que la del año anterior, pero ella, aunque estaba muy orgullosa, no podía pensar en eso cuando seguía dándole vueltas a lo que le había contado Matteo. Aparte de la noticia sobre la salud de su abuelo, su hermano había dejado caer otra bomba. La pequeña fábula que les contaba su abuelo no era una fábula en absoluto, según Matteo.

Siempre le había emocionado la historia que les contaba su abuelo sobre las amantes perdidas. Incluso, había llegado a preguntarse si su abuelo había llevado una vida tan disoluta como la de sus propios padres. Sin embargo, había descartado esa posibilidad porque sabía que su abuelo había adorado a su esposa hasta que ella murió. Su integridad era una de las muchas virtudes que ella había intentado emular. Aparte, su prioridad absoluta siempre había sido levantar la fortuna de los Di Sione. Sin embargo, no estaba preparada para descubrir que las amantes perdidas tenían un significado verdadero. ¿Por qué le había encomendado su abuelo a Matteo que recuperara un collar

perdido hacía mucho tiempo? Además, la expresión de los ojos de su hermano cuando le dijo que volviera a casa sin demora…

Tomó una bocanada de aire cuando el avión se elevó en el árido cielo del desierto. Cuando tenía seis años, había hecho frente a la pérdida de sus padres de la forma más atroz y entre la atención de todos los medios de comunicación. Había sofocado su propio dolor para ayudar a sus seis hermanos a pesar de lo mucho que echaba de menos a su madre, cuyo amor había sido tan volátil como abundante. Haría frente a lo que tuviera que decirle su abuelo, fuera lo que fuese.

A pesar de todos los ánimos que se había dado a sí misma durante el vuelo, no podía dejar de temblar mientras el coche tomaba el camino que llevaba al lugar que ella llamaba su hogar. Tenía un piso con tres dormitorios en Manhattan, pero la residencia de los Di Sione en Long Island, donde se había criado con sus hermanos, era su verdadero hogar. Como pasaba con casi todos los hogares, tenía recuerdos agridulces, aunque en su caso, y en el de sus hermanos, eran más agrios que dulces. No podía apartar la mirada de la impresionante mansión. Estaba rodeada de césped impecablemente cortado y se veía a lo lejos el Estrecho de Long Island. Allí la llevaron después de la noche que estuvo en la casa de sus padres y presenció la que sería su última pelea a gritos inducida por las drogas. Dos horas después,

llegó un coche de policía, se bajó un agente y, con cuatro palabras, sus hermanos y ella se convirtieron en huérfanos.

Allegra enterró ese recuerdo espantoso en el rincón más recóndito de la cabeza y se bajó del coche. Se abrió la puerta doble y salió Alma, el ama de llaves que había formado parte de la familia desde que ella tuvo uso de razón. Aunque la sonrisa de la anciana italiana era tan amplia y acogedora como siempre, Allegra captó la preocupación en sus ojos marrones y en su forma de agarrarse las manos.

–Señorita Allegra, cuánto tiempo… –la saludó Alma cuando entró en el enorme vestíbulo.

Allegra asintió con la cabeza, pero ya estaba buscando a su abuelo con el corazón desbocado ante la posibilidad de que se lo hubieran llevado de allí.

–¿Dónde está él? ¿Cómo está?

La sonrisa de Alma se apagó un poco más.

–El médico le ha aconsejado que descanse en la cama, pero el señor Giovanni… insiste en que tiene un buen día. Está sentado fuera, en su sitio favorito.

Allegra se apartó de la imponente escalera de hierro fundido que subía los tres pisos y fue a dirigirse hacia el ala oeste de la villa, al sitio donde su abuelo había desayunado toda su vida.

–Señorita Allegra…

Se detuvo y se dio la vuelta para mirar a Alma. El desasosiego que vio reflejado en su rostro le produjo un escalofrío en la espalda. No había dudado de su hermano ni por un momento, pero la verdad era que Matteo había estado un poco absorto por la mujer que lo había acompañado a la gala de la fundación. En cierto sentido, había esperado que hubiese exagerado la gravedad de la situación cuando había hablado con ella en Dubái. Sin embargo, la expresión del ama de llaves confirmaba que Matteo no había exagerado.

–No está como la última vez que lo vio. Prepárese.

Allegra asintió con la cabeza. Tenía la boca seca y se pasó las manos húmedas por el vestido de lino azul marino mientras seguía por el pasillo. No veía la luz que entraba por los ventanales e iluminaba las obras de arte que adornaban las paredes. Solo le importaba llegar al final del pasillo y salir por las puertas acristaladas que daban a la terraza con columnas.

Alma le había dicho que se preparara, pero, a pesar de la advertencia, se quedó boquiabierta cuando salió al exterior. Había esperado que su abuelo estuviese sentado en su butaca favorita. Se quedó helada cuando vio la cama con lo que parecía una bombona de oxígeno. Su abuelo estaba tumbado con unas mantas de cachemira por encima de la cintura. El pecho le subía y bajaba lentamente y tenía los ojos cerrados. Sin embargo, lo que más le impresionó fue que su rostro, normalmente resplandeciente, estuviese pálido y demacrado. El cambio, desde

la última vez que lo vio hacía dos meses, era increíblemente asombroso.

–¿Vas a quedarte todo el día como una estatua?

Allegra dio un respingo y se acercó a esa figura, cuya fragilidad quedaba cruelmente resaltada por la luz del sol.

–Abuelo…

–Siéntate –le ordenó Giovanni dando unas palmadas en la cama con una mano nudosa.

Ella se sentó en el borde de la cama y tuvo que contener un sollozo cuando miró a su abuelo a los ojos. No habría podido soportar que también se hubiese apagado el espíritu indomable del hombre que llegó a la isla de Ellis hacía más de medio siglo. Sin embargo, y afortunadamente, sus ojos grises eran tan penetrantes como siempre, aunque un poco ensombrecidos por el dolor.

–¿Por qué no me lo dijiste? –susurró ella con la voz ronca por las emociones que estaba intentando contener–. Hemos hablado muchas veces por teléfono desde la última vez que estuve aquí. ¿Por qué no me has dicho que viniera?

–Tenías otras cosas en la cabeza.

–¿Como qué? –preguntó ella con el ceño fruncido.

–Sé lo importante que era para ti la gala de la fundación y, a juzgar por lo que he oído, fue un éxito clamoroso. No quería que

te preocuparas por un anciano cuando ese acontecimiento tan importante exigía toda tu atención.

–Mi trabajo nunca será tan importante como tú para mí. Lo sabes. ¡Deberías haberme avisado!

–Considérame debidamente regañado –replicó él con media sonrisa.

Allegra, avergonzada, sacudió la cabeza.

–Lo siento.

–No lo sientas. Tu pasión serena es una de las muchas cosas que admiro de ti, *piccola mia* –él le tendió una mano muy grande y ella la tomó. Era cálida y tranquilizadora, pero no tenía la fuerza de antes–. Entonces, ¿Matteo ha hablado contigo?

Allegra asintió con la cabeza mientras tragaba saliva.

–La leucemia ha vuelto y el pronóstico es que te queda un año si tenemos suerte, ¿no?

Le tembló la voz al preguntarlo y sintió un vacío enorme cuando miró a su abuelo. Había deseado con cada célula de su cuerpo que no fuese verdad, pero Giovanni asintió con la cabeza.

–Sí –él la miró a los ojos para que no diera la espalda a la realidad–. Además, esta vez no habrá intervención. La última vez ya fue bastante arriesgada, o eso me han dicho los médicos.

–¿Estás seguro de que no se puede hacer? Podría hacer algunas llamadas…

–Allegra, querida, no te he pedido que vengas por eso. He roto todos los pronósticos durante más de quince años, desde que me lo diagnosticaron la primera vez. He vivido muy bien y me han bendecido de muchas maneras. He aceptado mi destino, pero antes de que me marche…

–Por favor, no hables así –le interrumpió Allegra.

Su abuelo la miró con compasión y sacudió la cabeza.

–Asimilarás esto como has asimilado muchas cosas dolorosas en tu vida. Eres fuerte, Allegra. Sé que serás más fuerte todavía en este trance.

Ella quería taparse los oídos como una niña, pero nunca había eludido la realidad. Era una niña cuando tuvo que hacerse responsable de sus hermanos menores de un día para otro. Alessandro, su hermano mayor, y Dante y Dario, los gemelos que habían hecho la vida imposible a todas y cada una de las personas que habían estado en contacto con ellos en la residencia Di Sione, fueron a un internado en cuanto fueron lo bastante mayores, pero sus tres hermanos menores habían sido responsabilidad de ella. Si bien sabía en el fondo de su corazón que no había conseguido ser el mejor modelo a seguir, sí había intentado por todos los medios que sus vidas como huérfanos fuesen lo más fáciles posible. Había intentado darles estabilidad en un mundo donde las niñeras entraban y salían como si las puertas fuesen giratorias y donde su abuelo había estado plenamente dedicado a levantar su emporio. Había fracasado

muchas veces y Giovanni había tenido que intervenir. Con cada fracaso había dudado que tuviese la capacidad de ser lo que tenía que ser para su familia, pero nunca había dejado de hacer lo que tenía que hacer, y lo que tenía que hacer era su familia. Su abuelo y sus hermanos siempre eran lo primero. Sofocó el dolor que le atenazaba el corazón, tomó aire y asintió con la cabeza.

–¿Qué necesitas que haga?

Fuese por la decisión de su voz o porque había aceptado que no podía cambiar los designios del destino, su abuelo se sentó con algo más de color en la cara. Ella se alegró aunque tenía el corazón acelerado. Giovanni no la habría llamado si no fuese a pedirle algo importante.

–Necesito que recuperes algo, algo único y muy preciado que perdí hace mucho tiempo.

–De acuerdo –Allegra asintió con la cabeza–. Llamaré al director de la agencia de detectives que utilizo para...

–No, lo has entendido mal. No quiero que encuentren esa cosa, necesito recuperarla. Ya sé dónde está.

–Si ya sabes dónde está, ¿por qué no mandas a alguien a por ella? –preguntó Allegra con el ceño fruncido.

–Necesito que vayas tú y la consigas –contestó Giovanni sacudiendo levemente la cabeza.

–No lo entiendo.

–Es posible que tenga que explicártelo –Giovanni resopló–. ¿Te acuerdas de la historia de mis amantes perdidas?

–¿La colección de la que nos hablabas cuando éramos pequeños? Matteo me contó que le habías pedido que te encontrara una. Entonces, ¿son de verdad? ¿Existen?

El anciano esbozó una sonrisa triste.

–Sí, querida, son de verdad. Las vendí para empezar nuestro negocio familiar, pero ahora... –él desvió la mirada y a ella se le encogió el corazón por la desolación que había captado–. Ahora necesito recuperarlas. ¡Tengo que recuperarlas antes de que me muera!

Ella asintió con la cabeza. No podía negárselo al hombre cuyo amor nunca se había apagado aunque estuviese enterrado bajo la inmensa responsabilidad de ocuparse de sus muchos nietos.

–Te lo encontraré, sea lo que sea.

Giovanni suspiró y apoyó la cabeza en la almohada blanca como la nieve, pero no dejó de mirarla a los ojos ni un instante.

–Sabía que podía contar contigo. Si la memoria no me falla, mi adorada caja se vendió hace décadas a un jeque. La quería para su novia y me hizo una oferta que no pude rechazar –él sonrió, aunque fue una sonrisa teñida con una desolación mayor todavía–. Además, ¿quién era yo para interponerme en el amor verdadero?

–¿Te acuerdas de cómo se llama? ¿De dónde era?

Allegra quería que le diera los datos lo antes posible para librar a su abuelo de esos recuerdos que, evidentemente, estaba produciéndole mucha tristeza. El abuelo que ella recordaba siempre apegado al presente, al futuro del negocio familiar y al bienestar de sus nietos. Verlo recordar ese pasado del que hablaba muy pocas veces aumentaba el temor a la pérdida inminente.

–No recuerdo su nombre, pero era el jeque de Dar-Aman. Cuando nos conocimos, él estaba a punto de casarse con la mujer de sus sueños. Quería la caja como parte del regalo de boda. Era una de las muchas que había acumulado a lo largo de los años.

–*Nonno* –ella murmuró la palabra italiana que no había empleado desde hacía mucho tiempo–. Haré lo que pueda para recuperarla, pero tienes que tener presente que eso fue hace mucho. Es posible que haya vendido la caja.

No quería decepcionar a su abuelo por nada del mundo, pero tenía que prepararlo por si se encontraba en un callejón sin salida.

–No –Giovanni sacudió la cabeza–. Intenté comprársela cuando el jeque perdió a su esposa, pero se negó a separarse de la caja. Me juró que nunca se desprendería de ella. Volví a intentarlo hace unos años, pero sin éxito. Sin embargo, sigue en el palacio de Dar-Aman.

Esa convicción hizo que Allegra supusiera que su abuelo había seguido de cerca a su preciada caja y se preguntó por qué no había hecho nada para recuperarla antes. El nombre Di Sione podía abrir las puertas más cerradas, por no decir nada de la fortuna que lo acompañaba.

–¿Me la encontrarás, querida?

Era imposible pasar por alto el tono suplicante y era difícil asimilar que durante años había anhelado en secreto esa caja, la caja que había vendido para poner los cimientos de su familia.

–Claro que lo haré. ¿Cómo la conseguiste?

Su abuelo tosió y ese sonido áspero retumbó en la terraza bañada por el sol. Luego, se atragantó y ella, presa del pánico, se levantó de un salto.

–Abuelo…

Él señaló la bombona de oxígeno. Ella le puso la mascarilla en la cara mientras una enfermera salía por las puertas acristaladas. Matteo le había comentado que los médicos habían permitido que se fuese a su casa solo si tenía asistencia médica privada. No obstante, la aparición de la enfermera confirmaba la gravedad de su abuelo y que las cosas solo podían empeorar.

–Lo siento, señorita Di Sione, pero ahora tiene que descansar.

Ella miró el pecho de su abuelo, que subía y bajaba a toda velocidad, y le escocieron los ojos.

–Abuelo…

Él se quitó la mascarilla a pesar de las protestas de la enfermera.

–No pasa nada. Estos ataques duran poco y parecen peores de lo que son. A este perro viejo todavía le queda vida.

Él guiñó un ojo y ella sonrió, pero el miedo todavía le atenazaba el corazón. Él volvió a tenderle la mano y ella se acercó.

–Trae la caja, querida Allegra. Tiene que volver a casa.

Allegra asintió con la cabeza, se inclinó y le besó la pálida mejilla.

–Le encontraré, te lo prometo. Ahora, descansa, por favor.

Él le apretó la mano con más fuerza antes de soltársela. Ella se alejó con la cabeza llena de preguntas y el corazón lleno de lágrimas. Sacó el teléfono del bolsillo del vestido, llamó a Matteo y resopló con desesperación cuando le contestó el buzón de voz. Pensó llamar al resto de sus hermanos, pero descartó la idea. Aparte de Matteo y Bianca, no había hablado con el resto de sus hermanos desde hacía un par de semanas. Todos sabían que su abuelo estaba enfermo y buscarían tiempo para visitar a Giovanni, pero tenían unas vidas muy ocupadas. No podía añadirles la carga de esa tristeza. Además, tenía que empezar a ocuparse de la promesa que le había hecho a su abuelo, una promesa que pensaba cumplir pasara lo que pasase.

Capítulo 2

–Allegra, son las diez.

Allegra subrayó con el rotulador otro párrafo del documento que estaba leyendo y levantó la mirada.

–¿Qué? –preguntó distraídamente.

Seguía concentrada en cómo conseguir que las autoridades de un diminuto país del Océano Pacífico ratificaran algunas leyes que concedieran más derechos a las mujeres. Había comprobado que la diplomacia podía llegar lejos, pero nunca lo bastante. Decidió que tenía que hablar con su hermano Alessandro para que dirigiera algunos contratos económicos hacia ese país y dar así otro empujón a sus esfuerzos. Había aprendido que la comunicación mejoraba con la promesa de una recompensa tangible. Había luchado mucho para conseguir que las mujeres de ese país tuvieran más derechos y no quería que todo se paralizara en el último obstáculo.

–El ayudante del jeque Rahim Al-Hadi aceptó concederte una conferencia de quince minutos, ¿te acuerdas? –Zara, su secretaria, la miró y sonrió–. Ya solo te quedan catorce.

Allegra dejó el rotulador con un gesto de fastidio y se preguntó con qué clase de hombre tendría que tratar. Había dedicado media hora a investigar sobre el reino de Dar-Aman y

su jeque. Lo que había descubierto era espantoso y una ofensa a todo lo que ella apoyaba como defensora de los derechos de las mujeres. Sin embargo, tenía que cumplir una promesa.

Tecleó los números y resopló mientras la línea se conectaba.

–Soy Allegra di Sione y me gustaría hablar con el jeque Al-Hadi, por favor.

Intentó, sin conseguirlo, borrar las imágenes del jeque playboy y su forma de vida, las imágenes de sábanas bordadas en oro, de espejos tachonados con diamantes, de tesoros en todas las habitaciones… Mientras esperaba, tuvo que sujetar el teléfono con más fuerza solo de pensar que todos esos excesos los disfrutaba a expensas de los súbditos de su reino. Una sensual música árabe llenó el silencio. Era un sonido tan inesperadamente hermoso que contuvo el aliento. Se dejó caer sobre el respaldo de la silla de cuero y, a regañadientes, esbozó sonrisa mientras la hipnótica música eclipsaba provisionalmente toda preocupación. Cerró los ojos y se acordó de cuando los libros románticos eran su placer secreto, su vía de escape. Se vio transportada a las ardientes noches de los desiertos árabes, a los hombres altos con ondulantes túnicas blancas, a esos ojos marrones e inquietantes que…

–Hola…

Allegra dio un respingo avergonzada por haberse perdido la presentación.

–Umm… Jeque Al-Hadi, gracias por contestar mi llamada.

–Para agradecérmelo, puede decirme el motivo de esta llamada.

Su voz profunda y viril le produjo un escalofrío en la espina dorsal. Su entonación, su forma de acariciar las vocales de las palabras, la dejó muda un instante, un instante demasiado largo a juzgar por el resoplido que oyó al otro lado de la línea.

–Me llamo Allegra di Sione…

–Sé muy bien quién es. Lo que todavía me gustaría saber es por qué desea hablar conmigo.

Ella se mordió la lengua para no replicar con acritud. Como directora de la fundación familiar, estaba acostumbrada a ser diplomática incluso cuando menos quería serlo. Se recordó por qué estaba haciendo eso y se recompuso.

–Tenemos que hablar de una cosa una cosa muy importante y preferiría no tratarla por teléfono.

–Como usted y yo no nos conocemos, supongo que se trata de algo relacionado con la Fundación Di Sione…

Allegra frunció el ceño un poco aterrada por la reacción inesperada de su cuerpo a la voz de él. Titubeó por la idea de que su respuesta marcaría el rumbo de esa conversación. El asunto del que quería hablar era estrictamente personal. No estaba dispuesta a fracasar en su cometido, pero tampoco quería reconocer que su visita sería personal y que eso le impidiera llegar a él antes de que hubiera podido empezar a intentar recuperar la preciada caja de su abuelo. Además, una vez

fallecido el jeque anterior, no estaba segura de que el jeque Rahim Al-Hadi conservara la caja de la que Giovanni hablaba con tanto aprecio.

–Efectivamente, le visitaré como directora de la fundación familiar –mintió ella haciendo un esfuerzo para no cruzar los dedos.

No creía en la suerte o en el destino, si no, sería insoportablemente desolador que… al cosmos le hubiera parecido bien dejar huérfanos a siete niños y que el único familiar al que quería se encontrara entre la vida y la muerte. La vida era lo que era. Había aceptado hacía mucho tiempo toda la felicidad y todo el dolor que suponía ser una Di Sione. Cuando llegara a Dar-Aman, ya le explicaría el verdadero motivo de su visita. Si llegaba…

–El jueves por la mañana me marcho de la capital. Quizá pueda organizarlo para verme cuando vuelva, dentro de un mes.

–No, necesito veros antes de que os marchéis.

Seguramente, a Europa o el Caribe. Al fin y al cabo, se rumoreaba que tenía casas en Mónaco, Saint Tropez y las Islas Maldivas. Ella siguió cuando él no dijo nada.

–Nuestro asunto no llevará más de unas horas, medio día como mucho.

–Muy bien. Mi avión privado está en estos momentos guardado en el aeropuerto de Teterboro. Va a volver dentro de dos días. Me ocuparé de que vaya en él.

–No hace falta –Allegra hizo una mueca–. Estaré encantada de tomar un vuelo comercial –añadió ella sin poder disimular el tono de censura.

–¿Saco yo mis propias conclusiones por su tono o prefiere explicarme por qué le ofende mi ofrecimiento? –preguntó él en un tono gélido.

–Es que me preocupa mi huella de carbono.

Era algo que ella defendía con fuerza, aunque fuera objeto de la burla de sus hermanos, quienes usaban sus aviones privados cuando querían.

–Muy bien. Dejaré que compruebe usted misma todos los vuelos que tiene que tomar para llegar a Dar-Aman desde Nueva York. También debería tener en cuenta que el tiempo de medio día que le concedo podría verse reducido a unos minutos si llega tarde. Si cambia de opinión sobre mi ofrecimiento, dígaselo a mi secretario. Ya ha consumido su tiempo y tengo que atender otros asuntos acuciantes. Adiós, señorita Di Sione.

–¡Esperad, Alteza!

–Sí…

Ella abrió la agenda y la repasó rápidamente. Lo antes que podría llegar a Dar-Aman si salía esa noche, algo que era imposible porque tenía una cena con un embajador en las Naciones Unidas, sería el jueves temprano después de haber tomado tres vuelos distintos. No llegaría en un estado aceptable como para mantener una conversación coherente con el jeque y

mucho menos para intentar hacerle una oferta justa por la caja de Fabergé. La petición de su abuelo era demasiado importante como para llegar a Dar-Aman cansada y mal preparada.

–Yo... Yo acepto vuestro ofrecimiento.

–Una buena decisión, señorita Di Sione. Estoy deseando darle la bienvenida a Dar-Aman.

El jeque Rahim Al-Hadi estudió el informe que le había preparado Harun, su ayudante. Cerró la carpeta después de leerlo por segunda vez y se apartó un poco de la mesa grande y antigua que estaba hecha con uno de los robles que había plantado el primer hombre que puso un pie en Dar-Aman. Ese hombre había sido su antepasado directo, el primer jeque Al-Hadi. Rahim no pasaba por alto la responsabilidad que conllevaba esa mesa. Sentía su peso opresivo cada vez que se sentaba detrás de ella. El peso de esa responsabilidad frustrante lo oprimía cada vez que tomaba una decisión que hacía fruncir el ceño, o protestar enérgicamente, a un consejo anclado en el pasado.

Esbozó media sonrisa.

Hubo un tiempo en el que habría estado encantado de tirar la mesa a una hoguera. A ser posible, rodeada de tres docenas de aduladores. Se llevó la mano al lado izquierdo de la barbilla, donde tenía una cicatriz que le recordaba los viejos tiempos. Se

la había hecho cuando descendía por un barranco en una temeridad ridícula.

Esa forma de vida cargada de adrenalina, que era como una ruleta rusa, había terminado bruscamente hacía seis meses, cuando murió su padre. Entonces, lo habían obligado a volver a su país, a afrontar el camino que había tomado su vida…

Cortó en seco el rumbo que habían tomado sus pensamientos y llamó por el interfono.

–Harun, que preparen los aposentos para invitados de Estado del ala este y retrasa mi viaje otros tres días.

–Pero… Alteza… ¿Estáis seguro? –le preguntó el hombre de mediana edad.

Rahim contuvo un suspiro. Estaba harto de que su ayudante jefe cuestionara siempre sus decisiones. Si no fuera una fuente de información fidedigna sobre todo lo que tenía que ver con Dar-Aman, lo habría despedido hacía mucho tiempo. No había necesitado espías palaciegos para saber que Harun no lo quería en Dar-Aman. Cuando el consejo le presentó la alternativa de que gobernara o abdicara, Harun habría preferido que abdicara para que su hijo, un primo lejano de Rahim, ocupara el trono. Sin embargo, cuando tuvo que tomar la decisión que había esperado no tener que tomar hasta que tuviera cuarenta o cincuenta años, él supo que solo tenía una alternativa. Dar-Aman era su patria. Sus antepasados habían luchado y se habían sacrificado para que fuera su patria. Él no iba a darle la espalda por unos sentimientos

heridos o el sentimentalismo de la juventud. Si acaso, había visto claramente que el amor y los cuentos de hadas solo existían en la cabeza de los necios y los débiles.

Había prosperado sin esos sentimientos efímeros y, desde luego, ya no tenían cabida en el futuro de Dar-Aman. Como tampoco tenía cabida que Harun se considerara con algún derecho. Sin embargo, lo necesitaba por el momento porque tenía las manos atadas hasta que pudiera introducir los cambios que su reino necesitaba apremiantemente. Tenía las manos atadas de tantas maneras que había perdido la cuenta, era como si cada vez que desataba un nudo, otros aparecieran por todos lados.

–También quiero que se celebre un banquete el viernes por la noche. Ocúpate de que se invite a todos los ministros y dignatarios con sus esposas.

–Naturalmente, se hará como deseáis –replicó Harun a regañadientes–. ¿Deseáis algo más, Alteza?

–Ya te lo diré si lo deseo.

–Sí, Alteza.

Rahim fue hasta la ventana. La vista era la misma de siempre. Unos cuatrocientos metros de césped salpicados de majestuosas fuentes hechas con mosaicos y unos juegos de agua muy vistosos. Cada aspecto del paisaje se había creado pensando en el placer, como casi todo en el palacio real. Su padre lo había hecho todo para complacer a la esposa que amaba más que a

nada y a nadie en el mundo. Su padre no había escatimado en gastos para que el palacio pareciera sacado del cuento de hadas más mágico y lujoso, para complacer a su madre.

Mientras ella había vivido, ese amor le había llegado a él y al pueblo de Dar-Aman. Su reino había sido un lugar dichoso. Hasta que ella murió con su hermano nonato y su mundo se oscureció.

Apretó los dientes cuando esas heridas, reprimidas desde hacía mucho tiempo, amenazaron con abrirse. Esas heridas se habían resistido al vendaje del tiempo desde que volvió al palacio, un lugar al que, cuando cumplió dieciocho años, había jurado que no volvería. Tenía grabada en la memoria la última, y vehemente, discusión que había tenido con su padre, así como las palabras hirientes que le había arrojado su padre aquel día. Entonces, le impresionó lo deprisa que unos recuerdos felices podían dejar paso al dolor y la desolación. Sin embargo, y por mucho que hubiese deseado lo contrario, la muerte de su madre lo había cambiado todo, entre otras cosas, el rumbo de su vida durante mucho tiempo. Ni siquiera su pueblo se había librado y Dar-Aman había sufrido mucho desde la muerte de su reina.

El asombro había superado a sus sentimientos cuando volvió a su patria hacía seis meses, y él era el único culpable. Desde que se había marchado de Dar-Aman, hacía quince años, había roto todo los lazos físicos y sentimentales con su patria. Las personas con las que se había rodeado podrían haber sabido que era el heredero, pero les habían advertido con toda claridad de que no

hablaran nunca de su patria. No había sabido absolutamente nada sobre Dar-Aman.

En ese momento, miraba con tristeza y arrepentimiento el reino que se extendía debajo de él. Más allá del palacio de cuento de hadas, había kilómetros de obras en construcción, la prueba de un renacimiento doloroso donde debería haber habido un crecimiento orgulloso. Las infraestructuras de Dar-Aman habían quedado en manos de unos cuantos corruptos y codiciosos que habían arrasado la economía hasta que él había llegado y había acabado con el caos. El gobierno que llegó a ser considerado por la comunidad internacional como de pensamiento avanzado se había pervertido hasta el punto de ser casi arcaico.

Dejó de pensar en la tarea descomunal que tenía por delante y pensó en la inminente visita de Allegra di Sione. Aunque había conocido a los gemelos Di Sione durante su época juerguista de la universidad, no se había fijado gran cosa en el resto de la familia. Después de la universidad, había estado demasiado ocupado haciéndose una vida al margen de Dar-Aman, aunque siempre había sabido que tendría que ponerse el manto de jeque algún día. Había creado un fondo de inversión muy próspero que valía miles de millones y había vivido la vida a tope en todos los sentidos. Mientras tanto, su patria se había desmoronado entre la decadencia y la apatía. Si bien podía emplear su fortuna personal para que su reino volviera a ser respetable e influyente, también sabía que su imagen personal era más que problemática, que sus

juergas del pasado habían provocado mucho escepticismo desde que volvió. Sus gamberradas de adolescente, antes de que se hubiese alejado de su padre, podrían haberse explicado como algo propio de la edad, pero sabía que su forma de vida, nada conservadora, era el motivo de que se hubiese encontrado con tanta resistencia desde que volvió a Dar-Aman.

Se dio la vuelta y volvió a la mesa. La visita de Allegra di Sione a Dar-Aman no podría haber llegado en mejor momento. La labor de su fundación a favor de los derechos de las mujeres, sobre todo en países asolados por la pobreza, era la plataforma de lanzamiento que necesitaba para su pueblo. Además, a él no le vendría mal rehacer su imagen de paso. El pueblo de Dar-Aman necesitaba creer que estaba implicado en su porvenir. Necesitaba creer que no era solo un playboy dispuesto a tirar dinero sobre un problema antes de volver a desaparecer. No podía hacer nada sobre todos los artículos que se habían escrito acerca de su vida repleta de excesos, pero sí podía demostrar que estaba allí para quedarse indefinidamente. Una vez que hubiese conseguido que confiaran en él, podría poner los cimientos del porvenir del reino… y Allegra era la clave de su plan.

Allegra se levantó y fue hasta la puerta del avión en cuanto se apagó la luz de los cinturones de seguridad. La rabia que le

atenazaba las entrañas estaba a punto de asfixiarla… y le abochornaba que una parte estuviese dirigida contra sí misma. Se había subido al avión real de Dar-Aman con la intención de no soportar ni uno de los minutos de las catorce horas que duraba el vuelo. En cambio, se había hundido en el mullido butacón de cuero y, después de una breve resistencia, había aceptado todas las atenciones que le había dedicado la tripulación. Además, había sido un placer trabajar en esa paz y sosiego y la tecnología de última generación la había mantenido conectada con la oficina. Incluso, había comprendido, entre gruñidos, por qué sus hermanos valoraban tanto viajar en aviones privados. Con todas las empresas internacionales que dirigían, sería una bendición poder trabajar o descansar tranquilamente en los desplazamientos. Más aún, había llegado a alabar al jeque Rahim Al-Hadi cuando unos de los tripulantes había dejado caer que el avión también se empleaba para transportar ayuda alimentaria a los países árabes cuando hacía falta.

Sin embargo, todo eso había sido antes de que abriera la revista que Zara había metido entre la documentación que había reunido precipitadamente sobre las cosas que había que saber de Dar-Aman. El artículo había comparado la vida en la calle de un ciudadano normal y corriente con la vida del gobernante del reino que flotaba en petróleo. La comparación había sido asombrosa. Se había quedado pasmada mientras veía las imágenes de la opulencia casi nauseabunda del palacio real y las del abandono de los ciudadanos y de las insuficientes

infraestructuras. Se había entristecido y enfurecido al ver los techos cubiertos de pan de oro y las cajas de Fabergé que había por las habitaciones de los invitados como si fuesen lo más normal del mundo. Hasta las columnas y los arcos de los pasillos estaban pintados con oro. Cuando llegó al final del artículo, se quedó atónita de verdad por la riqueza que se calculaba que contenía el palacio y por el presupuesto anual para su mantenimiento. Como Zara también había incluido en la documentación el producto interior bruto de Dar-Aman, tenía la comparación exacta. Había retorcido la revista hasta que oyó que se rasgaba.

Ese sonido todavía le retumbaba por dentro cuando salió al deslumbrante sol de la mañana, bajó a la alfombra roja y vio un convoy de todoterrenos negros que se dirigía hacia el avión. En medio de los resplandecientes coches con banderines de la casa real en los capós, había un Rolls Royce Phantom de la gama más alta. Como uno de sus hermanos había pensado comprarse uno las navidades pasadas, sabía el precio de ese coche. Apartó la mirada del coche blanco con perfiles dorados y se fijó en el hombre con una túnica blanca que se acercaba a ella. Contuvo la respiración al verlo moverse. A pesar de la inmaculada vestimenta que lo cubría desde el cuello hasta los tobillos, la elegancia natural de sus pasos no pasaba inadvertida, ni la tensión animal que desprendía su esbelta figura. Elevó la mirada a su rostro cuando estuvo más cerca. La rabia se convirtió en algo distinto cuando se encontró con unos ojos color avellana dorada.

En algo igual de intenso, pero mucho más peligroso. Esa mirada era directa y tan penetrante que titubeó y tuvo que pararse. Bochornosamente deslumbrada, se fijó en sus pómulos prominentes, en la barba incipiente y minuciosamente recortada sobre el mentón que parecía cincelado y en la aristocrática nariz que levantaba ligeramente mientras la inspeccionaba.

Había conocido suficientes jefes de Estado como para distinguir a los líderes por naturaleza de los que dependían de su posición para que se notara su poder. El magnetismo del hombre que solo había visto en la foto de una revista no necesitaba el oropel de la riqueza ni el turbante real que reposaba con naturalidad sobre su orgullosa cabeza para demostrar que era un macho alfa en todo el sentido de la palabra.

Todavía estaba intentando dominar la dirección que habían tomado sus pensamientos y los perturbadores sentimientos que se debatían en ella cuando él mostró los dientes con una sonrisa tan cautivadora que el corazón le dio un vuelco.

–Señorita Di Sione, me alegro de conocerla. Bienvenida a Dar-Aman. Soy el jeque Rahim Al-Hadi. Habría venido antes para recibirla, pero unos asuntos de palacio me han retrasado. Discúlpeme, por favor.

Allegra hizo un esfuerzo para no quedarse boquiabierta por la sensualidad y belleza del hombre que tenía delante e intentó recordar por qué estaba indignada con ese hombre y todo lo que representaba. Sin embargo, él estaba tendiéndole la mano y

siendo demasiado cortés y ella, consciente de que estaba saludando al gobernante de un reino en presencia de algunos dignatarios de su Estado, no tuvo más remedio que estrechársela. Sintió una descarga eléctrica en el brazo. No pudo describirlo de otra manera y tuvo que mirar las manos para cerciorarse de que no estaba haciendo algo absurdo e infantil como sujetar un dispositivo eléctrico. Sabía que era posible porque Dante, el más disparatado de sus hermanos gemelos, se lo había hecho una vez. Sin embargo, no había ningún truco. Tenía la mano entre los dedos largos y firmes de él y todo el cuerpo con carne de gallina.

–No tiene ninguna importancia. No espero ningún trato especial, ni mucho menos –replicó ella cuando recuperó un poco el buen juicio.

Él le apretó un poco más la mano y se la soltó. Ella no supo si suspirar con alivio o si frotarse la mano en el muslo para sofocar al cosquilleo que sentía todavía.

–Es una invitada en Dar-Aman y eso significa que se merece un trato especial. Le presentaré a mi consejo y luego iremos al palacio.

Él se apartó y ella vio el pequeño grupo que los había rodeado. Un hombre de mediana edad fue el primero en dar un paso al frente. El brillo de censura de sus ojos la sorprendió por un instante.

–Le presento a Harun Saddiq, mi ayudante personal y consejero.

–Creo que hablamos por teléfono –comentó Allegra con una sonrisa–. Gracias por su ayuda para traerme aquí.

El hombre inclinó la cabeza y le estrechó la mano, pero no dijo nada. A ella le dio igual. Fuera cual fuese lo que tenía contra ella, no iba a quedarse suficiente tiempo como para que le importara. Saludó al resto de los hombres con su diplomacia habitual, pero, cuando se dio la vuelta, vio que el jeque Rahim la miraba con los ojos entrecerrados mientras la acompañaba hacia el lujoso coche. El conductor fue a acercarse, pero Rahim Al-Hadi lo detuvo con un gesto de la mano. Allegra, algo sorprendida por la ruptura del protocolo, levantó la mirada y se encontró con esos ojos color avellana clavados en ella.

–¿Se encuentra bien? –le preguntó él.

Era una sensación absurda, pero no podía dejar de tener la sensación de que él veía más de lo que ella quería que viera, de que él sabía el efecto que producía en ella.

–Sí, naturalmente. ¿Por qué no iba a encontrarme bien?

Él arqueó una ceja.

–Sería muy normal que estuviese agotada y quizá algo irascible después de un vuelo tan largo.

–No soy irascible –ella hizo una pausa al arrepentirse del tono cortante y al recordar que estaba allí por su abuelo y por nada más–. Además, no hacía falta que vinierais a recibirme. Yo podría haber acudido por mis medios.

–Es posible que su visita tenga algún sentido para mí que usted desconoce.

Él sonrió de una forma tan sexy y peligrosa que el buen juicio de ella cayó en picado. Tomó el maletín, lo estrechó contra el pecho, apartó la mirada y se acordó de la fama de playboy que tenía el jeque Rahim. Seguramente, era un hombre que consideraba que todas las mujeres eran una posible conquista.

–Es una pena que no vaya a quedarme el tiempo suficiente para averiguar cuál es –replicó ella con una sonrisa forzada mientras se sentaba en el asiento trasero.

La puerta se cerró con un sonido casi sensual y ella, casi sin querer, lo observó mientras rodeaba el coche y se sentaba al lado de ella. Fuera, en el árido ambiente del desierto, solo había sido visualmente consciente de Rahim Al-Hadi, pero su olor se adueñó de ella cuando entró en el coche. Era un olor especiado, con un toque de sándalo, un olor intenso y abrumadoramente viril.

Había salido con hombres durante los años que estuvo en la universidad y después, pero ninguna de esas relaciones había pasado de la fase informal. Incluso, se había permitido algunas breves relaciones físicas cuando tuvo la curiosidad de comprobar lo que estaba perdiéndose y que su trabajo no satisfacía. Ninguno de los hombres que se habían cruzado en su camino había tenido el efecto que tenía Rahim Al-Hadi en ese momento. Tomó aire disimuladamente y esas sensaciones volvieron a

explotar dentro de ella. Se aclaró la garganta mientras intentaba convencerse de que estaba sacando las cosas de quicio, seguramente, porque había dormido muy poco.

–Alteza, os agradezco que hayáis aceptado verme con tan poca antelación. Prometo que no os robaré mucho tiempo.

Él esbozó una sonrisa más devastadora todavía y ella supo que su deslumbramiento emocional no tenía nada que ver con la falta de sueño. Ese hombre era la personificación del carisma sexual. Si bien los hombres con los que había salido habían tenido atractivo, lo que ese hombre tenía en un dedo meñique los habría dejado a la altura del betún. Miró los dientes que resplandecían por la luz del sol.

–Le complacerá saber que he reorganizado mi agenda para adaptarla a su visita. Mientras esté aquí, mi personal y yo estamos a su servicio. Recibirá lo que desee, cualquier lujo, con solo pedirlo.

Allegra volvió bruscamente a la cruda realidad y se crispó con ese recordatorio de la inimaginable riqueza del Rahim Al-Hadi.

–Gracias, pero el único lujo que necesito después de haber hablado con vos sobre el motivo de mi visita es la cama de mi hotel y un café fuerte. He reservado un vuelo de vuelta para mañana y espero que no me consideréis insolente si insisto en que nos reunamos lo antes posible.

Esas cejas negras y rectas se juntaron en el ceño con un gesto adusto.

–¿Se marcha mañana?

El resplandor de sus dientes desapareció cuando apretó los sensuales labios.

–Alteza, dijisteis que solo podrías concederme un rato, ¿no es verdad?

–Rahim.

–¿Cómo decís?

–Puedes llamarme Rahim cuando estemos hablando solos –él volvió a sonreír, pero fue una sonrisa fría, casi como si ella hubiese hecho algo que lo había ofendido–. ¿Puedo llamarte Allegra?

Por un instante, ella se dejó llevar por la sensual entonación de su nombre. Si bien su acento era sobre todo americano, porque había pasado más de quince años en Estados Unidos, el acento de su dialecto local envolvía de vez en cuando algunas palabras y les daba un aire hipnótico.

–Yo... Sí, claro.

Allegra supo de una forma ambigua que debería alegrarse de que ese encuentro estuviese saliendo mejor de lo que había esperado.

–Allegra, confieso que no presté la atención que se merecía a nuestra conversación telefónica –otra sonrisa deslumbrante la alcanzó entre el pecho y la espalda–. He cambiado de opinión después de que hablásemos. Ya te he preparado unos aposentos

en mi palacio. También he pospuesto mi viaje hasta el domingo y eso significa que te dedicaré todo mi tiempo hasta entonces. Esta noche, voy a celebrar un banquete en tu honor.

–¿Un… banquete? –preguntó ella boquiabierta–. Yo solo he venido para hablar de…

Él agitó una elegante mano para acallar su protesta.

–Hablaremos más tarde de ese asunto, después de que hayas podido descansar. Por el momento, permíteme que te enseñe un poco Shar-el-Aman, la preciosa capital de mi país.

Allegra tragó saliva por la sorpresa, pero conservó la sensación de que estaba pasando algo que ella no sabía.

–La verdad es que no esperaba que… te tomaras tantas molestias.

–Pero me lo concederás, ¿verdad?

Ella, que no supo cómo podía disuadirlo, asintió con la cabeza.

–Si lo deseas…

–Lo deseo.

La sonrisa de satisfacción hizo que ella le mirara la boca. Rahim Al-Hadi, como ejemplo de varón, había recibido una cantidad desproporcionada de belleza. No le extrañaba que lo hubiesen votado como el soltero más codiciado del mundo tantas veces que ella había perdido la cuenta. Probablemente, por eso él también creía que su sonrisa podía conseguir que

cualquier hombre, mujer o niño pensaran lo que él quería. La había conquistado, ¿verdad? Borró de la cabeza ese irritante comentario y miró hacia donde señalaba su dedo, hacia unos edificios en lo alto de una colina.

–Es nuestra universidad pública. La Universidad de Dar-Aman presume de una enseñanza de categoría mundial y de instalaciones de última generación.

En diez minutos, él le había enseñado bastantes tesoros muy apreciados de Dar-Aman. Cuando le señaló otro monumento, destinado solo al placer superficial, ella ya no pudo callarse.

–Las fuentes y los monumentos conmemorativos con placas doradas son muy bonitos, estoy segura, pero la situación económica de Dar-Aman es algo más apremiante, ¿no crees? –preguntó ella sintiendo otra vez la rabia de antes.

El brazo que él había levantado para indicarle otra estatua bajó un poco.

–A mi madre le encantaban las cosas hermosas y mi padre no podía negárselas. En cuanto a la situación económica de mi país, la tengo bien encauzada, Allegra.

–¿De verdad? La opinión mundial no dice lo mismo –replicó ella antes de que pudiera contenerse.

Él se puso rígido y la miró con los ojos entrecerrados.

–¿Y tú te crees todo lo que lees en los periódicos? –preguntó él en un tono gélido.

Allegra se aclaró la garganta. Sabía que su secretaria había reunido precipitadamente la documentación que había leído en el avión.

–No quería ofenderte.

–Al contrario, creo que querías decir lo que has dicho. ¿Querrías explicar un poco lo que querías decir?

Se miraron fijamente durante un instante cargado de tensión. Allegra sacudió la cabeza como si quisiera aclarársela y para recular un poco antes de que las cosas se le fueran de las manos.

–No quería decirlo exactamente así. Créeme, suelo ser más diplomática. Si no, ya no estaría haciendo este trabajo.

Ella se rio levemente para intentar aliviar la tensión, pero él siguió mirándola impasible. Allegra no se atrevía casi ni a respirar por el miedo de que hubiese hecho un daño irreparable a la misión de recuperar el tesoro de su abuelo, pero siguió apresuradamente.

–Solo quería decir que sé que no todo es de color de rosa en el reino de Dar-Aman y que, por lo tanto, este recorrido no es necesario.

–Mira alrededor, Allegra –le pidió él con los labios apretados–. Mi país está renaciendo todavía, es verdad, pero la situación no es desesperada ni mucho menos. Este recorrido no pretendía darte una visión engañosa, solo quería brindar la hospitalidad que se le ofrece a todos los invitados. Salvo que las cosas hayan cambiado mucho en Estados Unidos desde que viví

allí, vuestro presidente no pasea a los invitados oficiales por los barrios marginales mientras los lleva a la Casa Blanca, ¿verdad? Siempre intenta causar la mejor impresión, ¿no?

Allegra se sintió abochornada y maldijo el calor que sentía en las mejillas.

–No, no lo hace, pero no puedo dejar de lamentar que una vez fuese un reino singular y poderoso…

Tuvo que callarse cuando se dio cuenta de que estaba dejando que sus sentimientos personales empañaran lo que tenía que ser una transacción aséptica. Lo que Rahim Al-Hadi decidiera hacer con su fortuna y el sufrimiento de su pueblo no formaba parte de su visita.

–Sencillamente, no quería que perdieras el tiempo con toda esta… palabrería.

Ella se mordió el labio inferior cuando él arqueó las cejas con una expresión de cierta censura. Entonces, su expresión se tornó en pensativa y asintió con la cabeza. Pulsó el botón del intercomunicador que tenía al lado del codo y dijo algo en árabe.

–Iremos al palacio. Espero que, cuando hayas descansado, estarás más receptiva a todo lo que puede ofrecerte mi reino.

–No sé bien qué quieres decir –replicó ella con el ceño fruncido.

–Está claro que tienes ideas preconcebidas sobre mi reino y sobre mí.

–¿Me lo reprochas?

Él apretó fugazmente los dientes.

–No. Si bien es comprensible, también te aseguro que algunas situaciones, y personas, pueden corregirse si las cosas se hacen bien.

–Supongo que eso depende de quién las haga, ¿no crees?

Él, para sorpresa de ella, asintió con la cabeza inmediatamente.

–Desde luego. Prefiero pensar que este período es la oscuridad previa a que la luz vuelva a brillar para mi pueblo.

–Lo cambios de verdad no se consiguen con palabras, sino con actos.

–Entonces, estoy deseando enseñarte lo que quiero decir.

Él había vuelto a ser el anfitrión encantador con una sonrisa que le aceleraba el corazón, pero a ella no se le escapaba el brillo perspicaz y malicioso de sus ojos cada vez que la miraba ni que la había mirado de arriba abajo más veces de las que sus inestables sentidos podían soportar.

Cuando el séquito pasó por la entrada de columnas protegida por soldados armados, Allegra ya había entendido por qué las mujeres estaban completamente dispuestas a ser sus juguetes. Rahim Al-Hadi empleaba su voz, su cuerpo y su aguda inteligencia como un director de orquesta empleaba la batuta. Si ella no hubiese prometido hacía mucho tiempo que nunca

tendría relaciones sentimentales, y menos las esporádicas que habían terminado con las vidas de sus padres cuando todavía eran jóvenes, estaba segura de que el atractivo magnético de Rahim la habría cautivado.

Sin embargo, llevaba mucho tiempo siendo inmune al atractivo de los hombres, desde que se había reconocido que no tenía lo que había que tener para hacer feliz a un hombre ni para formar un hogar. Después de haber visto que su madre fracasaba una y otra vez en sus intentos de cambiar a su padre y de formar un hogar donde sus hijos vivieran sanos y salvos, había llegado a creer que podría tomar un camino distinto y triunfar donde su madre había fracasado. Cuando vio que todos sus esfuerzos eran en vano y que sus hermanos se criaban separados, comprendió que era incapaz de formar un hogar y de conseguir que otra persona fuese feliz.

Casi había sido un alivio olvidarse de las relaciones sentimentales después de que fracasara la única que había intentado de verdad. Eso la había liberado para perseguir una causa que dominaba. Su trabajo era su vida. Estaba a salvo de esas bombas de relojería emocionales como Rahim Al-Hadi.

Una vez reforzada, dirigió su atención a todo lo que la rodeaba. Avanzaban por un camino de dos direcciones hecho con piedras blancas y flanqueado por palmeras. A izquierda y derecha, el Mar Arábigo resplandecía como un millón de joyas diminutas y delante de ellos, sobre una elevación, estaba el palacio real. Era una construcción blanca, con muchos adornos y

tres cúpulas doradas que podrían haber copiado de las *Mil y una noches*. Supo, incluso desde fuera, que las fotos de la revista no le hacían justicia. Además, y a pesar de que se acordaba de lo que el gasto del palacio significaba para el pueblo de Dar-Aman, se encontró inclinándose hacia delante e intentando asimilar esa edificación impresionante mientras el Rolls-Royce frenaba y se paraba.

–¡Dios mío! ¡Es increíble!

–Sí. Es la joya de la corona. Espero que también te encuentres a gusto, durante un tiempo.

Capítulo 3

Rahim vio que ella abría los ojos por lo que había dicho y se preguntó si se habría pasado. Todavía estaba molesto por los comentarios de ella sobre su autoridad y la situación general de Dar-Aman. Le habría encantado devolver a la criticona señorita Di Sione al aeropuerto para que la montaran en el próximo vuelo a Estados Unidos, pero se había mordido la lengua, y había desplegado su encanto.

–Gracias –murmuró ella por su ofrecimiento de hospitalidad.

–He estudiado la labor de tu fundación y tengo que alabar los resultados tan extraordinarios que has conseguido en tan poco tiempo.

Todo lo que había averiguado hasta el momento le había confirmado el convencimiento de que ella era la que podía dar un giro a las cosas por él. Sin embargo, no había contado con su lengua afilada, ni con su belleza. Aunque no quería hacerlo, su mirada volvió a dirigirse hacia ella cuando se sonrojó levemente. Su pelo, de un intenso color chocolate, estaba recogido en la nuca con cierta rigidez y no podía saber si era sexy y ondulado, como le gustaba a él, o liso. Además, su cutis inmaculado tenía un ligero tono dorado, como si hubiese estado hacía poco en un clima cálido.

–Mi equipo y yo estamos entregados a lo que hacemos, pero casi toda la labor la hace la gente con la que trabajamos. He comprobado que, si la gente a la que intentamos ayudar quiere de verdad el cambio, este se produce antes y dura más que si lo dicen retóricamente para conseguir un argumento político que les permita alcanzar el poder.

Ella lo dijo con una pasión sincera que captó y mantuvo la atención de él. Su boca, carnosa y con un pintalabios de color neutro, tenía un lunar encima del labio superior que atraía su mirada cada vez que hablaba.

–Eres muy apasionada con tu trabajo.

–Sí, me tomo muy en serio lo que hago.

–Yo también, Allegra.

Unos ojos azules como el mar se clavaron en los de él. A pesar del escepticismo que reflejaban, a él le recordaron a los remolinos en los que solía jugar, cuando era un niño, en la casa de la playa que tenía su familia fuera de la ciudad. De repente, oyó la voz de su madre diciéndole que tuviera cuidado para que el mar no se lo tragara. Fue un recuerdo tan vívido e inesperado que frunció el ceño. Decidió que esa sensación algo desasosegante se debía a las decisiones que sabía que tenía que tomar con relación a su reino y miró a Allegra, quien estaba mirándolo fijamente.

–¿Pasa algo? De verdad no me importa quedarme en un hotel si…

–Allegra, soy un hombre de palabra. He formulado una invitación y no voy a retirarla.

Le tendió la mano para ayudarla a salir y vio que titubeaba un segundo antes de aceptarla. Él esbozó una sonrisa levísima. También había notado el estremecimiento cuando se tocaron en el aeropuerto. Entonces, le había parecido que era producto de su imaginación, o de su abstinencia de un año. El sexo había sido lo último que se le había pasado por la cabeza desde que se enteró de que su padre había caído enfermo y había fallecido sin que él lo supiera. El remordimiento y la tristeza habían sofocado absolutamente su libido, y no había tenido ninguna prisa en reavivarla cuando llegó a Dar-Aman y vio lo que la apatía y el abandono de su padre habían causado a su pueblo, cuál había sido el resultado de su propio desinterés y exilio autoimpuesto.

Allegra tomó su mano y un calor abrasador le brotó en las entrañas. El corazón le retumbó debajo de la amplia túnica mientras la miraba a los ojos antes de fijarse en el color que le iluminaba la piel sedosa. No tenía intención de acostarse con Allegra di Sione, pero se había acostado con suficientes mujeres como para saber el efecto que tenía en ellas. La tensión sexual era una herramienta increíblemente efectiva, y que emplearía sin reparos si eso era lo que necesitaba para que Allegra hiciese lo que él quería. Le acarició la palma de la mano con el pulgar. Ella contuvo el aliento e intentó retirarla, pero él la retuvo y se dio cuenta de que también le estaba afectando la atracción creciente entre ellos, aunque tenía dominio de sí mismo y no permitiría

que llegara demasiado lejos. La aprovecharía solo hasta que hubiese conseguido lo que necesitaba de ella. No hizo ningún caso a la punzada de remordimiento.

–Bienvenida a mi palacio –murmuró Rahim.

Ella parpadeó, dio un respingo, miró alrededor y luego lo miró a él.

–Gra... Gracias.

Él volvió a acariciarle la mano y se la soltó cuando se dio cuenta de que Harun y otros consejeros estaban cerca. Cruzaron una puerta cuádruple y entraron en un espacio tan grande que no podía llamarse pasillo. Dos docenas de columnas, donde de niño se lo había pasado muy bien jugando al escondite, se elevaban del suelo y llegaban al techo con tentáculos pintados de plata y oro. Bajo sus pies, el suelo de mármol con incrustaciones de oro y plata resplandecía y resonaba con los pasos de Allegra y él mientras se dirigían hacia el ala este. Rahim se daba cuenta de que Allegra tenía que contener el asombro cada vez que veía un arco de estilo árabe o cruzaban otra habitación. Por primera vez en su vida, tuvo que ver su casa con los ojos de otra persona. Las obras de arte y los cuadros de valor incalculable a los que estaba acostumbrado cobraban un significado distinto para él en ese momento. Los preciosos objetos que su padre había regalado a su madre llenaban las vitrinas y los estantes que había por todos lados. Sintió cierta incomodidad por esa exhibición excesiva de opulencia, una

exhibición que, en ese momento, le parecía casi obscena. Dejó escapar un ligero suspiro de alivio cuando cruzaron otro arco y llegaron a la puerta doble que estaba buscando.

Allegra miró detrás de ellos.

–Estamos solos –comentó ella antes de sonrojarse y aclararlo–. Quiero decir, creía que vuestros consejeros iban a acompañarnos.

–Sí, pero no pueden entrar en el ala de las mujeres, solo yo puedo.

Ella frunció los labios con un gesto evidente de rabia y sus ojos brillaron como ascuas antes de que los bajara.

–¿El ala de las mujeres? Y supongo que podéis entrar en cualquier sitio porque sois el jeque, ¿no?

–Naturalmente.

–Vaya, y yo que creía que erais un hombre moderno, Alteza. ¿Os dais cuenta de que alguien podría consideraros arcaico por segregar a vuestras mujeres?

–Nunca me han gustado los concursos de popularidad. Además, hay un buen motivo para que los aposentos de las mujeres estén separados.

Ella abrió la boca como si fuese a preguntarle cuál era ese motivo, pero las puertas de los aposentos se abrieron de par en par. La muchacha que salió lo miró y cayó de rodillas con la boca abierta.

–Alteza, todo está preparado como habéis pedido.

–Perfecto. Puedes levantarte, Nura.

Ella se levantó, pero mantuvo la cabeza agachada.

–Nura será tu doncella personal mientras estés aquí. Si deseas algo… –le explicó Rahim a Allegra.

–Es innecesario, no necesito una doncella –Allegra sonrió con cierta rigidez a la muchacha, pero siguió hablando cuando vio la expresión abatida de Nura–. Lo siento, pero estoy acostumbrada a ocuparme de mí misma y no quiero que pierdas el tiempo, un tiempo que, estoy segura, puedes emplear mejor en cualquier otro sitio.

Rahim intentaba ser un anfitrión cortés, pero la irritación le bullía por dentro.

–Nura se quedará aquí. Todos los empleados del palacio tienen una función. La de Nura es servirte durante tu estancia –él resopló con impaciencia cuando vio la expresión insumisa de Allegra–. Allegra, las cosas se hacen de una manera un poco distinta aquí. Cuanto antes lo aceptes, más agradable será tu visita. Estoy seguro de que los dos lo deseamos, ¿verdad?

–Sí –contestó ella en un tono tenso.

–Perfecto. Asunto zanjado.

Ella lo miró desafiantemente a los ojos, pero no dijo nada y siguió a Nura adentro de los aposentos. La ilusión de la joven doncella hizo que Allegra sonriera con menos rigidez. Él también

entró aunque sabía que lo necesitaban en otro sitio. Mientras ella observaba la habitación que había utilizado su madre cuando era una muchacha, antes de casarse con su padre y de que la llevaran al dormitorio real, él recorrió con la mirada su elegante cuello, su fina cintura y su trasero redondeado hasta llegar a la ranura del vestido que permitía ver sus estilizadas piernas. Volvió a sentir esa calor abrasador que le recordó que tenía la sangre muy ardiente y que hacía mucho tiempo que no se… liberaba.

Visto retrospectivamente, quizá hubiese tenido una vida licenciosa. Un aprieto que no podría resolver sin la ayuda de Allegra. Ese recordatorio hizo que refrenara la disparatada avidez de pasarle la mano por la cintura, de cambiar esa expresión de censura por otra más… maleable.

Cambió la dirección que habían tomado sus pensamientos y volvió a levantar la mirada. Ella había tomado una de las muchas cajitas que habían sido el placer personal de su madre y la examinaba con mucho interés. Allegra, cuando se dio cuenta de que estaba mirándola, dejó precipitadamente la cajita rusa y lo miró.

–¿Cuándo tendremos ocasión de hablar, Alteza?

–Esta mañana tengo reuniones a todas horas y esta tarde tengo obligaciones fuera del palacio. Hablaremos después del banquete.

Eso le daría tiempo para llamar a algunas personas de su confianza para que la conocieran esa noche. Estaba convencido

de que, cuando hubiera expuesto sus planes a corto y largo plazo, ella cambiaría su punto de vista preconcebido.

–Ah… Había esperado que pudiéramos hablar antes.

Rahim sacudió la cabeza.

–Mis reuniones de esta tarde son fuera de la ciudad. Las zonas tribales no son un sitio especialmente hospitalario para…

–¿Una mujer? –le interrumpió ella levantando desafiantemente la barbilla.

–Para cualquiera que no esté acostumbrado a un clima tan… hostil. Aparte de que el terreno es abrupto, viajaré cuando el sol esté en lo más alto. El peligro de un golpe de calor es muy elevado y no puedo dejar de señalarlo.

–Bueno, no será un inconveniente para mí. He venido preparada –ella se apartó de la vitrina y se acercó a él. Con tacones, le llegaba a la barbilla y lo miró a los ojos–. Podría acompañaros. Aprovecharíamos el tiempo y hablaríamos por el camino.

Ella inclinó la cabeza y él captó el olor de su perfume. Tuvo que hacer un esfuerzo para no inclinarse y posar la boca entre el cuello y el hombro, donde le palpitaba el pulso. Apartó la mirada de ese punto tan tentador y la miró a ella.

–¿Siempre eres tan impaciente, Allegra, o solo eres tan eficiente que estás dispuesta a poner en peligro tu salud? –murmuró él.

Harun había expresado la sospecha de que su visita podía ser una misión secreta para comprobar si Dar-Aman cumplía los criterios de la Fundación Di Sione para su labor benéfica. Él había descartado la idea, pero, en ese momento, se preguntaba si su consejero tendría razón. Ella había dejado muy claro la opinión que tenía de su reino.

–No me gusta quedarme de brazos cruzados. Estoy aquí y no soy tan vulnerable a la hostilidad del desierto como creéis. Por eso, si no es mucha molestia, me gustaría acompañaros.

La firmeza de su voz indicaba una voluntad que lo intrigaba, por no decir nada de que no pudiera apartar la mirada de su seductor rostro.

–Por favor, Alteza, esto es importante para mí.

El tono más suave de su voz coincidía con la expresión más suave de sus ojos. Si no hubiese presenciado su descontento de antes, lo habría engañado y habría creído que estaba intentando seducirlo. Sin embargo, su intuición le avisó de que, a pesar de la evidente atracción que había entre ellos, Allegra di Sione, directora de la Fundación Di Sione, estaba allí solo por un motivo, para examinar con lupa a su reino. Asintió con la cabeza y sonriendo por dentro. Le seguiría el juego. No pensaba concederle una audiencia hasta que estuviese seguro de que había satisfecho todos los criterios que necesitaba la fundación para trabajar con él.

–Muy bien. Si estás descansada y preparada para salir a las tres, puedes acompañarme.

La sonrisa de ella lo sorprendió con la guardia baja. Su resplandor deslumbrante lo alcanzó en el centro de la libido que empezaba a reavivarse. Mientras retrocedía para marcharse, sintió una punzada de arrepentimiento ante la posibilidad de que Allegra di Sione no acabara en su cama.

–Gracias, Rahim.

Él asintió secamente con la cabeza, pero eso no disipó el efecto de haber oído su nombre dicho seductoramente con ese acento refinado de Nueva York. En realidad, siguió oyendo su eco sensual durante mucho tiempo después de haberse sentado en la primera reunión de la mañana.

Los pitidos insistentes del despertador del reloj la despertaron tres horas después y tuvo tiempo de sobra para prepararse y que Rahim no tuviera una excusa para dejarla en tierra. No necesitaba una bola de cristal para saber que su resistencia se debía a que quería ocultarle la verdadera dimensión del deterioro de Dar-Aman. Aunque tampoco entendía por qué le preocupaba en ese momento cuando no había hecho gran cosa durante los años que había sido príncipe heredero y durante los seis meses que llevaba en el trono. Era verdad que el reino estaba resurgiendo económicamente, pero

era un cambio reciente y endeble y, en su opinión, había llegado muy tarde. La decepción se adueñó de ella, pero la sofocó para centrarse en su objetivo.

Quizá no hubiese conseguido una reunión rápida que le hubiese permitido marcharse enseguida después de haber acordado las condiciones para que Rahim le vendiera la caja que su abuelo había perdido hacía tanto tiempo, pero todavía estaba a tiempo. Con un poco de suerte, estaría en Nueva York dentro de veinticuatro horas.

Dejó caer la cabeza en la almohada, suspiró y admiró un instante el entorno. Jamás había visto un cabecero como ese. Estaba hecho con paneles rojos y ocres unidos con hilos de oro y llegaba hasta la mitad de la pared. La cama, sobre una tarima elevada, tenía sábanas de satén y una colcha tupida que entonaba con los colores de la habitación.

Ella se había criado entre suficientes lujos como para que la mayoría no le impresionaran, pero se quedaba boquiabierta con cada cosa que descubría en el palacio de Dar-Aman.

Bajó la mirada y la dirigió hacia la consola exquisitamente tallada sobre la que había seis obras de arte impresionantes. Los huevos repujados eran, innegablemente, unos de los huevos Fabergé que habían pertenecido a la dinastía rusa y de los que tantas historias se habían contado, y no eran los únicos objetos asombrosos. Mirara donde mirase, había algo de una belleza y un valor incalculables, desde monedas egipcias en vitrinas de cristal

hasta adornos nupciales de oro de la India. El artículo que había leído en el avión decía que Rahim y sus padres habían sido grandes coleccionistas de arte, pero ¿cómo podían encontrar belleza en objetos inanimados mientras la economía sufría?

Llamaron a la puerta antes de que la frustración se apoderara de ella. Dio permiso para que entraran y apareció Nura.

–Señora, ¿desea algo? ¿Desea té y unos sándwiches? También puedo pedir a su cocinero personal que le prepare una comida ligera si lo desea…

–No, gracias. Un té Earl Grey con una rodaja de limón y unos sándwiches es perfecto.

Nura descolgó un teléfono, hizo el pedido y se dio la vuelta justo cuando Allegra estaba dirigiéndose hacia el cuarto de baño.

–¿Esta tarde va a viajar fuera de las murallas de la ciudad con su Alteza? –Allegra asintió con la cabeza y la muchacha siguió–. Van a visitar la tribu Nur-Aram. Mi nombre viene de ahí –ella sonrió, pero, entonces, la preocupación le arrugó el rostro juvenil–. Es difícil llegar hasta allí. Puede ser un viaje muy incómodo.

–No pasa nada. Estoy segura de que he visitado sitios peores.

Nura siguió pareciendo preocupada, pero avanzó apresuradamente cuando Allegra llegó a la ancha bañera de mármol.

–Yo le prepararé el baño, señora.

–Llámame Allegra, por favor.

Nura abrió los ojos marrones con un gesto de espanto.

–No, no puedo.

–¿Por qué? –preguntó Allegra sin disimular la sorpresa.

–Porque sería una falta de respeto que llamara por su nombre a una señora de su Alteza.

El corazón de Allegra dio un vuelco acrobático. Tenía que haber algún malentendido o se habían sacado conclusiones por el sitio donde la había alojado Rahim.

–¿Hay muchas señoras en este ala? –preguntó ella antes de que pudiera evitarlo.

–Sí. Los quince aposentos están ocupados en esta época del año.

Allegra sintió una náusea e intentó morderse la lengua, pero se le escapó la siguiente pregunta.

–Y las quince ocupantes... ¿Son... familiares del jeque Rahim?

Nura pareció desconcertada mientras se incorporaba y dejaba de comprobar la temperatura del agua que salía por cuatro grifos dorados.

–No, no son familiares de su Alteza, pero sí son muy importantes para él.

Allegra intentó reírse, pero emitió un sonido estridente.

–Vaya, ahora me contarás que hay un pasadizo secreto entre este ala y el dormitorio del jeque, como en las películas.

Nura se rio con más naturalidad y un brillo de timidez en los ojos mientras tomaba unas toallas y las dejaba cerca de la bañera.

–Hay un pasadizo, pero no es secreto. Todo el mundo sabe que es la última puerta del pasillo.

La náusea aumentó. Ella, gracias a la fundación, había visitado suficientes culturas por todo el mundo como para saber que los harenes y las concubinas seguían existiendo incluso en el siglo XXI. No sabía cómo preguntar la pregunta que le quemaba en la lengua, si el jeque tenía concubinas, y tuvo que hacer acopio de toda su experiencia diplomática para contener las ganas. Por muy detestable que fuese la idea, no era de su incumbencia. No debería perder ni su valioso tiempo ni una célula de su cerebro con las conquistas sexuales de Rahim Al-Hadi, en grupo o una a una.

Cerró el grifo principal y el agua dejó de correr.

–Gracias por tu ayuda, Nura. Ya me ocuparé yo sola a partir de ahora.

La muchacha titubeó un segundo, pero luego asintió vehementemente con la cabeza.

–Prepararé su ropa y sus cosméticos.

Allegra contuvo un gruñido y mantuvo la sonrisa hasta que la puerta tallada se cerró. Se metió en el baño perfumado e intentó dominar el batiburrillo de sentimientos, esa descarga eléctrica que saltaba cada vez que se tocaban y la oleada de sensaciones que se adueñaba de ella cada vez que se miraban a los ojos eran innegables. Sin embargo, no podía olvidarse de que el hombre en cuyo palacio estaba alojada era un playboy recalcitrante y de que sus correrías estaban ampliamente documentadas. Rahim Al-Hadi trataba a las mujeres como si fueran juguetes que podía utilizar y desechar en cuanto hubieran perdido la gracia. Además, ¡la había alojado en el ala de las mujeres donde estaba su harén! Al hacerlo, había demostrado que, en contra de lo que había afirmado en el coche, era incorregible.

Capítulo 4

–¿Estás preparada para echarte a la carretera? –le preguntó una voz mientras ella observaba un cuadro de Gerhard Richter.

Allegra se dio la vuelta y tragó saliva por la sorpresa. Rahim se había cambiado la vestimenta protocolaria y se había puesto una túnica de algodón negro con una kufiya del mismo color sujeta a la cabeza por dos cordones blancos. Sin embargo, la combinación resultaba más… potente. Quizá fuese porque esa tela más ligera resaltaba la anchura de su espalda y se ceñía a su fina cintura y a sus muslos… o porque estaba chiflada por admirar a un hombre que no le interesaba lo más mínimo. Apartó la mirada de su pecho y la dirigió hacia su rostro, con mucho cuidado de esbozar una sonrisa inexpresiva. Con esa ropa informal y esa sonrisa natural, podría haberse engañado a sí misma y haber pensado que iba a salir a tomar café con alguien normal y corriente, pero no lo era. Rahim era el jeque de Dar-Aman y su sangre real se remontaba a docenas de generaciones. Además, tenía una fortuna inmensa que no había considerado oportuno compartir con su pueblo.

–Sí –contestó ella con cierta tensión.

Él la miró con curiosidad, pero no dijo nada y le hizo un gesto para que saliera delante de él de la habitación a la que la

habían llevado para que esperara su llegada. Se recordó con toda firmeza que tenía que controlar las emociones y las opiniones y se aclaró la garganta mientras volvían a recorrer una infinidad de habitaciones y pasillos lujosamente decorados.

–¿Qué tal te han ido las reuniones?

–¿Te interesa de verdad?

Ella captó el brillo burlón de sus ojos y prefirió pasarlo por alto.

–Naturalmente. No lo preguntaría si no me interesara.

–La primera salió como había esperado y las dos siguientes salieron mal –contestó él.

–No parece que te importe gran cosa.

–Porque estaba preparado –él se encogió de hombros–. Esperaba que salieran mal. Me habría sorprendido lo contrario.

–¿Por qué?

–Porque habría sabido que me estaban mintiendo y la reunión habría dado un giro desafortunado.

Él sonrió con más severidad y el brillo de los ojos se hizo casi despiadado.

–¿Por qué? –volvió a preguntar ella como una cotorra.

–Porque no soporto ningún tipo de falsedad. Prefiero que mis oponentes sean francos conmigo aunque el resultado del enfrentamiento pueda ser perjudicial para mí.

La velada amenaza le produjo un escalofrío en la espina dorsal. Ella no había hecho nada malo, sencillamente, no había tenido tiempo de informar plenamente a Rahim Al-Hadi del motivo de su visita, pero, aun así, el remordimiento se adueñó de ella porque después del baño, mientras Nura había estado ocupada llevándose el té, ella había examinado minuciosamente sus aposentos por si la caja estaba allí por casualidad. No tenía intención de marcharse sin la caja, pero lo correcto era hablar con Rahim, como había pensado hacer en un principio, y no buscarla a sus espaldas.

–Claro –murmuró ella cuando comprendió que él estaba esperando que dijera algo.

Él asintió con la cabeza y apretó levemente los labios.

–Perfecto. Vamos por aquí, nos están esperando.

Pasaron por un inmenso arco dorado sacado de Las mil y una noches y Allegra se quedó boquiabierta unos segundos hasta que salieron a un patio del tamaño de un campo de fútbol. Los bordes estaban llenos de las omnipresentes fuentes y de algunas zonas para sentarse, pero al fondo, sobre un círculo de piedra, había unos helicópteros con los colores y el emblema real de Dar-Aman.

–¿Vamos a viajar en helicóptero? –preguntó ella mientras Rahim se dirigía directamente hacia las aeronaves seguido por dos guardaespaldas.

–Casi todo el recorrido, pero lo acabaremos en todoterreno. ¿Sigues estando segura de que quieres venir?

Él la miró y pareció como si lo hiciese con más intensidad. Ella sonrió porque no estaba dispuesta a darle otra excusa para que pospusiera la reunión.

–Claro.

Allegra se puso el sombrero que había llevado, siempre viajaba preparada para cualquier contingencia, y comprobó que se había guardado el teléfono en los pantalones caqui.

Llegaron al primer helicóptero y un guardaespaldas abrió la puerta. Antes de que pudiera subir, Allegra se encontró elevada por unos brazos muy fuertes. La presencia compacta y abrumadora de Rahim era como un muro de calidez en su espalda y contuvo la respiración por el asombro cuando su… vientre le rozó el trasero durante un segundo abrasador. Fue una sensación tan desconocida que se quedó helada durante un instante.

–No tienes miedo de las alturas, ¿verdad? –le preguntó él con la boca tan cerca de la oreja que sintió la caricia de su aliento.

–No, claro que no –contestó ella intentando no estremecerse.

Él la agarró de un brazo antes de dejarla en el asiento delantero. Luego, rodeó el helicóptero para sentarse al lado de ella.

–Perfecto. Entonces, disfrutarás con la experiencia. Abróchate el cinturón de seguridad –le indicó él antes de darle unos cascos para amortiguar el ruido.

Allegra lo hizo e intentó no mirar sus manos mientras preparaba la aeronave, pero la elegancia con la que manejaba los controles era increíblemente hipnótica. Apartó la mirada y vio que la escolta se montaba en los otros helicópteros. Torció la boca cuando Rahim tiró hacia atrás de la palanca y el aparato se elevó.

–¿Siempre viajáis con tantos guardaespaldas? –le preguntó ella mirando los otros dos helicópteros que se elevaban detrás de ellos.

–Los he reducido a la mitad durante los tres últimos meses, pero no puedo reducirlos más.

–¿Por qué?

–Porque eso sería romper el protocolo.

Ella arqueó una ceja con escepticismo.

–¿No es una exageración que el protocolo exija que tengáis casi dos docenas de guardaespaldas?

–Sé cuidar de mí mismo –los ojos se le nublaron un instante, hasta que ese color avellana se aclaró otra vez–. Lo he hecho durante mucho tiempo, pero las leyes son las leyes.

–Las leyes también pueden cambiarse, sobre todo, si no son en beneficio del pueblo, ¿no?

–Claro –él la miró con los ojos entrecerrados–, pero los cambios no se hacen de un día para otro, suele ser un proceso largo y arduo.

–Solo si se interponen quienes quieren beneficiarse injustamente. Normalmente, lo único que se necesita para que se den cambios de verdad es que haya alguien lo bastante decidido y que crea que está haciendo lo correcto.

–Estoy de acuerdo.

–¿De verdad?

Él apartó la mirada de los mandos y la miró a ella.

–Pereces sorprendida, Allegra. ¿Por qué no iba a estar de acuerdo con algo tan sensato?

Ella se tragó la respuesta que se le ocurrió automáticamente.

–No hay muchas personas que reciban bien las opiniones de las mujeres, sobre todo, cuando se trata de asuntos de Estado.

–Entonces, es una suerte que yo no sea uno de ellos, ¿verdad? –preguntó él con una sonrisa.

Ella lo miró fijamente porque no sabía si estaba jugando con ella o si creía que no pasaba nada por decir unas mentiras tan descaradas. Sobre todo, después de lo que le había dicho sobre las falsedades.

–Alteza…

–Rahim –le interrumpió él con delicadeza.

Allegra miró a los guardaespaldas que estaban sentados detrás.

–No pasa nada. No pueden oírnos si no elevas la voz. Además, me gusta cómo dices mi nombre.

Ella contuvo la respiración y se sonrojó mientras él le recorría el cuerpo con la mirada hasta detenerla en la boca.

–Creo que esto no es apropiado –soltó ella antes de que pudiera evitarlo.

Él esbozó una sonrisa tentadoramente maliciosa.

–Entonces, no heriré tu sensibilidad y dirigiré la conversación hacia algo más… apropiado. Háblame de ti.

–¿Por qué? –preguntó ella sorprendida y olvidándose de la diplomacia.

–Espero que sea una forma mejor de pasar el tiempo ya que otros temas provocan una reacción casi… inestable en ti.

Ella tragó saliva al darse cuenta de que él había interpretado con precisión sus emociones. Rahim había visto dentro de ella y quería cambiar de conversación. Se profundizó la permanente decepción con un hombre que era completamente incorregible. Sacudió la cabeza.

–Si no os importa, me gustaría hablaros del motivo de mi visita.

–Yo preferiría esperar hasta que pudiera prestarte toda mi atención, solo a ti. Te lo mereces. Hasta entonces, cuéntame cómo empezaste con la fundación.

Ella, frustrada, miró al desolado e indescriptiblemente hermoso paisaje que tenía debajo y se dejó llevar por los recuerdos. Los recuerdos de su madre habían ido velándose con los años, pero conservaba con toda claridad algunas conversaciones que se presentaban en los momentos más inesperados.

«Sobre todo, sé siempre tú misma. Entonces, tu voz se oirá. No seas como yo, Allegra…».

Anna di Sione le había dado ese repentino consejo cuando ella tenía seis años y se había puesto las perlas de su madre. Era un placer para el que no tenía que competir con sus hermanos. Había sido uno de esos momentos tan valiosos que había pasado con su madre y que lo habían disfrutado ellas dos solas.

–Me tomé un año libre después del instituto y recorrí el mundo haciendo voluntariado. Supongo que estaba buscándome a mí misma en cierto sentido –ella se encogió de hombros porque le incomodaba contar una parte importante de lo que había trazado su camino en la vida. Sin embargo, se atrevió a mirarlo y solo vio un interés cordial–. En cualquier caso, enseguida comprobé que algunas de las cosas que a mí me parecían lo más normal del mundo eran unos lujos inalcanzables o estaban prohibidas para las mujeres de algunos países. Cuando

volví, lo hablé con mi abuelo. Él creó la fundación un año antes de que me licenciara en la universidad y yo me hice cargo y la extendí por el mundo.

–Así como su reputación –Rahim sacudió la cabeza pensativamente–. Deberías estar orgullosa.

Ella sintió una calidez alarmante por el halago.

–Lo estoy, pero no ha sido fácil. Desgraciadamente, será una batalla contracorriente mientras los hombres crean que están al mando.

La risa de Rahim le retumbó por todo el cuerpo y sus ojos dejaron escapar un brillo deslumbrante.

–Comprobarás que no me resisto a que una mujer tome el mando cuando la situación lo exige.

–¿No os parece una afrenta a vuestra masculinidad?

–Mi masculinidad es lo bastante firme como para que me gusten los desafíos de las mujeres –contestó él con una voz profunda e hipnótica–. En realidad, disfruto. Aunque eso no quiere decir que no ejerza el control cuando haga falta.

–¿Control sobre vuestras mujeres?

Él volvió a sonreír, pero esa vez fue una sonrisa carnal y letal.

–¿Estamos metiéndonos en un terreno personal y sexual, Allegra?

Ella notó que le ardía la cara, pero no apartó la mirada.

–Solo estoy comprobando que hablamos de lo mismo.

La sonrisa de él desapareció y entrecerró los ojos.

–¿Qué crees tú que quiero decir?

Ella intentó encogerse de hombros, pero no pudo.

–Fuerza física contra las mujeres…

–Para mí es aborrecible y es un delito en mi reino, uno que suscribo plenamente. No puede haber malentendidos sobre eso.

La firmeza de sus palabras hizo que ella tragara saliva.

–Yo… Naturalmente. Para ser sincera, creo que esta conversación ha podido tomar un giro equivocado.

Él apretó las mandíbulas mientras desviaba el helicóptero hacia el oeste.

–Un manual de psicología diría que indica cierto freudianismo, ¿no?

Las alarmas se encendieron dentro de ella por lo cerca que estaba rozando las verdades que no quería desvelar.

–No me conocéis lo bastante como para deducir eso.

–El tiempo da igual cuando se trata de la intuición. Eres apasionada con el trabajo que haces. Esa pasión tiene que tener un origen.

–Todos tenemos un pasado que nos moldea, Alteza.

Ella lo dijo en un tono un poco afectado para no recordar el mundo inestable en el que habían vivido sus hermanos y ella

antes de que el enfrentamiento definitivo entre sus padres hubiese acabado con todo.

–Estoy de acuerdo. Dime que lo que te ha moldeado no fue nada físico y dejaré el asunto.

Ella abrió los ojos, lo miró fijamente y captó toda la intensidad de su mirada. Se le secó la boca y sacudió la cabeza.

–No, no me maltrataron físicamente.

Él soltó el aire y asintió sombríamente con la cabeza. Volaron unos minutos en silencio y ella abandonó el doloroso pasado para volver al presente. Debajo de ella podían verse más muestras del abandono de las infraestructuras de Dar-Aman. Sin embargo, también podían verse algunos edificios nuevos, ejemplos del renacimiento del que había hablado Rahim. Aunque eso no impidió que lamentara la monumental pérdida. Él la miró cuando ella suspiró.

–Has hablado de tu abuelo, pero no de tus padres. ¿Ellos también se dedican a la beneficencia?

A ella se le encogió el corazón al oír hablar de sus padres.

–Creía que ibais a dejar el asunto.

Rahim esbozó una sonrisa levísima y curiosamente empática.

–Tranquila, *habibi*. Lo dejaré si quieres.

Esa comprensión inesperada desató algo dentro de ella y, con el batiburrillo de emociones que la dominaba por dentro, no se sorprendió cuando se encontró confesándose.

–Mis padres murieron cuando yo tenía seis años.

Él volvió a asentir con la cabeza, pero no le presentó las vacías condolencias que le presentaba casi todo el mundo en las escasas ocasiones en las que hablaba de sus padres.

–Supongo que es algo desdichado que tenemos en común.

–Yo creía... –Allegra frunció el ceño–. ¿Vuestro padre no murió solo hace seis meses?

Rahim apretó los dientes con la mirada impasible clavada en el horizonte.

–Sí, pero estaba muerto en muchos sentidos antes de que exhalara el último aliento.

Ella quiso preguntarle qué quería decir para luego negar que tuvieran algo en común. Sin embargo, le fastidiaba haber desvelado tantas cosas de sí misma en tan poco tiempo y que ninguna de esas cosas le hubiese ayudado a cumplir la tarea que le había encomendado su abuelo. Estaba buscando la manera de sacar el asunto cuando sobrevolaron una colina.

–¿Qué es eso? –preguntó ella señalando una obra.

–El nuevo circuito que se terminará a finales de este año. Celebraremos la primera carrera la próxima primavera.

Allegra hizo un esfuerzo para contener las emociones.

–¿No he leído en algún sitio que erais piloto? –le preguntó ella.

–Aficionado. Mi origen me impide tener una profesión tan peligrosa –contestó él encogiéndose de hombros con resignación.

–Pero tenéis supercoches, ¿no?

Él asintió con la cabeza y la miró con el ceño ligeramente fruncido.

–Algunos. ¿Adónde quieres llegar? Y no me digas que a ninguna parte porque capto en tu voz que estás juzgándome. ¿Vas a volver a acusarme de no ocuparme de mi pueblo?

–¿Lo hacéis?

Ella lo miró a la cara y se preguntó por qué le importaría tanto su respuesta.

–Claro –contestó él sin titubear–. Creo que no se puede tirar dinero sobre un problema sin saber antes dónde está la raíz de ese problema.

–A mí me parece que es muy fácil ver dónde está la raíz de los problemas de vuestro país. Es posible que estéis haciendo algo ahora, pero la pregunta es por qué nadie, fuera del precioso palacio, se ha preocupado lo suficiente hasta ahora. Si lo hubiesen hecho, vuestro reino no estaría en este estado.

Ella oyó un gruñido de incredulidad a través de los cascos y se hizo un silencio sepulcral. Miró hacia atrás y vio la cara de espanto de los guardaespaldas antes de que miraran hacia otro lado.

¿Qué había hecho? Apretó los puños e intentó pensar en algo que pudiera mitigar la bomba que acababa de arrojar en su propio camino. Abochornada, tomó aire. Rahim Al-Hadi la sacaba de sus casillas con una facilidad aterradora, pero, aun así, sabía que se había pasado mucho de la raya.

–Alteza…

–Ya ha dicho suficiente por el momento, señorita Di Sione. Si bien no quiero aburrirle con el protocolo de mi país, le advierto que si vuelve a ofenderme, la detendrán, o algo peor. Es posible que tenga que ahorrarse los comentarios hasta que estemos solos.

Antes de que ella pudiera farfullar alguna explicación para justificar su lengua incontenible, él volvió a desviar el helicóptero para alejarlo del Mar Arábigo. El terreno dejó de ser verde y exuberante y empezaron a aparecer las dunas del desierto de Dar-Aman mientras solo se oían los rotores que giraban en el aire caliente.

Entonces, uno de los guardaespaldas se inclinó hacia delante y señaló hacia abajo. Rahim asintió con la cabeza y empezó a descender hacia un convoy de todoterrenos que estaba alineado en un llano. Aterrizaron y un grupo con vestimentas bereberes, encabezado por un anciano, se dirigió hacia ellos. Su rostro arrugado esbozó una sonrisa mientras abrazaba a Rahim. Luego, se dieron un beso en cada mejilla y se llevaron la mano al corazón varias veces.

Allegra se bajó lentamente del helicóptero y vio los gestos de bienvenida, que, como ella sabía por experiencias previas, estaban reservados para los invitados especiales o la familia. Rahim la miró después de unos minutos, pero su expresión cordial había desaparecido. Hizo un gesto con la cabeza a uno de sus hombres, quien se acercó a ella y le indicó que se montara en uno de los muchos todoterrenos. Se dio cuenta de que no viajaría con Rahim y sintió una decepción profunda y desconcertante. Sin embargo, sonrió cuando se dio cuenta de que estaban mirándola con curiosidad y se sentó en el asiento sin decir nada. La sonrisa se le borró de la cara en cuanto el séquito salió a toda velocidad por un terreno tan abrupto que media hora después, cuando se detuvieron junto a un grupo de tiendas de campaña beduinas de color marrón, estaba convencida de que se había roto más de un hueso. Unas montañas muy escarpadas se elevaban a ambos lados del campamento y comprendió por qué había que abandonar los helicópteros para terminar el recorrido. La escena era impresionante, aunque sus huesos estaban un poco resentidos. Se bajó del coche con mucho cuidado y se encontró a Rahim delante de ella.

–¿Estás bien? –le preguntó él.

Le vibraba todo el cuerpo por la rabia y Allegra comprendió que su arrebato en el helicóptero seguía siendo un asunto pendiente entre ellos, pero le sorprendió que dejase sus cosas para preguntarle qué tal estaba si estaba disgustado con ella.

–Estoy bien. En cuanto a lo que dije…

Él sacudió la cabeza con firmeza.

–Ya hablaremos de eso más tarde.

Rahim dio algunas órdenes en árabe y se quedaron todos menos dos mujeres y el anciano. Dio algunas instrucciones más y las mujeres se acercaron apresuradamente e inclinaron la cabeza.

–Laila y Sharifa te ayudaran a que te asees y te servirán algo de beber. Volveremos al palacio cuando haya terminado la reunión.

Él empezó a alejarse.

–Alteza…

Rahim se dio la vuelta bruscamente.

–Pareces dispuesta a sacar algunas conclusiones severas sobre mí. ¿Tan incorregible soy?

Se quedó atónita por la pregunta tan directa y porque parecía sinceramente perplejo por sus comentarios. Como no tenía ninguna respuesta lo bastante diplomática, replicó con otra pregunta.

–¿Por qué parecéis tan empeñado en que me interese por vos?

Él se puso ligeramente tenso, pero se encogió de hombros.

–Si no, ¿cómo ibas a dejar a un lado los prejuicios y ver la luz?

–No reacciono ante nada que no tenga delante de mí.

Ella se dio cuenta de que su respuesta iba más dirigida a él que a su reino y se sintió avergonzada. Él frunció el ceño bajo la kufiya y la miró fijamente durante un instante.

–Es posible que esto no haya sido una buena idea después de todo –murmuró él en tono sombrío. Luego, señaló con la cabeza a las mujeres que estaban cerca–. Habré acabado dentro de dos horas y volveremos al palacio.

Rahim se marchó antes de que ella pudiera replicar. Cuando las mujeres se acercaron y le indicaron que las siguiera, Allegra suspiró para sus adentros y esbozó otra sonrisa.

Una hora más tarde, después de haber intentado montar en un camello malhumorado y de haber subido unas dunas para ver la puesta de sol más espectacular que había visto en su vida, se lavó las manos y los pies y se sentó en un almohadón bordado dentro de una tienda de campaña fresca e increíblemente decorada. La media docena de mujeres que la rodeaban hablaban inglés mejor o peor y a ella le asombró que casi todas habían querido tener carreras profesionales en algún momento de sus vidas. Carreras que habían terminado bruscamente hacía unos quince años. Cuando preguntó por qué, se encogieron de hombros, se miraron disimuladamente y hablaron acaloradamente en árabe. Se dio cuenta de que había tocado un tema espinoso e intentó cambiar de conversación, pero cerró la boca al notar en la nuca que estaban mirándola. Giró la cabeza y se encontró con la mirada de Rahim. Él la miró primero a los ojos

y luego a los platos vacíos que tenía delante. Fue una mirada gélida y con una ceja arqueada.

–Me atrevería a decir que las dos horas pasadas no han sido una tortura para ti.

–No del todo –replicó Allegra sonrojándose.

–Ha llegado el momento de volver al palacio. Si puedes soportar la idea de marcharte, claro.

Él la miró en silencio mientras ella se lavaba las manos y se levantaba. Una vez más, su expresión era de enojo y desconcierto. Cuando se acercó a él, se dio la vuelta y salió de la tienda de campaña. Su estatura y su túnica ondulante formaban una figura imponente entre el gentío que se había reunido para despedir a su jeque. Ella aceleró el paso para seguirlo y tuvo que reconocerse a sí misma que no le gustaba ese Rahim Al-Hadi silencioso y meditabundo. No le gustaba lo más mínimo.

Capítulo 5

Cuando el helicóptero volvió a aterrizar en el césped del palacio, Allegra estuvo a punto de salir corriendo de ese ambiente tenso. Rahim no había hablado casi, se había limitado a contestar las preguntas directas que le había hecho ella. No había contestado con monosílabos, pero sus respuestas habían sido tan tensas que podrían haberlo sido.

–¿Por qué te has reunido con los ancianos?

Ella hizo la pregunta que había tenido en los labios desde que despegaron de Nur-Aman. Por un segundo, creyó que él no iba a contestar, pero Rahim la miró mientras se dirigían al pasillo que llevaba a sus aposentos. Allegra suspiró con alivio cuando él aminoró el paso para que pudiera seguirlo y pasó por alto esa parte de sí misma que se burlaba de ella por intentar retrasar la llegada a ese sitio que llamaban, estúpidamente, el ala de las mujeres, o porque intentaba encontrar algún indicio de que el hombre que había asolado su reino mientras se rodeaba de obras de arte de valor incalculable y coches veloces podía corregirse.

–¿Te has fijado en los oleoductos abandonados que había cerca del campamento? –le preguntó él.

–Sí.

–En esa montaña fue donde mi primer antepasado descubrió la malaquita que ha dado fama a Dar-Aman y en el valle que hay debajo de Nur-Aman encontramos nuestro primer yacimiento de petróleo. Esos oleoductos se hicieron hace casi veinte años. Fue un plan atrevido y brillante que debería haber llevado empleo y crecimiento a Nur-Aman.

El orgullo de su voz la cautivó, pero también hizo que se preguntara por qué no había visto las necesidades de su pueblo hasta hacía tan poco tiempo.

–¿Pero?

–Pero no los han tocado desde hace más de quince años.

–Ya lo he visto. ¿Por qué?

La expresión de Rahim reflejó disgusto y tristeza. Ella se preguntó el motivo de la segunda y esperó la respuesta.

–Se renegociaron los contratos y los derechos de extracción se vendieron a empresas extranjeras.

–¿No hay leyes que lo impidan?

–Se retorcieron, pero no se infringieron –contestó él encogiéndose de hombros.

–Me sorprende que reconozcas algo así.

–No tengo nada que ocultar, Allegra, y menos sobre algo tan importante como eso.

–¿Qué vas a hacer al respecto?

–Solo se puede hacer una cosa. Pienso recuperar y conservar lo que es mío.

Allegra lo miró a los ojos y sintió ese calor abrasador por dentro. Era absurdo que le afectaran unas palabras que hablaban de derechos petrolíferos y de aumentar las riquezas de él. Sin embargo, eso daba igual y echaba leña al fuego de la confusión.

Llegaron a las puertas de sus aposentos y Rahim las abrió de par en par. Nura no estaba por ninguna parte y el corazón se le aceleró mientras entraba en la sala seguida de cerca por Rahim y su abrumadora presencia masculina.

–Gracias por llevarme. Ha sido una experiencia esclarecedora.

Ella lo dijo cuando ya no tuvo a dónde mirar y acabó mirándole a él, quien la observaba con una intensidad que le abrasó más las entrañas. Tuvo que hacer un esfuerzo descomunal para apartar la mirada de su sensual boca.

Él se acercó a ella y tomó un mechón ondulado que se le había escapado de la coleta. Lo acarició con unos movimientos lentos y pensativos antes de pasárselo por detrás de la oreja. Ese contacto electrizante le recorrió todo el cuerpo, hasta el rincón más recóndito, y se le encogieron las entrañas por la excitación que se adueñó de ella. Hizo otro esfuerzo para tragar saliva cuando la boca se le llenó de un anhelo indescriptible. Él dejó caer la mano y ella tuvo que contenerse para no agarrársela y que repitiera la caricia.

–Me alegro de que se te hayan abierto los ojos.

–¿De… De verdad? –preguntó ella ambiguamente.

Todavía anhelaba su contacto con una avidez que la asustaba y sorprendía. Él, como si hubiese leído sus pensamientos, levantó lentamente una mano. Esa vez, le acarició una mejilla y el mentón de una forma casi reverencial. Cuando llegó a la comisura de los labios, ella contuvo la respiración como si tuviese miedo de que fuese a retirarla si movía la boca.

–Naturalmente, me complacería más si aplicaras fructíferamente tus observaciones. ¿Puedo contar con que lo harás, Allegra?

Ella sabía que tenía que prestar más atención a esa conversación e intentó concentrarse, pero él estaba pasándole el pulgar por el labio inferior y su capacidad de razonar estaba a punto de caer en barrena.

–No estoy segura… de lo que…

Él la calló con un dedo en los labios.

–Te propondré una cosa, Allegra, y espero sinceramente que seas receptiva –dijo él mirándola con unos ojos ardientes.

Ella ya había visto esa mirada una vez. Fue cuando el actor de una película le había hecho una proposición indecente a la actriz. Entonces, se había burlado para sus adentros de lo improbable que era todo eso. En ese momento, mientras contenía la respiración, una emoción casi prohibida hacía que le bullera la sangre. Se aclaró la garganta cuando él no dijo nada al cabo de unos minutos.

–¿Qué... Qué tipo de propuesta? –preguntó ella con la voz ronca y todas las terminaciones nerviosas de la boca reaccionando al contacto de su dedo.

Los preciosos ojos de él se oscurecieron por el reflejo de la avidez que la atenazaba por dentro.

–Una propuesta que espero que consiga que nuestras metas sean las mismas ahora que has estado algún tiempo en Dar-Aman.

Volvió a pasarle el dedo por la piel, pero esa vez bajó hasta el hombro y siguió por el brazo hasta la mano. Le tomó los dedos y se los llevó a los labios para besarle los nudillos. Ella contuvo el aliento y él esbozó una sonrisa muy leve.

–Seguiremos hablando esta noche. El banquete es a las ocho. Te recogeré un poco antes.

Él se dio la vuelta, se marchó y la dejó en un estado de confusión sensual y excitación desorbitada. Además, y a pesar de que se repetía a sí misma que era una necia por haber caído en una trampa tan evidente, no encontraba un argumento lo bastante convincente que le serenara el pulso desbocado mientras entraba aturdida en el dormitorio.

Rahim salió de los aposentos de Allegra con la sangre como lava y la certeza de que el juego había cambiado

significativamente. Aunque no tanto como para apartarlo de lo que tenía que hacer por su pueblo. Era como si hubiesen aumentado las dimensiones de sus intenciones y el patrón siguiese siendo el mismo.

Sin embargo, era algo que no le gustaba porque nunca había mezclado el placer con el trabajo, o, dicho de otra forma, no había permitido que sus apremios personales le impidieran alcanzar sus metas. Una relación sexual con Allegra, por mucho que él la considerase algo esporádico, sería lo bastante personal como para que peligrara lo que ella y su fundación podían hacer por Dar-Aman. Porque, para decirlo claramente, quería acostarse con Allegra di Sione. Lo había sabido desde que esa mañana miró sus cautivadores ojos. A pesar de sus ataques desmedidos e injustificados, se había encontrado arrastrado por la atracción que brotaba entre ellos.

Sin embargo, esa misma tarde, durante un momento, había estado seguro de que se había equivocado al creer que ella podía ser la solución de sus problemas. Había estado dispuesto a decirle que hiciese las maletas en cuanto volvieran, hasta que empezó a hacerle preguntas en el helicóptero. Aunque había sido escéptico hasta en ese momento. El interés de ella por lo que estaba haciendo en Nur-Aman había sido lo que le había convencido de que no la montara en el primer avión que saliera de Dar-Aman. Quizá su viaje no hubiese sido tan baldío después de todo. Ella había mostrado interés y eso era algo que él podía aprovechar. Sabía, sin arrogancia, que con un poco de esfuerzo

podía socavar la idea preconcebida que tenía de él y pensaba emplear esa herramienta en beneficio propio.

En cuanto a esa atracción devastadora que había entre ellos... Dejó escapar un gruñido de frustración por la tensión de sus entrañas. A pesar de la inteligencia que se reflejaba en sus ojos y del impresionante éxito de su fundación, Allegra di Sione tenía todas las trazas de ser una mujer que exigía mucha atención en privado. Había vislumbrado, bajo su apariencia impasible y pragmática, un temperamento apasionado que podía descontrolarse si no se manejaba con cuidado, y él no pensaba ser quien la manejara en ese sentido. Ya había tenido demasiadas experiencias con mujeres que exigían mucha atención. Aminoró el paso mientras se acercaba a sus aposentos privados. Había recuerdos de su madre por todos lados; en la amplia habitación que daba al jardín donde ella tenía pájaros exóticos, en las salas decoradas con alfombras, tapices y vitrinas llenas objetos muy delicados. Mirara donde mirase, veía recuerdos de su sonrisa de oreja a oreja cuando su padre le enseñaba algo que le había llevado a la vuelta de un viaje de trabajo o de sus rabietas de diva cuando no se satisfacía inmediatamente alguno de sus caprichos.

Criticar a su madre era un defecto, pero si bien había sabido que lo habían querido con una devoción absoluta cuando era pequeño, también pasó por un periodo de miedo atroz sobre lo que sería su vida si le arrebataban ese amor cundo tuvo una muestra el día que cumplió once años. Esa noche se prometió por primera vez que no permitiría que el amor, o cualquier

sentimiento que se le pareciera, entrara en su vida, y al hacerse mayor se había convertido en rechazo desdeñoso hacia todo lo que se le pareciera remotamente. Podía tener relaciones sexuales, es más, su vida se había convertido en una sucesión de aventuras carnales aunque reconocía que las primeras incursiones en ese tipo de vida habían sido para llamar la atención de su padre. Era una verdad triste y amarga que todavía le costaba asimilar. Otra verdad que le costaba aceptar era que, si quería que Allegra fuese su salvadora, tendría olvidarse de tener relaciones sexuales con ella.

La tensión en las entrañas protestó por esa decisión. No le hizo caso, cruzó las puertas talladas que daban paso a su dormitorio y salió a su terraza privada. Miró a la izquierda, donde estaba el ala de las mujeres. Sintió un cosquilleo en los dedos al acordarse de la sedosa piel de Allegra y de la carnosa boca que había acariciado. La necesidad de paladearla había sido increíblemente apremiante, pero era una debilidad que tenía que dominar. Quizá en el futuro, cuando su reino estuviese más asentado y nadie dudara de su liderazgo, podría retomar las cosas con ella… Sacudió la cabeza y apretó los puños para sofocar el cosquilleo.

Se dio la vuelta y se dirigió hacia el ala oeste, hacía la zona que daba al grandioso salón de baile, donde estaban haciéndose los preparativos para el banquete de esa noche. Resopló y aceptó que no tenía elección cuando se trataba de su pueblo. Lo

principal y prioritario era su bienestar. Los apremios de la carne tendrían que quedar relegados por mucho que le costara.

Seguía intentando hacer acopio de ese sentido del deber cuando llamó a la puerta de Allegra noventa minutos más tarde. Ella abrió la puerta y él notó que le bullía la sangre y que le costaba respirar. Llevaba un vestido largo y ceñido de un color azul casi idéntico al de sus ojos y unos zapatos de tacón que hacían que le llegara a la barbilla. Estaba tan hermosa que lo dejó sin respiración.

–Buenas noches –murmuró ella.

Él le devolvió el saludo y, sin poder evitarlo, dijo las palabras que le quemaban en la boca.

–Estás preciosa.

Ella se sonrojó ligeramente y sonrió. Él volvió a sentir el cosquilleo en los dedos por la necesidad de acariciarla.

–Gracias. Tú tampoco estás mal.

Allegra tenía el pelo peinado con capas ondulantes sujetas a un lado con pasador con diamantes y le caía sobre el hombro por el otro lado. Los rizos que había visto antes en la coleta eran más pronunciados en ese momento y tuvo que aplacar las ganas de introducir la mano y sentir lo sedosos que eran, y de estrecharla contra sí y devorar esa boca seductora con un brillo color melocotón.

Esbozó una sonrisa forzada y maldijo a los dioses por ese arrebato de lujuria tan inoportuno. También dio las gracias porque la túnica ocultaba la evidencia de su excitación.

–Como es un poco pronto, tomaremos el camino más… pintoresco hasta el salón de baile.

Él esperó en tensión a que ella se resistiera, pero asintió con la cabeza inmediatamente y él respiró con alivio.

–Me encantaría. He estado leyendo un poco más sobre la fascinante historia del palacio y, sobre todo, de su decoración interior. Me encantaría ver algo más si no te importa.

Rahim se dijo a sí mismo que debería estar complacido por el interés de ella, pero sintió cierta desazón al acordarse de otras conquistas femeninas que habían intentado impresionarlo con todo lo que sabían sobre Dar-Aman, y que no sabían que eso aceleraba la salida de su vida. Además, las miradas disimuladas de Allegra despertaban algo dentro de él que no podía identificar. Dejó a un lado esa sensación y se centró en lo más importante.

–Naturalmente. Empezaremos por la habitación bazar. Me han dicho que es la habitación más fotografiada de esta parte del mundo.

–Gracias –ella lo dijo con alivio y la sensación de antes se hizo más intensa, aunque sus palabras fueron bastante inofensivas–. Había esperado que no me tuvieras en cuenta la falta de delicadeza de antes.

La sonrisa de ella era cautivadora y Rahim se advirtió para no dejarse arrastrar.

–Sería un necio si no te perdonara, sobre todo, cuando espero que te marches con una impresión de mí mejor que la que tenías cuando llegaste.

Ella lo miró con el labio inferior entre los dientes y él tuvo que sofocar un gruñido.

–La noche es joven, no nos precipitemos –replicó ella con cautela.

Rahim suspiró teatralmente.

–Vaya, y yo que esperaba haber cautivado a todo el mundo con mi personalidad adorable para cuando se hubiesen servido los aperitivos…

La risa de ella iluminó un rincón oscuro y frío que él tenía por dentro.

–Lo siguiente que dirás de ti es que eres guapo y encantador.

Él arqueó una ceja con arrogancia y sacudió la cabeza.

–Tienes razón, no nos precipitemos.

Entonces, le pareció que lo más natural del mundo era ofrecerle el brazo. Ella titubeó un segundo, pero lo tomó y siguió su paso. El delicado olor de su perfume los envolvió mientras salían del ala este. Estaban acercándose a la habitación bazar cuando ella se detuvo.

–Es increíble…

Él siguió la dirección de su mirada y sonrió por su reacción a lo que había en el centro de la galería, justo debajo de la cúpula dorada. El caballo de mármol estaba rodeado de querubines con flautas que dejaban caer agua en la fuente. El caballo árabe estaba representado con toda su magnificencia y sus crines flotaban en el aire mientras se elevaba del agua sobre sus patas traseras.

Cuando ella empezó a acercarse a la fuente, Rahim despidió a los guardaespaldas con una mano. Sus pasos fueron alejándose hasta que solo se oyó el agua de la fuente.

–Era el caballo favorito de mi madre –le explicó Rahim–. Cuando murió en un accidente durante una carrera, mi padre encargó este monumento para ella.

Ella rodeó la estatua y la observó con los ojos abiertos por la fascinación. Se paró en la parte delantera y pasó los dedos por las palabras cinceladas en la piedra.

–¿Qué quiere decir?

–La traducción libre sería «el querido».

Ella sonrió levemente, pero él captó que era una sonrisa teñida de tristeza.

–Cada rincón del palacio es increíble, casi como un cuento de hadas.

Rahim intentó disimular la amargura mientras contestaba.

–Esa era la idea. Mi madre quería un palacio de cuento de hadas y mi padre se ocupó de que lo tuviera.

–Es precioso de verdad, es un lugar mágico –ella lo dijo sinceramente y él vio su delicada sonrisa mientras volvía a pasar los dedos por las palabras–. Tu padre debió de amarla mucho si removió el cielo y la tierra para darle lo que quería.

La tristeza y la rabia que sentía cuando pensaba en su padre se hicieron más intensas.

–Supongo que podría decirse eso.

Allegra dejó de observar la estatua y lo miró.

–¿A ti no te lo parece?

–Supongo que algunos lo verán como amor –él se encogió de hombros–. Otros podrían verlo como una obsesión perjudicial a largo plazo.

–¿Tú eres de los segundos?

Él intentó contener la palabra que no quería decir, pero súbitamente brotó la necesidad de compartir, de quitarse un peso de encima, y la palabra le salió de la boca.

–Acompáñame.

–¿Adónde? –preguntó ella con los ojos muy abiertos.

–Solo será un minuto.

Él le tomó la mano y notó la tensión en las entrañas por el contacto. Aminoró el paso cuando se acercaron a la puerta doble del ala norte. La abrió de par en par y observó la luz que bañaba

la decoración morada y dorada. La escalera de mármol en curva ocupaba el centro, como en todos los sitios del palacio, y estaba pensada para que la bajara elegantemente una princesa.

–Este sitio no deja de asombrarme.

Rahim, que empezaba a pensar que estaba loco por exponerse a unos recuerdos tan turbadores, se limitó a asentir con la cabeza. Allegra, que quizá se hubiese dado cuenta de lo alterado que estaba, se dio la vuelta para mirarlo.

–¿Por qué me has traído aquí, Rahim?

Él miró la escalera.

–¿Sabes por qué está cerrada este ala?

–No, el libro no decía…

–Claro que no. Ese libro es para quienes creen en los cuentos de hadas.

Ella frunció el ceño por su sarcasmo, pero no dijo nada y lo observó cuando empezó a ir de un lado a otro.

–Mi madre estaba bajando apresuradamente esas escaleras para enseñarle a mi padre un adorno que había comprado cuando se resbaló y se cayó. Sufrió una conmoción cerebral, se rompió un tobillo y quedó un tiempo en coma.

Rahim no oyó casi el murmullo de espanto de Allegra, estaba absorto por el recuerdo de aquellos días y del miedo que le atenazó el corazón cuando vio que el amor debilitaba a un

hombre fuerte y noble, un hombre al que, hasta ese momento, había considerado invencible.

–De un día para otro, mi padre se convirtió en un ser inútil, abandonó todo y a todos, entre otros, a su asustado y desorientado hijo, y no se separó de la cama de mi madre.

–¿Cuánto tiempo estuvo… enferma?

–Estuvo seis días en el hospital y solo me permitieron verla una vez durante cinco minutos. Mi padre estaba aterrado de que pudieran contagiarle una infección, aunque el médico le había dicho que era imposible. Se aisló completamente del mundo. Cuando estaba obligado a atender algún asunto de Estado, lo hacía como un zombi. Esa semana oí más de una vez que sus asesores susurraban sobre su estado mental.

–Pero tu madre mejoró…

Él se apartó de ella y de las escaleras que simbolizaban tantas cosas que quería olvidar.

–Volvió a casa y, aparte de que mi padre cerrara el ala norte para no tener que ver dónde se cayó ella, sí, las cosas mejoraron, pero nunca volvieron a ser como antes.

–¿Porque habías presenciado el amor de tus padres? –preguntó Allegra mirándolo fijamente con comprensión.

–No. Vi lo destructiva que era la obsesión de mi padre.

Había visto con toda claridad el efecto debilitador que tenía el amor. El sentimiento que había disfrutado y había tomado

como algo natural, se había convertido de repente en algo que podía suponer la destrucción de su país y de él mismo.

–Sin embargo, incluso entonces esperé haberme equivocado, que lo que había visto en mi padre durante aquella semana hubiese sido una alteración pasajera.

El amor de su padre tenía que abarcar a su hijo y a cada uno de sus súbditos, no solo a su amada esposa. Ese amor tenía que convertirlo en un gobernante y en un padre mejor, no en un espectro cuando el amor se sentía amenazado.

–¿Qué pasó? –le preguntó ella desde detrás de él.

–Mi madre murió cuatro años después y mi padre me demostró hasta qué punto podían empeorar las cosas.

Una mano lo agarró del bíceps y él se sorprendió de lo fuerte que era y de lo mucho que quería que no lo soltara.

–Los dos os quedaríais destrozados...

–La vida de mi padre terminó ese día.

Khalil Al-Hadi dejó de vivir cuando murieron su esposa y su segundo hijo nonato.

–Y yo me fui a vivir a Washington en cuanto pude –añadió Rahim.

Fue el sitio que utilizó durante los quince años siguientes para olvidar a su padre y a su tierra. Al principio, no había querido creer lo que estaba pasando delante de sus ojos, pero su vida se alteró alarmantemente y fue cayendo en un infierno que

le provocaba reacciones desdichadas. Cuando se dio cuenta de que sus intentos eran inútiles, que su padre no podía ver más allá de su propio dolor, él ya llevaba una vida disipada que se había convertido en una adicción que no quería abandonar. No había encontrado ningún motivo para poner freno a una libertad embriagadora que lo eximía de cualquier responsabilidad en lo relativo a Dar-Aman. Al fin y al cabo, si su padre no se molestaba en interesarse por lo que él hacía, él correspondería desconectándose completamente de su país. Se pasó la mano distraídamente por el pecho como si quisiera aliviar el dolor que sentía en el corazón. Su exilio autoimpuesto había sido tan efectivo que no se había enterado de lo mal que habían ido las cosas, de cómo habían abandonado a su pueblo.

–Sin embargo, hay algo más, ¿verdad?

Él la miró con una mueca que era la caricatura de una sonrisa. La miró fijamente a los ojos azules y se preguntó que sentiría si se dejaba arrastrar por ellos. Sin embargo, se dominó.

–Siempre lo hay, *habibi*, como creo que también lo hay para ti, pero aquí es donde me busco una excusa y digo que no quiero hablar mal de los muertos.

–O donde muestras una rendija en tu coraza que indica que eres humano.

–¿Y por qué iba a querer enseñar ese defecto?

–¿No son los héroes con defectos los que siempre acaban llevándose a la chica?

–No somos personajes de ficción, Allegra. La obsesión ciega puede ser dañina para el que la da y para el que la recibe. Prefiero vivir en la realidad por muy desagradable que pueda ser algunas veces.

Su comentario borró el último rastro de melancolía que había en los ojos de ella y observó, fascinado, que volvía a ponerse la careta pragmática.

–Tienes razón, no vivimos en un cuento de hadas. ¿Seguimos el recorrido?

Como una diplomática de verdad, admiró sonoramente los frescos y la interminable hilera de lámparas de techo cuando llegaron a la habitación bazar, pero, después de haber mirado algunos objetos que había sobre los aparadores que estaban pegados a la pared, siguió adelante. La biblioteca, que había sido el orgullo de su abuelo, también recibió alabanzas, pero sus ojos no se iluminaron con verdadero interés hasta que llegaron al salón de trono, donde se habían celebrado todas las coronaciones de Dar-Aman.

–En esta habitación se conservan todas las coronas, desde la de nuestro primer jeque.

–Si no recuerdo mal, también es la habitación donde se conserva la colección de cajas antiguas más extensa de tu madre, ¿no?

–Sí –él sonrió–, aunque hay otra colección privada más pequeña.

Ella se soltó de su brazo antes de que pudiera seguir con la historia y se acercó a la primera vitrina. La observó mientras examinaba cuidadosamente cada objeto y preguntaba por su procedencia antes de pasar al siguiente. Él le daba alguna información, pero ella parecía no atenderlo, estaba completamente concentrada en las vitrinas.

Una discreta tos le indicó que Harun estaba allí y se dio la vuelta. Su consejero le hizo un gesto y él se dirigió a Allegra.

–Se espera su presencia como invitada de honor.

Ella disimuló la decepción, pero él la captó.

–¿Podremos volver más tarde?

–Si lo desea... –murmuró él cuando su intuición le hizo sospechar algo que no sabía qué era.

Ella no volvió a tomarle el brazo y parecía reacia a abandonar el salón del trono. Cuando llegaron al salón de baile Mariam, llamado así por su abuela, él le presentó a todos los dignatarios que pudo. Allegra conversó con inteligencia, pero él podía darse cuenta de que estaba pensando en otra cosa, como si estuviese cansándose de llevar la careta. Desconcertado, intentó captar su atención, llevarla hacia lo que quería hablar con ella, pero no consiguió que se concentrara plenamente en él hasta que habló de las mujeres de Nur-Aman.

–¿Vais a implantar otro sistema educativo para ellas? –preguntó ella antes de morder el postre de higos.

–Tengo pensado hacerlo a lo largo del año. También estoy en conversaciones con otras comunidades de dentro y fuera de Shar-el-Aman.

–Me alegra oírlo.

Rahim asintió con la cabeza y también se alegró de que ella se hubiese centrado por fin.

–No solo para las mujeres, sino, sobre todo, para los niños. Sin embargo, antes tengo que ocuparme de mi imagen personal.

–¿Qué tiene que ver vuestra imagen personal? –le preguntó ella con el ceño fruncido.

Rahim hizo una pausa porque sabía que había llegado a la parte delicada de la negociación.

–Mucho, como seguramente sepas.

–Solo si pretendéis poner vuestros intereses personales por encima de los de vuestro pueblo –replicó ella en un tono lo bastante airado como para que varias personas los miraran.

Rahim sonrió con los dientes apretados y se levantó. Sus invitados también se levantaron ante la indicación de que el banquete había terminado. Desgraciadamente, también significaba que tendría que alargar un poco más sus obligaciones como anfitrión. Cuando las charlas que le exigía el protocolo terminaron, Allegra estaba rígida y con una sonrisa de plástico en la cara. Se acercó a ella, se inclinó y le susurró a la oreja.

–Vámonos y tengamos esa conversación ahora.

Ella asintió con la cabeza y él la sacó del salón de baile. Sabía que eran el centro de atracción de muchas miradas, pero la verdad era que le daba igual lo que pensaran. Había tenido razón al pensar que ella exigía mucha atención. Ya se había cansado de tener que andar con cuidado de no ofenderla y el convencimiento de que la necesitaba para que lo ayudara a reparar su imagen estaba quebrándose por la frustración que se adueñaba de él.

Su despacho era la habitación privada que estaba más cerca. Despidió al ayudante que estaba en la antesala y entró con Allegra en el despacho principal. Cerró la puerta y la llevó a un sofá de cuero que había delante de la ventana que daba a su patio privado. Una vez sentada, fue de un lado a otro sin saber cómo tratar ese asunto sin que le explotara en la cara. Le costaba tanto formar las frases adecuadas en la cabeza que no se dio cuenta de que habían pasado los minutos.

–Rahim…

Se paró en seco al oír su nombre dicho por ella y tomó aire.

–Está claro que tus motivos para que hayas venido a Dar-Aman no entran en conflicto con los míos, pero no hay ningún motivo para que no podamos hacer que salga bien.

–Yo… –ella frunció el ceño–. Y no entiendo…

Rahim se sentó al lado de ella y se dio cuenta del error que era. Podía ver los pechos que subían y bajaban debajo del

vestido y no podía apartar la vista de la sombra del escote. Hizo un esfuerzo para levantar la vista y siguió.

–Ya sé que no es lo que sueles hacer, pero estoy dispuesto a pagar la factura por ese aspecto de tu trabajo.

Ella frunció más el ceño.

–Lo siento, pero no tengo ni la más remota idea de lo que estás hablando.

Rahim apretó los dientes.

–No sé si estás haciéndote la tonta o... –Rahim se calló y tomó aire–. Estás aquí en nombre de la Fundación Di Sione y sé muy bien todo lo que cubre la fundación. Solo se necesitaría una adaptación mínima para incluir las relaciones públicas. Si te preocupa el pago, me ocuparé de que se te remunere todo lo que hagas.

Ella se quedó boquiabierta, pero la cerró mientras intentaba encontrar las palabras, probablemente, para rechazarlo. Rahim sintió una oleada de rabia, pero la sofocó. Sus sentimientos personales daban igual, lo único que importaba era que ella aceptara ayudarlo a ayudar a su pueblo. Sin embargo, ella habló antes de que él pudiera decir nada más.

–Vine a Dar-Aman porque tienes una caja, una caja de Fabergé, y quiero comprártela. Ese es el único motivo para que haya venido. Si fueses tan amable de darme un precio, me ocuparé de que te lo paguen antes de que me marche mañana.

Capítulo 6

Allegra vio que distintas emociones se reflejaban en el rostro de Rahim, hasta que frunció el ceño con un gesto algo aterrador.

–¿Una… caja? ¿Has hecho este viaje por una caja? –preguntó él con incredulidad y desconcierto.

–Sí, pero te aseguro que no es una caja cualquiera. Tiene un significado especial para alguien cercano a mí.

Él se dejó caer sobre el respaldo sin salir de su asombro, pero se levantó de un salto.

–A ver si lo he entendido bien. ¿Tu visita no tiene nada que ver con la Fundación Di Sione ni con el pueblo de Dar-Aman? –le preguntó Rahim con los ojos tan oscuros que parecían de bronce.

Ella tragó saliva porque sabía que se movía en un terreno muy peligroso y que tenía que andar con cuidado.

–Es posible que la fundación se interese por Dar-Aman en el futuro y estoy dispuesta a atender tus propuestas, pero, en este momento, necesito la caja…

–¿Es posible…? ¿En el futuro…? –su voz era gélida–. ¿Has venido y has disfrutado condenando a mi reino solo para divertirte?

–No, no vine para eso, pero no puedo dejar de ser quien soy solo porque no estoy en visita oficial. La fundación no es solo mi trabajo, es mi vida.

–Entonces, demuéstralo.

–No tengo que demostrarte nada…

Allegra no siguió cuando el sacudió la cabeza con vehemencia.

–No tenías intención de trabajar aquí para ayudar a reparar la imagen de Dar-Aman, ¿verdad?

–Hablas de reparar la imagen y de campañas de relaciones públicas. La Fundación Di Sione no hace eso. Para eso, sería mejor que contrataras una empresa de relaciones públicas. Es posible que la empresa de mi hermana Bianca te sea más útil.

Él apretó los dientes antes de contestar.

–Sé muy bien lo que hace tu fundación y también sé muy bien que lo que estoy proponiéndote no es algo raro para ti, que ya lo has hecho en el pasado.

Le dio dos ejemplos y Allegra tuvo que reconocer que se había preparado bien, aunque de una forma un poco complicada.

–Tienes razón, pero eso fue para un grupo que quería rehacer una zona en estado desastroso, no para un playboy multimillonario que, de repente, quiere jugar a que es el gobernante de un reino a punto de recuperar el puesto que le corresponde después de haber pasado un periodo inestable.

Rahim se quedó rígido por la rabia y Allegra cerró los ojos porque supo que acababa de tirar por la borda cualquier posibilidad de recuperar la preciada caja de su abuelo.

–Te aseguro que jamás he jugado a ser nada. Además, las infraestructuras de Dar-Aman están como las heredé cuando subí al trono hace seis meses…

–Y has dado la vuelta a las cosas desde que estás en el trono, ¡pero eras el príncipe heredero desde que naciste!

Le sonrisa que esbozó Rahim fue tan gélida como su mirada.

–Creía que se había informado, señorita Di Sione, pero, evidentemente, me había equivocado porque desconoce algo tan conocido. Pasé quince años sin poner un pie en Dar-Aman, hasta hace seis meses.

Ella se quedó atónita, aunque se estremeció un poco por la forma de decir su nombre.

–Entonces… ¿Estás diciendo que tu padre era el responsable de cómo estaban las cosas y no tú? ¿No crees que, como príncipe heredero, debías a tu pueblo el cuidado y la atención que les habría dado tu presencia en Dar-Aman, sobre todo, cuando sabías cómo estaba tu padre?

Él retrocedió como si ella se la hubiese golpeado y luego la miró con unos ojos fríos como el hielo.

–Tenga mucho cuidado con los insultos que va soltando. Nunca me he perdonado por haber contribuido al abandono que

ha sufrido mi pueblo. Yo elegí ausentarme y lo único que puedo hacer es recoger lo que queda.

Allegra captó la amenaza latente en su tono y se le encogió el corazón al acordarse de lo que iba a perder. Pensó en su abuelo y se levantó precipitadamente.

–Sin embargo, sigo siendo la máxima autoridad de este reino y, como mi invitada, me debe respeto.

–Lo siento –replicó ella avergonzada.

–¿Qué siente exactamente? –le preguntó él con los ojos entrecerrados.

–El sufrimiento de tu pueblo, naturalmente, pero Rahim…

–Dado que hemos perdido la cordialidad, se dirigirá a mí como Alteza.

Ella contuvo el aliento.

–Yo… Alteza, todavía me gustaría hablar de la caja si….

Rahim soltó una imprecación en árabe.

–¡Es increíble! ¿Cree que puede ablandarme con una muestra falsa de arrepentimiento justo antes de pedirme lo que ha venido a buscar de verdad?

–¡No fue falsa!

El agitó una mano con una impaciencia incontenible.

–¿Por qué iba a creerla cuando está claro que vino aquí con falsedades?

–¿Qué?

–Me dijo por teléfono que iba a venir a Dar-Aman como directora de la fundación… –él se rio de repente y fue un sonido escalofriante–. Fue muy lista al engañarme con sus palabras. ¿Siempre se sale con la suya gracias a estas sutiles falsedades?

Allegra se puso roja porque sabía que era lo que había hecho.

–Por favor, esto es importante…

–Como lo es mi pueblo para mí, señorita Di Sione, y al perder el tiempo con usted me he alejado más todavía de conseguir un verdadero progreso.

Ella notó que la desesperación la atenazaba cada vez con más fuerza.

–Rahim… –ella no siguió al ver que él apretaba los dientes–. Alteza, os ofrezco lo que queráis por la caja.

Él la miró durante todo un minuto y se acercó hasta que estuvo a unos centímetros de ella. A esa distancia, podía notar las emociones que irradiaba su cuerpo y tuvo que hacer un esfuerzo enorme para no apartarse de él.

–Ha viajado miles de kilómetros por una caja –el ligero desprecio estaba mezclado con algo más, algo que, curiosamente, le pareció tristeza–. ¿De verdad significa tanto para usted?

Ella no perdió el tiempo preguntándose por qué iba a estar triste por sus intenciones.

–Sí.

–¿Y espera que lo deje todo para ayudarla con ese capricho?

–Bueno, yo...

–Me parece que los dos vamos a salir perdiendo en esta historia. Usted no tenía ninguna intención de ofrecerme los servicios de su fundación y yo tengo cosas más importantes que hacer que ir detrás de cajitas. Hasta usted misma estará de acuerdo en que mi tiempo será más útil en cualquier otro sitio –él se miró la muñeca y siguió hablando sin esperar a que ella contestara–. Es tarde y, como ya he perdido un tiempo precioso con usted, tengo que volver al trabajo. Un ayudante la acompañará a sus aposentos y un conductor la llevará al aeropuerto mañana por la mañana. Usted y yo no volveremos a vernos.

Él empezó a alejarse y el pánico la dejó petrificada hasta que consiguió reaccionar.

–¿Le negara a un anciano lo que desea antes de morir?

Él se quedó parado con la mano en el picaporte y se dio la vuelta.

–¿Qué ha dicho?

–La caja... es para mi abuelo. Fue suya hace mucho tiempo. Por favor, está muriéndose...

Si había esperado compasión o ablandarlo, recibió todo lo contrario. El rostro de Rahim se endureció hasta que pareció una hermosa y desasosegante estatua de piedra. Sin embargo, sus ojos brillaban con una mirada de censura abrasadora.

–Si hay algo que detesto más que las falsedades, es la manipulación emocional. Créame cuando le digo que acaba de aniquilar cualquier posibilidad de conseguir lo que quería. Si hubiese estado dispuesto a ponerme a buscar un adorno en un palacio lleno de miles de ellos, que no lo estaba, se ha ganado una negativa más firme todavía. Buenas noches.

Él se marchó y dejó un silencio en el que solo se oía la respiración entrecortada de ella.

Había fracasado. Se dobló hacia delante con el corazón martilleándole en los oídos mientras intentaba controlar la respiración. Se imaginó la conversación con su abuelo, se tambaleó, se sentó en una butaca y se tomó la cara con las manos. Por muy unida que estuviera con su abuelo, sabía que él la consideraría inepta en casi todo menos en dirigir la fundación. La idea de volver con las manos vacías, de decirle que había estropeado la que podría ser la última cosa que él le pidiera, además de haber enojado profundamente al gobernante de un poderoso reino, hizo que dejara escapar un sollozo de abatimiento.

No supo cuánto tiempo había estado allí sentada con la mirada perdida. No conocía la historia que había detrás de la caja

que su abuelo deseaba recuperar con todas sus fuerzas, pero tenía grabada en la memoria la mirada de sus ojos cuando le pidió que la encontrara. Le escocían los ojos, pero se secó las lágrimas. Quizá hubiese fracasado esa vez, pero se negaba a creer que todo estaba perdido. Quizá solo necesitara darle tiempo a Rahim para que se le mitigara el enojo que sentía hacia ella... o quizá pudiera hacerle una oferta mejor.

Se levantó muy decidida, pero dio unos pasos y vaciló. ¿Qué podía darle aparte de una oferta de ayuda insostenible después de haberlo condenado sin reparos? Cualquier cosa que ella propusiera la rechazaría desagradable y tajantemente. Se mordió el labio inferior y fue de un lado a otro por delante del sofá mientras descartaba todas las ideas que se le ocurrían porque le parecían malas e inútiles. Rahim creía que había ido a Dar-Aman con falsedades y descubriría cualquier maniobra que utilizara para conseguir la caja. Cuando fue a marcharse, se acercó al sofá para recoger el chal que había dejado allí y vio un libro encima de la mesita. Lo tomó y el título le llamó la atención, *Los tesoros de Dar-Aman*. Vio el nombre de un fotógrafo muy famoso, que también era el autor del libro, y supo que no habría dejado una piedra sin remover para documentar todo lo que mereciera la pena documentarse. Volvió a sentarse con las manos temblorosas y abrió el libro por la primera página. Echó una ojeada el índice y se quedó sin respiración cuando vio que había un capítulo que se llamaba *Por el amor a Fabergé*. Fue a la página correspondiente y leyó apresuradamente la introducción. La

madre de Rahim había tenido debilidad por las cajitas, sobre todo, por las más preciadas y con grandes historias. Los objetos de Fabergé habían sido sus favoritos y los había coleccionado desde muy joven. Una vez casada, su marido se había propuesto regalarle todas las cajas que pudiera. Ojeó las fotos y el corazón se le detuvo cuando llegó a la tercera página. Miró fijamente la imagen perfecta y el corazón se le aceleró. Las volutas de oro y lapislázuli, la cesta china del centro y las alas de águila eran justo como las había descrito su abuelo. La caja, sobre una tela de seda azul, se sostenía encima de un pedestal de oro frágil pero exquisitamente realizado. Tanto la caja como el pedestal parecían perfectamente conservados desde que Giovanni se deshizo de ellos.

Cuando consiguió apartar la mirada de la foto, leyó lo que ponía debajo y se quedó helada. Si no había conseguido encontrar la caja antes había sido porque la difunta reina, la madre de Rahim, la había guardado en su dormitorio, el dormitorio que usaba el jeque en ese momento.

Cerró el libro de golpe y sintió que el cuerpo se le entumecía a medida que la realidad se adueñaba de ella como una neblina maliciosa. Hasta ese momento, no había querido aceptar la idea de que acabaría volviendo con las manos vacías. Incluso, había considerado la posibilidad de que la encontrara ella misma y que Rahim se replanteara su posición por la mañana, cuando hubiese pasado un poco de tiempo. A juzgar por su actitud, estaba claro que los objetos de valor incalculable que su madre había

adorado no significaban lo mismo para él, que solo eran objetos insustanciales con los que se había criado. Por la mañana, no sería tan cabezota con la idea de separarse de uno de ellos. Sacudió la cabeza, se levantó y salió del despacho.

Efectivamente, un ayudante estaba esperándola y la acompañó hasta sus aposentos, donde Nura la recibió con su entusiasmo habitual. Después de disculparse por haberla tenido levantada hasta después de medianoche, la despidió, se desvistió y se puso el elegante y liviano camisón. Estaba cepillándose el pelo cuando vio la luz de un mensaje de voz en su móvil. Dejó el cepillo y buscó las llamadas. Vio el prefijo de Long Island y sintió una oleada de miedo helador. Llamó intentando que no le temblaran las manos.

–Señorita Allegra, ¡gracias a Dios! –exclamó Alma.

Agarró el teléfono con tanta fuerza que oyó el chasquido de los huesos.

–¿Qué ha pasado? ¿Mi abuelo está bien?

–¡Sí! Lo siento, *piccolina*, no había querido asustarle. Hoy está pasando un día mejor y ha hecho un montón de llamadas durante toda la mañana. Intentó llamarla unas cuantas veces y ya sabe cómo se preocupa cuando no consigue hablar con algunos de ustedes.

Allegra se dejó caer en la cama aliviada y se maldijo a sí misma por no haberse llevado el teléfono al banquete.

–¿Puedo hablar con él?

–Claro. No cuelgue.

Allegra cerró los ojos con pesadumbre por la noticia que estaba a punto de darle.

–¡Allegra, querida! –le saludó su abuelo con una voz mucho más firme que hacía unos días.

–Sí, abuelo, estoy aquí.

–¿Dónde es exactamente aquí? Tienes a un anciano subiéndose por las paredes por la preocupación.

–Sigo en Dar-Aman. Lo siento, estaba en una cena y no me llevé el teléfono. Yo… iba a llamarte mañana, cuando llegue a Nueva York.

–¿Con buenas noticias? –le preguntó Giovanni sin disimular la esperanza.

La vergüenza y la tristeza atenazaron la garganta de Allegra.

–Abuelo…

Ella no pudo encontrar las palabras que le destrozarían el corazón.

–Hace una hora hablé con Matteo. Tiene buenas noticias sobre el collar que le pedí que me encontrara.

A ella se le cayó el alma a los pies e intentó tragar saliva antes de que pudiera hablar.

–Me alegra, pero yo no he podido… Creo que no voy a poder conseguirte la caja.

Se hizo un silencio muy profundo y solo se oyó que su abuelo soltaba el aire entrecortadamente.

–¿No está ahí? –le preguntó él en un tono desolado por la decepción.

–Sí está aquí, pero Rahim… el jeque se niega a desprenderse de ella.

–No me sorprende –Giovanni resopló–. Su madre la guardaba como un tesoro y tiene que tener un valor sentimental para él, pero… Allegra, querida, pero yo lo necesito más y he llegado a un punto en mi vida en el que puedo ser un poco egoísta sobre las cosas que necesito. Si la has visto, si está a tu alcance, no me falles, r*agazza mia*, *per favore*.

La petición angustiada tenía un tono tan desgarrador que a Allegra le escocieron los ojos.

–¿No es solo una caja para ti, verdad, abuelo?

No podía serlo cuando la idea de no recuperarla estaba destrozándole el corazón.

–No, no lo es.

Cuando su abuelo no dio más explicaciones, ella parpadeó para contener las lágrimas e hizo un esfuerzo para hablar con firmeza.

–La recuperaré, *Nonno*, lo prometo.

–*Ti amo, nipotina.*

Giovanni soltó una bocanada temblorosa de aire y Allegra cortó la llamada. Sabía lo que tenía que hacer, pero no quiso pensar más allá del paso siguiente. Tomó el chal que había dejado en el asiento curvo de la ventana, se lo puso encima del camisón y fue apresuradamente hacia la puerta.

El pasillo estaba silencioso y la mitad de las luces estaban apagadas. La puerta doble de la que le había hablado Nura antes tenía un aire aciago. Llevada por la adrenalina y por la promesa de no volver a fallarle, agarró los picaportes dorados. Por una parte, temía que estuviesen cerradas con llave. Al fin y al cabo, ¿los harenes no funcionaban así? ¿Acaso Rahim permitía que cualquier mujer que lo deseara acudiera a su dormitorio cuando quisiera? Tuvo un regusto amargo por la idea, pero eso no le impidió cruzar las puertas y volver a cerrarlas. El pasillo estaba en penumbra, solo lo iluminaba una lámpara de Tiffany que había sobre una delicada consola. Contuvo el aliento, avanzó por la alfombra persa y se detuvo al llegar a la curva del pasillo. Con el corazón acelerado, vio los faroles marroquíes que colgaban a los lados de las enormes puertas talladas. No necesitaba nada que le indicara que eran las puertas de la estancia de Rahim. La sangre le bullía y eso era una evidencia suficiente. Además, por si eso no fuese suficiente, el olor de él le llegó a cada terminación nerviosa de su cuerpo. Dejó a un lado esas sensaciones como pudo, levantó una mano y llamó con suavidad. Volvió a llamar al cabo de un minuto y pegó la oreja a la puerta. Tuvo que hacer un esfuerzo enorme para no dejarse llevar por la voz que le exigía

que pensara mejor lo que estaba haciendo, pero bajó el picaporte y volvió a sorprenderle que la puerta se abriera.

La sala era muy grande y, probablemente, sería tan impresionante como el resto del palacio, pero estaba demasiado ocupada intentando no pensar en todas las consecuencias de que la sorprendieran como para apreciarla. Buscó frenéticamente con la esperanza de que hubiesen llevado la vitrina con la caja del dormitorio a la sala. Cuando perdió esa esperanza, pasó con la boca seca por debajo de un arco que llevaba a otra habitación. El corazón le palpitaba con tanta fuerza que no oía nada más y se detuvo cuando entró en el dormitorio de Rahim. Aunque había esperado que fuese más opulento de lo que podría haber soñado, se quedó boquiabierta al verlo. El cuarto tenía todos los lujos imaginables, desde la lámpara que parecía brotar de los frescos del techo hasta los espejos con marcos de oro y los cuadros que colgaban por toda la habitación. Sin embargo, lo que hizo que abriera los ojos como platos fue el tamaño y la situación de la cama. La cama, sobre cuatro sólidas columnas, se elevaba hasta casi la mitad de la altura del techo y tenía dos escaleras curvas. Alrededor de la cama con seda color crema y llena de almohadas, se habían colocado unas barandillas de hierro blanco y dorado. Además, el cabecero, el doble de grande que el suyo, era más cautivador todavía. La increíble belleza de la representación erótica captó toda su atención durante unos segundos interminables. Se imaginó a Rahim, a su cuerpo delgado y musculoso tumbado allí, y el calor abrasador que

sintió por dentro la sacó de su estupor. Miró hacia otro lado y tomó aire antes de que pudiera recuperar la concentración. Rebuscó alrededor con la mirada hasta que encontró la vitrina Luis XIV que había visto en el libro. Se agarró el chal y se dirigió hacia ella por la mullida alfombra. La caja de su abuelo estaba en el centro de la balda superior y un foco diminuto permitía verla en todo su esplendor. Era increíblemente hermosa y, por primera vez desde que él le pidió que la recuperara, reconoció que la caja era muy especial. Con el corazón en la garganta, se acercó un poco más a la vitrina, pero se dio media vuelta cuando oyó que una puerta se cerraba detrás de ella.

Rahim entró en la habitación y ella se estremeció hasta la última célula de su cuerpo. Al principio con miedo, pero después con una excitación tan ardiente que se preguntó si ya se habría derretido cuando el hombre que estaba secándose el pelo con una toalla, y que todavía no la había visto, se diese cuenta de que había violado su intimidad. Rahim bajó la toalla al cabo de un segundo y se quedó helado. El asombro se reflejó en sus ojos, hasta que el color avellana fue oscureciéndose. Cruzó el dormitorio con los ojos entrecerrados y clavándolos en ella como rayos láser.

Allegra se advirtió que no podía mirar su cuerpo y que tenía que buscar una explicación verosímil para que estuviera allí en plena noche y vestida como estaba vestida. Al cuarto paso de él, había perdido la batalla. Sus ojos devoraban toda la amplitud de sus hombros y el abdomen duro como una tabla de lavar.

Llevaba la toalla blanca anudada a la cintura y su piel olivácea resplandecía y era tan tersa que sus dedos anhelaban tocarla. El deseo la dominó por dentro y la boca se le hizo agua cuando él se acercó más y ella pudo ver las gotas que le caían por la piel. Era indescriptiblemente hermoso. Desde el pelo mojado y negro como la tinta hasta las poderosas piernas que cruzaban la distancia que los separaba, Rahim Al-Hadi era un ejemplar de belleza viril parecido a una pantera y ella aceptó en ese instante que no podía resistirse a él cuando cada centímetro de su cuerpo quería estar pegado a cada centímetro del cuerpo de él en todas las posiciones imaginables.

–Allegra –él murmuró su nombre en un tono que ella no pudo reconocer, pero que le retumbó por todo el cuerpo–, no sé si aplaudirte por tu atrevimiento temerario o si reñirte por tu necedad al venir aquí.

El gruñido profundo de su voz hizo que le palpitara ese rincón secreto que tenía entre las piernas. Se preguntó, avergonzada, como podía reaccionar así solo a su voz, aunque los pezones se le habían endurecido ante la descarada avidez de su rostro.

–Espero que no te importe, pero no podía dormir si no venía aquí a…

Ella no pudo seguir cuando él se quitó la toalla del cuello y la tiró al suelo. Estaba descalza y tenía los ojos a la altura de sus

pectorales, podía ver la redondez perfecta de sus pezones marrones.

–¿Si no venías aquí a...? –repitió él en tono burlón.

Ella parpadeó e intentó respirar. Tenía que pensar algo.

–Yo... No me gustaba cómo habíamos dejado las cosas. Quería subsanarlo.

Rahim se acercó otro paso y ella pudo captar el leve olor a cloro mezclado con otro olor más carnal a piel de hombre. Se lo imaginó nadando desnudo y fue una imagen que añadió a todas las demás imágenes pornográficas que le llenaban la cabeza.

–¿Y cómo piensas subsanarlo?

Ella no creía que, jamás en su vida, podría explicar la sensación que la dominaba en ese momento. Quizá siempre hubiese estado buscando una relación con algo, o alguien, y no se había dado cuenta. Lo cierto era que la sensación de estar a la deriva, de estar sola desde que había perdido a su madre hacía infinidad de años, había sido un dolor que esperaba a brotar y atenazarla en los momentos de debilidad. Era una sensación que no expresaba nunca porque sabía que sus hermanos tenían otra opinión de su voluble madre y que no recibirían con agrado su sentimiento. Tampoco quería recordarles que ella les había fallado, que no había sabido darles la estabilidad que necesitaban cuando era más importante.

Fuera lo que fuese lo que estaba reprimiendo, en cuanto su mano tocó el torso desnudo de Rahim, una emoción profunda y

visceral le recorrió todo el cuerpo e hizo que su alma suspirara con alivio y entrega. Era una piel cálida y embriagadora por su vitalidad, no podía dejar de tocarla, como no podía dejar de respirar.

Sus fibrosos músculos se contrajeron por el contacto y tomó una bocanada entrecortada de aire.

Cuando ella consiguió apartar la mirada de la piel que le abrasaba los dedos, vio que sus ojos brillaban con una llamarada devoradora que amenazaba con consumirla. Al saber que él le deseaba tanto como ella a él, tuvo fuerzas para dar el siguiente, disparatado y casi inevitable paso. En ese momento, no podía dejar de besar esos labios separados con avidez, no podía dejar de agarrarse a su cuello para elevarse y paladear la perversidad exótica de su boca, para dejarse arrastrar por el ardor que le bullía en la sangre.

Sus labios eran cálidos, le intoxicaban los sentidos como una droga y eran firmes y exigentes. Aunque permitió que se apartara un poco cuando se sintió abrumada por tanto placer. Se miraron a los ojos y sus alientos se mezclaron mientras él esperaba… algo que ella desconocía.

Sin embargo, volvió a lanzarse a por otro beso como si se lanzara de un avión. En un abrir y cerrar de ojos, Rahim estaba devorándola. Sus brazos la rodearon con tanta fuerza que no podía casi respirar, aunque tampoco pensaba en respirar. No, la lengua que perseguía la de ella y le desbarataba los sentidos era

una necesidad mucho más apremiante, una necesidad que no podía saciar. Dejó escapar un gemido y Rahim gruñó. Le pasó los dedos por el cuello y se maravilló con el pulso que le latía en la garganta antes de introducírselos entre el pelo mojado. La fina capa de la toalla no servía para disimular su erección contra el abdomen de ella. Se derretía entre las piernas y se estrechó más contra él. Entonces, estuvo a punto de gritar cuando Rahim la agarró de la cintura y la apartó.

Se miraron jadeantes. Ella no tenía palabras para describir cómo se sentía y lo miró en silencio con la esperanza, improbable, de que él no la despidiera. La mera idea hizo que lo agarrara con más fuerza del pelo.

–¿Así es como subsanas las cosas? –preguntó él con la voz ronca por la excitación–. Piénsalo bien antes de contestar, *habibi*, porque, si contestas afirmativamente, no podrás echarte atrás cuando estés en mi cama.

Ella quiso decirle que ya sabía que había quemado los puentes en lo relativo a él. Había sabido que Rahim Al-Hadi tenía un poder inexplicable sobre ella desde el mismo momento que se tocaron. Sabía que por eso había reaccionado con esa fuerza tan impropia de ella. Rahim se dirigía a un anhelo que tenía en el alma y que no podía negar, que, en ese momento y en ese lugar, no quería negar.

–Sí –susurró ella. Entonces, lo repitió con una voz más fuerte porque así se lo exigió su propia alma–. Sí, quiero esto.

Capítulo 7

Rahim la miró fijamente y su belleza lo cegó un instante, no le permitió ver la realidad, que tenía que parar, que tenía que marcharse antes de las cosas se descontrolaran. Ya estaban a un año luz de cómo había esperado que salieran las cosas cuando entró en su dormitorio y la encontró allí.

Se había resignado a no volver a verla cuando se marchó del despacho y había nadado durante una hora en su piscina privada para sofocar la rabia por la falsedad de ella, pero también había sido una sorpresa verla tan poco vestida y aparentemente arrepentida. La sorpresa había dejado paso inmediatamente a la decepción, porque no era distinta a las mujeres que había conocido en su vida pasada y que siempre habían querido algo de él, y la rabia había renacido acto seguido. Porque él había interpretado tan mal los motivos de ella para ir a Dar-Aman. Porque ella estaba tan decidida a conseguir algo material que ni siquiera se planteaba ofrecerle esa ayuda vital que él necesitaba para su pueblo.

Sin embargo, mientras se debatía entre expulsarla de allí o llamar al servicio de seguridad, otras necesidades más apremiantes se habían apoderado de él. No le avergonzaba

reconocer que esas necesidades lo dominaban todo después de ese beso que había estado a punto trastornarlo.

No obstante, sabía que el objetivo de ella no era tan altruista como fingía y por eso hizo un esfuerzo para ir más despacio, para darle a ella la ocasión de que se redimiera, aunque tenía los dedos clavados en su cintura y cada célula del cuerpo le pedía que aceptara lo que le ofrecía, que se saciara con el festín que ella le ponía a los pies.

–¿Estás segura?

Ella se rio, seguramente para seducirlo, pero el nerviosismo evidente de ese sonido hizo que la poca decisión que le quedaba quedara reducida a nada. Entonces, la mano que tenía entre su pelo bajó por la barba incipiente y cuando los dedos tembloroso le recorrieron el labio inferior, Rahim dejó escapar un gruñido bajo y profundo.

–Antes de que viniera aquí, era conocida porque decía lo que pensaba y pensaba lo que decía –ella volvió a reírse, aunque con más naturalidad y avidez que antes–. No lo he demostrado todo lo bien que debería, pero sí, estoy segura.

Susurró la última parte y sus ojos azules se oscurecieron cuando le miraron los labios. Rahim sintió la lava en las venas al darse cuenta de que ella deseaba que la besara, y mucho más. Tomó su dedo entre los labios y lo succionó con fuerza. Allegra abrió los ojos como platos y él se preguntó qué experiencia sexual tendría hasta que se dejó llevar por su expresión de

asombro mientras miraba lo que estaba haciendo con su dedo. Le lamió la punta para ponerla a prueba y ella contuvo el aliento.

El deseo lo abrasó por dentro mientras sus sentidos se aguzaban por las mil maneras que se le ocurrían para poseerla. Tomó al chal que la ocultaba y se lo quitó. El camisón era de seda y encaje, tan delicado que podría rasgarlo con solo tirar un poco de él. Estuvo muy tentado de hacerlo, pero se contuvo. La rabia y la decepción ya no dominaban sus emociones, pero seguían enterradas bajo unas necesidades más apremiantes y carnales. Unas necesidades tan devoradoras que tuvo que hacer un esfuerzo para detenerse un segundo cuando los pechos que se vislumbraban bajo la seda consiguieron que una voracidad renovada se despertara dentro de él.

La agarró de las caderas y la llevó hasta la chimenea que había debajo de la cama. La tumbó sobre unas alfombras de cachemira, delante de las llamas que revoloteaban entre las ascuas, y se sentó en los talones. Las llamas se reflejaban sobre su piel, que era algo más clara que la de él, pero que mostraba su origen latino. Lentamente, le pasó los dedos por la delicada curva de su mentón hasta la palpitación de la garganta. Ella se estremeció con una inocencia seductora y lo miró. Él se quedó un rato inmóvil, arrebatado por ella.

–Por favor…

–Déjame que disfrute un poco mirándote, eres exquisita.

El contorno de sus pezones era irresistible y le tomó uno entre los dedos. Ella dejó escapar un grito que le retumbó por dentro. Le bajó los tirantes para verla desnuda.

–Exquisita –repitió Rahim.

Se apoyó en los codos y se metió uno de los aterciopelados pechos en la boca. El gemido de ella fue tan embriagador que hizo lo mismo con el otro.

–Rahim…

–¿Te gusta?

–Sí –susurró ella mientras tomaba aire con la respiración entrecortada.

–¿Quieres más? –le preguntó él deseoso de verla completamente entregada a él.

Ella asintió con avidez y él le lamió el pezón antes de tomárselo con los dientes. Ella le arañó los hombros y arqueó la espalda. Rahim se aferró al poco dominio de sí mismo que le quedaba y se recordó que eso solo era una forma de saciar el deseo, de tomar lo que ella le ofrecía y, quizá, de darle una lección de paso. Eso no tenía por qué ser nada más, nada que removiera un lugar que había enterrado hacía mucho tiempo, un lugar que apestaba a soledad y abandono, un lugar que le recordaba demasiado a su adolescencia. No estaba solo ni ansiaba la relación que había echado de menos durante tanto tiempo que ya ni se acordaba. Había aprendido a salir adelante sin ella. Había encontrado otras maneras, y más provechosas, de

cicatrizar lo que lo había rehuido. Al ocupar el lugar que le correspondía en el trono, como habían hecho todos los Al-Hadi, y al jurar que se ocuparía de su pueblo, había cauterizado esa parte de sí mismo que quería cicatrizar.

No necesitaba cicatrices si quería llevar sobre los hombros el manto que le había puesto el destino, y, desde luego, no necesitaba la mujer cálida y vibrante que tenía debajo, ni siquiera una noche, como intentaban hacerle creer sus sentidos. Solo sería una fugaz cópula, aunque muy placentera, antes de que se deshiciera de ella. No sería nada más.

–Rahim...

Su voz cautivadora volvió a captar su atención y, encantando, se olvidó de sus desasosegantes pensamientos.

–¿Sí, *habibi*? Dime lo que quieres.

Ella arqueó más la espalda.

–Sigue, por favor.

Él tomó sus pechos perfectos con las manos y bajó la cabeza.

–Será un placer.

Allegra estuvo a punto de gritar por el alivio cuando volvió a sentir su boca. Por un instante, había temido que no seguiría. La desolación que le había velado los ojos le había dado un escalofrío y el dolor que había vislumbrado le había sofocado el

deseo. Entonces, curiosamente, no había sentido una pérdida por su falta de atención. Al ver en su rostro unos sentimientos que reconocía en sí misma, había encontrado una afinidad sorprendente entre ellos. Una afinidad que había descartado inmediatamente porque sabía que a Rahim no le gustaría esa relación. El sexo y la lujuria eran más aceptables para él.

Además, cuando volvió a sentir sus labios, todo se desvaneció, todo menos las sensaciones que le derretían el cuerpo. Sobre todo, se desvaneció esa voz que le preguntaba qué estaba haciendo.

Estaba viviendo, estaba dándole sustento al alma, un sustento que no sabía que le faltaba hasta que había tocado a Rahim. Estaba segura de que eso solo ocurriría una vez y acalló la voz para entregarse plenamente al éxtasis que se adueñaba de ella. Clavó más las uñas en sus hombros, se arqueó más todavía y dejó escapar los gemidos. Él le agarró el camisón con unos movimientos más bruscos que un momento antes. Ella observó sus rasgos a la luz de la chimenea mientras se lo bajaba y lo tiraba al suelo. Las bragas fueron detrás acto seguido.

Se sintió cohibida al estar desnuda con un hombre por primera vez desde hacía mucho tiempo y la mirada de Rahim, que era como algo vivo sobre la piel, hizo que se abochornara más todavía. Involuntariamente, fue a taparse con los brazos, pero él se los agarró y se los sujetó a los costados de las caderas.

–No te avergüences, Allegra. Déjame que te mire y que me sacie.

La soltó, se alejó unos segundos y volvió con un preservativo. Se puso de rodillas y la acarició desde el cuello hasta los muslos sin dejar de devorarla con la mirada. Cuando le tomó las rodillas con las manos y le separó las piernas, ella ya se había olvidado de lo que era respirar. Cada caricia la elevaba a un plano superior de ese deseo devastador y podría desmayarse si hacía que esperara un minuto más. Él, como si hubiese captado su desesperación, tomó su boca con otro beso voraz y sus lenguas se encontraron hasta que se quitó la toalla con un gruñido, se puso el preservativo y se colocó entre sus muslos. Le levantó la cabeza con una mano entre el pelo.

–Mírame.

Rahim lo dijo con la voz ronca por el deseo, pero también había un rescoldo de rabia. Cuando ella levantó la mirada cargada de deseo y vio sus ojos, se encontró con un brillo despiadado. Aunque no lo bastante como para detenerla. Soltó el aire cuando sintió su miembro turgente sobre ella.

–Ábrete más.

Ella obedeció con un gemido de impotencia y susurró cuando él siguió titubeando.

–Rahim, por favor…

–Repíteme que esto es lo que quieres –le ordenó él con los pómulos sonrojados y unas gotas de sudor encima del labio superior.

Allegra contoneó las caderas para acercarse por todos los medios a lo único que podía redimirla.

–Sí, te deseo. Tómame, por favor... ¡Oh...!

Rahim entró con seguridad y firmeza, tan profundamente que la dejó sin aire en los pulmones. Acto seguido, después de poseerla implacablemente, sintió una oleada de placer tan deslumbrante que solo pudo mirarlo maravillada. Entonces, él se movió. Dejó escapar algunas palabras en árabe y se estremeció mientras volvía a entrar y se quedaba dentro.

–Santo cielo, es increíble –gruñó él cuando volvió a moverse.

Allegra no podía encontrar las palabras y se agarró con todas sus fuerzas mientras él aceleraba el ritmo y la tomaba con una maestría que subía el listón del placer con cada acometida. En algún momento, le soltó el pelo, la agarró de las caderas y se las levantó para entrar más profundamente todavía mientras decía unas palabras indescifrables. La belleza del acto le abrasó el alma y, cuando la presión llegó al punto máximo, los ojos se le empañaron de lágrimas.

–Rahim...

Allegra no sabía qué quería, solo sabía que lo que sentía por dentro era incontenible. Le tomó la cara con las manos y lo miró

a los ojos mientras su mundo explotaba entre una oleada de éxtasis ardiente.

Él también explotó acto seguido y ella lo miró maravillada mientras dejaba escapar un gruñido ronco antes de que se estremeciera. Se derrumbó encima de ella y sus alientos se mezclaron mientras se les apaciguaban los corazones.

Pasaron unos minutos antes de que él se apoyara en un codo y le apartara el pelo de la cara. Aunque ella había cerrado los ojos, notó la intensidad de su mirada, pero no estaba preparada para oír las palabras como dardos.

–Si así es como subsanas las cosas, me parece estupendo.

Allegra se quedó rígida con el dolor atenazándole el corazón a pesar de que sabía que esa reacción se la había buscado ella. Abrió los ojos y se encontró con los ojos color avellana y brutales de él.

–Al menos, podrías haber esperado a que me vistiera para lanzar tus insultos.

–¿Insultos? Creía que eras partidaria de la sinceridad y de hablar con libertad. Yo he querido decir lo que he dicho. Si me dejas disfrutar otra vez de tu cuerpo, podrás dar por aceptadas tus disculpas y haremos borrón y cuenta nueva. Para eso habías venido, ¿no?

Él esbozó una sonrisa cínica, pero enseguida dejó paso a la admiración masculina cuando dejó de mirarle la cara y le miró el cuerpo antes de mirarle la cara otra vez. Ella bajó la mirada

porque no podía soportar el brillo desafiante y receloso de sus ojos. La vergüenza la dominaba por dentro por lo bajo que había caído desde que puso un pie en Dar-Aman.

–Sí, pero todo tiene un límite.

Ella empezó a apartarse, pero él la agarró de un brazo.

–¿Adónde crees que vas?

–A mi cuarto, claro.

Él le puso un dedo debajo de la barbilla para que lo mirara. Sus ojos resplandecían con una avidez más desenfrenada que la de antes.

–Te dije que quería saciarme y no he hecho más que empezar, Allegra. No vas a irte a ninguna parte hasta que haya terminado.

Esa parte desvergonzada de sí misma que anhelaba lo que él le ofrecía se rindió con una velocidad que la dejó sin aliento. Él bajó la cara peligrosamente hacia ella, quien intentó encontrar una expresión mínimamente reflexiva.

–No pienso ser tu juguete, Rahim. Eso se lo dejo a las mujeres de tu harén.

Él se quedó sorprendido un instante, hasta que se rio en voz baja.

–Dejé de tener juguetes en cuanto llegué a la pubertad, *habibi*.

Él no negó que tuviese un harén y ella quiso zafarse para alejarse de él.

–En cualquier caso, me marcharé por la mañana.

–Y yo no pienso impedírtelo –replicó él con arrogancia, como si ella fuese uno de los muchos adornos del palacio que tomaba o dejaba a su antojo–. Sin embargo, quedan muchas horas hasta entonces y pienso ocuparlas.

Allegra se dijo que debería alegrarse de que Rahim le hubiese dado la razón en un sentido; era un playboy que se acostaba con mujeres y se deshacía de ellas con la misma frecuencia con la que se cambiaba la regia vestimenta. Se dijo que debería tener más dignidad, que debería marcharse antes de que esa sensación absurda de daño y rabia la asfixiara.

Sin embargo, entonces, él le acarició el abdomen hasta que llegó a ese lugar que todavía palpitaba por su penetración. Dejó escapar un gemido de impotencia antes de que pudiera contenerlo. Ese sonido de rendición fue suficiente, incluso para ella, para que se detuviera en seco. No volvería a ver a Rahim Al-Hadi. Era el ejemplo máximo de una aventura de una noche sin ataduras. Al día siguiente, a esa hora, él se habría olvidado de que ella existía.

Entonces, ¿por qué no podía hacer lo mismo? ¿Por qué no podía utilizarlo como él estaba utilizándole a ella? Porque ella no era así…

–Quédate conmigo, Allegra –le pidió él en un tomo áspero.

Todos sus pensamientos se desvanecieron cuando los dedos de él le acariciaron diestramente ese rincón ardiente. Ella intentó negar con la cabeza, pero solo consiguió aumentar el delicioso suplicio. Su cuerpo, que ya sabía los placeres que le esperaban, la traicionó completamente y se contoneó mientras el éxtasis se adueñaba de ella.

–Quédate conmigo –le pidió él otra vez en un tono más delicado.

Inclinó la cabeza, le tomó un pezón entre los dientes y le pasó la lengua antes de metérselo en la boca.

–Sí… –susurró ella con la voz ronca.

Entonces, la levantó y subió las escaleras para llevarla a la cama. Allegra miró alrededor y sus sentidos se dejaron llevar por la maravilla de flotar en una cama de ensueño.

Sin embargo, el ensueño se convirtió en pesadilla cuando se despertó sobresaltada al amanecer. Los pensamientos ambiguos que habían estado rondándole por la cabeza hicieron que empezara una búsqueda frenética. Encontró el preservativo con las manos temblorosas. El preservativo roto en el que no había vuelto a pensar cuando había agarrado a Rahim en un momento especialmente apasionado, pero que debía de habérsele quedado en el subconsciente.

Se levantó de la cama y se quedó con el corazón acelerado y una oleada gélida oprimiéndole el pecho. Las posibles consecuencias le martilleaban la cabeza y cada una era más

aterradora que la anterior. Tomó una bocanada de aire para no dejarse llevar por el pánico. Tomaba la píldora y era una muy fiable. El miedo se aplacó un poco cuando comprobó que la dosis de la píldora era la correcta.

Tenía que serlo porque no estaba preparada, ni mucho menos, para asumir la descomunal responsabilidad de ocuparse de un hijo. Su historia le impedía plantearse siquiera ser madre. Además, ¿el destino iba a ser tan despiadado por haber buscado un momento de pasión?

Sin embargo, no había sido uno. Rahim había cumplido su palabra y no se había saciado hasta que los primeros rayos del amanecer entraron en la habitación. El cuerpo le dolía en lugares que eran completamente desconocidos para ella y sentía los restos de su posesión cada vez que respiraba.

Sabía que, si no hubiese sido porque su subconsciente le había recordado su disparate, estaría tan dormida como lo estaba Rahim en ese momento. Contuvo la respiración mientras lo miraba. Dormido, era un poco menos imponente, pero igual de magnífico. Tenía la sábana por encima de la cintura y un brazo sobre la cabeza, mostraba su cuerpo increíble y le recordó la voracidad que había sentido, la voracidad que sentía todavía. La fuerza de ese anhelo hizo que retrocediera un poco y contuvo el aliento cuando se topó con la barandilla fría. Estaba desnuda en el dormitorio de un hombre al que apenas conocía, un hombre que, en teoría, solo había sido un medio para llegar a un fin, un fin que ella estaba muy lejos de alcanzar.

Ella, lejos de ser la mujer que orgullosamente había creído ser después de que hubiese reconocido sus defectos, sentía la profunda humillación de la vergüenza mientras bajaba las escaleras para llegar al suelo de la habitación de Rahim. Cada bocanada de aire que tomaba le recordaba su estrepitoso fracaso.

Dejó a un lado todos esos pensamientos para lidiar con ellos cuando estuviese lejos de Dar-Aman. Si no, podría perder la cabeza como todo lo que había arrojado debajo de la apisonadora de su debilidad. Se puso el arrugado camisón y fue hasta donde Rahim había tirado su chal. Cuando se incorporó, su mirada se clavó en la caja de Fabergé.

«No me falles, *ragazza mia*».

Las palabras de su abuelo le retumbaron en la cabeza con la misma fuerza que si él estuviese a su lado. Sintió las lágrimas que le empañaban los ojos, pero contuvo el sollozo y se acercó a la vitrina. No podía, no lo haría. Sin embargo, ¿no había perdido esa noche todo lo que consideraba digno? Había ido al dormitorio de Rahim para encontrar la manera de hacerse con la caja. Cuando él la había pillado con las manos en la masa, había mentido y se había arrojado en sus brazos para ocultar su falsedad. Su integridad ya estaba hecha trizas, pero ¿justificaba eso que añadiera el robo a sus pecados? Negó con la cabeza mientras sofocaba otro sollozo.

Había fallado a su familia de muchas maneras. Añadir otro fracaso… Volver a ver a su abuelo con las manos vacías… La idea le desgarró el corazón.

Abrió la vitrina con las manos temblorosas y tomó la caja. Se quitó el chal, envolvió la caja y se dio la vuelta lentamente. Miró fugazmente hacia donde Rahim estaba dormido y salió en silencio por donde había entrado.

Sin embargo, mientras volvía a sus aposentos, hacía precipitadamente la maleta y le aseguraba a una perpleja Nura que prefería ir al aeropuerto en taxi a que la llevara un conductor del palacio, estaba segura de que nunca jamás se borraría esa mancha que llevaba en el alma.

La mancha se hizo más profunda mientras se despedía con un gesto de los medios de comunicación que habían cubierto ampliamente su visita a Rahim y mientras las autoridades del aeropuerto le comunicaban que, como invitada de su Alteza, no tenía que pasar la aduana. La vergüenza la atenazaba las entrañas mientras la acompañaban a su asiento en la primera clase de un vuelo comercial.

Aun así, tuvo la amante perdida de su abuelo en las manos durante todo el viaje porque no quería perderla de vista. No hizo ningún caso de la vocecita que burlaba de ella y le decía que lo hacía porque la caja también significaba lo único de Rahim que volvería a ver en toda su vida.

Capítulo 8

Dos meses más tarde

Allegra oyó los pasos lentos y el sonido del bastón y esbozó una sonrisa mientras su abuelo entraba en la habitación acristalada. Estaba en el ala este de la mansión de Long Island y el fresco umbrío de la habitación le encantaba a Giovanni esos días, aunque siempre pasaba una hora en su terraza favorita por las mañanas, hasta que el calor de julio se hacía insoportable. Ella se dio la vuelta en su asiento cuando los pasos se detuvieron.

–*Ragazza*, no te había oído entrar.

–No quería molestarte. Alma me dijo que estabas descansando.

–Se toma muchas libertades como perro guardián –él agitó una mano con impaciencia–. Solo estaba ordenando unas cosas en el despacho después de comer. Podría haberme dicho que habías venido –gruñó su abuelo.

Ella sabía que era mucho más que «ordenando». Desde que le devolvió la caja de Fabergé, su abuelo la había guardado en su despacho con un collar de origen desconocido para ella. Sabía, porque se lo había contado el ama de llaves, que, últimamente, Giovanni pasaba horas en el despacho con las dos piezas.

–Da igual, ya estás aquí y me alegro de verte levantado.

–Tengo días buenos y días malos. Hoy es un día bueno.

Su abuelo se acercó un poco despacio, pero tenía mejor color que en mayo. Antes de que la mandara a Dar-Aman. Antes de que su vida hubiera cambiado definitivamente.

No pudo sonreír por esa mezcla de sobrecogimiento y miedo que sentía cada vez que pensaba en el secreto que la corroía por dentro. Intentó mitigarlo, abrazó a su abuelo a mitad de camino y le dio un beso en cada mejilla. Cuando se apartó, se encontró con su mirada franca y rezó para que no dijera nada sobre lo pálida y delgada que estaba.

–Pasa algo, querida Allegra –comentó él chafando sus esperanzas. Ella abrió la boca para negarlo, pero él sacudió la cabeza–. No lo niegues. Se te da bien disimular las cosas, pero no te olvides de que eres sangre de mi sangre, de que eres mi nieta mayor. Te has ocupado de todo el mundo desde que eras pequeña y, precisamente por eso, te elegí para que dirigieras mi fundación. Te preocupas mucho por todo, algunos dirían que demasiado, pero no te ocupas lo bastante de ti misma.

–No estoy de acuerdo –replicó Allegra sin poder disimular la tristeza–. Creo que no me ocupé lo bastante.

Giovanni se dejó caer en el amplió butacón y la miró con el ceño fruncido.

–Tu problema siempre ha sido que eres demasiado exigente contigo misma.

–Uno de tantos, estoy segura.

Él frunció más el ceño.

–Querida, ¿qué ha pasado para que resucites esos fantasmas de inseguridad? Creía que los habías desterrado hacía años. ¿Ha pasado algo durante ese viaje tan corto?

Ella dio un respingo por la sorpresa y negó con la cabeza.

–Yo... No es nada que no pueda resolver.

–Entonces, ¿es que sí hay algo?

Allegra tuvo que apretar los puños para no pasarse las manos por el abdomen. Se había sorprendido a sí misma haciendo ese gesto muchas veces, cuando ya había terminado el libro que le explicaba el crecimiento de su hijo hasta el más mínimo detalle. Su hijo sería del tamaño de un guisante, pero la mera idea de que un ser vivo estaba gestándose dentro de ella era algo que no había conseguido asimilar a las seis semanas de saberlo. Contra todo pronóstico, llevaba al hijo de Rahim Al-Hadi en su vientre.

–Allegra...

Ella estaba deseando soltar el secreto, pero ¿cómo podía reconocer que tenía esa responsabilidad cuando no se sentía digna de ella?

–Tengo muchos asuntos encima de la mesa, nada más. Se acerca la conferencia de Ginebra sobre los derechos de la mujer y

prepararla me pone nerviosa, como siempre. Ya sabes cuánto me altera preparar discursos.

Allegra se rio y su abuelo sonrió ligeramente, pero ella captó cierta incredulidad en sus ojos.

–Bianca te ayuda, ¿no?

Allegra asintió con la cabeza y se alegró de que su abuelo no siguiera con el asunto.

–Se encarga de la publicidad mediante la agencia de relaciones públicas Lucia, pero el discurso principal es responsabilidad mía.

Una responsabilidad a la que había prestado bastante poca atención desde dos semanas después de que confirmara que estaba embarazada, desde que empezó a tener náuseas por la mañana. Era difícil concentrarse cuando no dejaba de pensar en las muchas maneras que tenía para amargarle la vida a su hijo. Si a eso se añadía la aterradora idea de tener que decírselo a Rahim, y cuál sería su reacción, la tarea de escribir un discurso estimulante sobre los derechos de las mujeres se le hacía muy cuesta arriba. Cuando solo faltaban siete días para la conferencia, había cedido y había pedido la ayuda de su hermana. Bianca había aprovechado la ocasión de añadir a la Fundación Di Sione a la creciente lista de clientes importantes y se había encargado de hacer la publicidad del acto. En ese momento, lo único que tenía que hacer ella era escribir el discurso y elaborar un plan para el porvenir de la criatura que creía dentro de ella.

Notó una náusea y que se quedaba pálida. Tragó saliva y vio que Giovanni la miraba con los ojos entrecerrados.

–Estoy segura de que saldrá bien.

Él asintió con la cabeza, pero su mirada seguía siendo seria.

–Claro, siempre has conseguido lo que te has propuesto. También podrás con esto, *nipotina*. Tengo fe en ti.

Allegra intentó aferrarse a las palabras de su abuelo aunque sabía que él no había tenido todos los datos al hacer esa afirmación. Había conseguido recuperar la caja porque la había robado y para Rahim solo sería una vulgar ladrona.

Cuando hizo la maleta para ir a Ginebra, las palabras de su abuelo habían quedado en nada, habían quedado aniquiladas por el miedo y las dudas de estar condenando a su hijo a una vida de incertidumbre e inseguridad. ¿Cómo podía darle amor cuando su experiencia había sido una versión retorcida con arrebatos de llantos por parte de su madre y arrebatos de ira mezclada con drogas y alcohol por parte de su padre? Alessandro, su hermano mayor, se había metido en el negocio familiar desde muy pronto y sus hermanos gemelos habían estado abocados a ser como su padre a pesar de la insistente intervención de su abuelo. Por mucho que le desgarrara el corazón reconocerlo, su incapacidad para sostener a su familia cuando más la necesitaban le había dejado unas marcas muy profundas. Sin embargo, no tenía otra alternativa. Se pasó una mano por el abdomen todavía plano y, por primera vez, el

corazón le dio un vuelco, pero no por miedo, sino por un diminuto rayo de esperanza. Se agarró a él cuando sintió náuseas al llegar al hotel y durante las horas que pasó puliendo el discurso del día siguiente.

Cuando por fin guardó la versión definitiva en su ordenador portátil y llamó a su abuelo para saber cómo estaba, ya eran las diez de la noche. Ya estaba a punto de quedarse dormida cuando sonó su teléfono. Leyó el mensaje con el ceño fruncido, soltó un gruñido y se levantó de la cama. Abrió la puerta y sintió cierta envidia al ver que su hermana Bianca tenía un aspecto reluciente. Llevaba un traje de chaqueta de un solo color y unos zapatos de tacón muy elegantes, parecía como si fuese a una reunión de trabajo y no a dormir.

–Caray, pareces como si te hubiese pasado un camión por encima.

–Gracias.

Allegra cerró la puerta y se apoyó en ella con los brazos cruzados. Bianca sonrió con esa confianza en sí misma que irradiaba de forma natural y que le daba una energía que hacía que todo el mundo girara la cabeza allí donde iba. Por eso había tenido tanto éxito y tan pronto en el mundo de las relaciones públicas.

–¿Puedo pedir algo al servicio de habitaciones? ¡Estoy muriéndome de hambre!

–Y yo tengo que dormir. ¿Acaso no tienes tu propia suite?

Uno de los motivos para que Bianca fuese la hermana a la que estaba más unida era que tenían gustos muy parecidos en muchas cosas, entre otras, la comida. Sin embargo, como ya no podía comer la comida que siempre le había encantado, no podía arriesgarse a que Bianca adivinara su estado si pedía el mismo sándwich de pavo que le había sentado muy mal esa tarde.

–Sí, pero quería repasar algunas cosas contigo antes de que mañana por la mañana todo eche a rodar. Por eso estoy aquí, para matar dos pájaros de un tiro y esas cosas.

Allegra la miró con escepticismo y una ceja arqueada. Bianca se encogió de hombros al cabo de un minuto.

–De acuerdo, los asuntos de última hora sobre la conferencia pueden esperar.

–¿Pero? –preguntó Allegra.

–Pero hablé hace media hora con el abuelo y parecía preocupado por ti. ¿Te pasa algo? En serio, no tienes un aspecto muy bueno y has adelgazado desde la última vez que te vi.

Allegra agitó una mano y se alejó de la puerta y de la mirada de Bianca, que se parecía mucho a la de su abuelo. También contuvo un suspiro de cansancio cuando su hermana la siguió a la sala.

–Estoy bien. Esta tarde comí algo que me sentó mal, eso es todo.

Eso era verdad. El sándwich de pavo frío no había durado ni cinco minutos en su estómago antes de que lo vomitara.

–Eso explicaría el aspecto que tienes ahora, pero no explica que hayas adelgazado.

Allegra fue a la nevera, sacó una botella de agua y le dio vueltas en las manos.

–Se acabó el tercer grado. ¿Quieres algo más aparte de incordiarme?

Bianca arrugó los labios y se acercó para mirar a Allegra por encima de la diminuta barra que había en la sala.

–El abuelo me pidió que fuese a verlo la semana pasada.

Allegra se puso tensa al creer que su hermana estaba dispuesta a llegar al fondo del asunto sobre su adelgazamiento.

–¿Y?

–Me pidió que le encontrara una cosa.

El alivio de Allegra se vio superado por la sorpresa.

–¿Qué?

–Una pulsera. La vendió hace años, pero ahora quiere recuperarla… –Bianca hizo una pausa y tomó aliento–. También le pidió a Matteo que encontrara algo, ¿no?

–Sí. Un collar. El abuelo también me pidió a mí que encontrara una cosa.

–¿De verdad? –preguntó su hermana con los ojos como platos–. ¿La encontraste?

–Sí. Era una caja de Fabergé.

–¿Crees que todo está relacionado? –preguntó Bianca abriendo más los ojos.

–No lo sé. No fue muy explícito cuando se lo pregunté.

–A mí me pasó lo mismo –Bianca frunció el ceño–. Allegra, son piezas muy caras y ¿no decía el abuelo que había llegado a la isla de Ellis solo con lo que llevaba puesto? Quizá pertenecieran a un amor perdido…

Allegra, al captar la melancolía en la voz de su hermana, se dejó llevar un momento por la añoranza. ¿Qué habría pasado si hubiese conocido el amor lo suficiente como para que su hijo tuviese cierta seguridad emocional? ¿Qué habría pasado si las cosas con Rahim hubiese salido de una forma distinta y ella no hubiese quemado todos los puentes?

Dejó a un lado esos pensamientos inútiles, abrió la botella y se sirvió un vaso de agua. Miró a su hermana después de dar un sorbo.

–Que yo sepa, la abuela fue la única mujer a la que amó el abuelo. Si esas cosas significan algo más, estoy segura de que él nos las contará cuando lo considere oportuno.

Bianca suspiró antes de hacer una mueca de fastidio.

–Allegra la pragmática, la aguafiestas.

El comentario le molestó, pero Allegra mantuvo la compostura y Bianca se marchó después de que quedaran en el salón de actos una hora antes de que empezara la conferencia.

Allegra volvió a acostarse y se puso la mano en el abdomen. Esa vez, sintió un cariño protector que le encogió el corazón. Había salvaguardado la salud física de su hijo desde que se enteró, pero no podía pasar por alto el aspecto más complicado de la situación. Tenía que decírselo a Rahim. Aunque solo fuese porque el bebé que esperaba era el heredero de un reino en el desierto. Un reino cuyo jeque, como ella sabía en ese momento, había estado luchando contra viento y marea para hacer lo acertado para su pueblo.

Cuando volvió, había encargado un informe más detallado sobre Dar-Aman y le había confirmado lo que le había dicho Rahim. Todo se había paralizado en cuanto murió su madre y en las casi dos décadas siguientes Dar-Aman había sufrido un declive devastador. Sin embargo, los cambios que había introducido Rahim durante los últimos seis meses eran asombrosos. Con la economía por los suelos, él había financiado con su fortuna personal la mayoría de la reconstrucción de las infraestructuras. Ella le había acusado de esquilmar los recursos de Dar-Aman para quedárselos cuando estaba haciendo todo lo contrario.

No le extrañaba que se hubiese quedado pálido.

Abrazó la almohada con más fuerza y cerró los ojos. Debía una disculpa a Rahim, seguramente, más de una.

Tomó una bocanada de aire y trazó un plan. Su médico le había dicho que empezaría a notársele un poco a las ocho semanas. Independientemente de sus sentimientos personales, estaba quedándose sin tiempo para mantener el secreto. Encontraría la manera de decírselo a Rahim antes de que lo hiciera la madre naturaleza. Era posible que se hubiese arruinado la vida total y absolutamente, pero le debía a su hijo la posibilidad de que se criara con toda la seguridad emocional que pudiera darle, y eso incluía darle la posibilidad de que conociera a su madre y a su padre.

Se despertó con una serenidad que no había tenido desde que descubrió que estaba esperando un hijo de Rahim. Incluso, consiguió comer y conservar una tostada entera antes de que Bianca llamara a la puerta a las diez.

Fueron juntas hasta el inmenso salón de actos. Como oradora principal, su asiento estaba en el centro del inmenso anfiteatro. Alrededor de ella, los asientos se elevaban hasta el techo y esperaban a que los ocupasen hombres y mujeres de todo tipo y condición con una pasión por los derechos de las mujeres tan ferviente como la de ella. Por primera vez desde

hacía mucho tiempo, se sintió orgullosa de lo que había logrado. Sonrió cuando recordó las palabras de su abuelo.

–Eso está mejor. Esta mañana pareces casi humana –se burló Bianca.

–¿Y no como...? –preguntó Allegra entre risas.

–¿El espectro de Barbie?

Allegra puso los ojos en blanco.

–Ya. Nunca he hecho nada que se parezca lo más mínimo a una muñeca y lo sabes.

–Es verdad –Bianca sonrió–. Tu papel siempre se ha parecido más el de un hada madrina.

«No somos personajes de ficción, Allegra... Prefiero vivir en la realidad por muy desagradable que pueda ser...».

Las crudas palabras de Rahim le cruzaron por la cabeza. ¿Encontraría él desagradable la realidad de la inminente paternidad? Sintió una opresión gélida ante la idea de un rechazo que no podía descartar. De niña, había sufrido ese rechazo de su propio padre, ¿era prudente exponer a su hijo a un destino parecido?

–¿Qué he dicho? –le preguntó Bianca con impaciencia.

–Nada de nada –se zafó de ese miedo que la atenazaba y esbozó otra sonrisa falsa–. Dime lo que tengo que hacer.

Su hermana sacudió la cabeza con resignación después de mirar brevemente la cara de Allegra.

–Hay tres cámaras dirigidas a ti. Vamos a emitir en directo, pero con un retraso de cinco segundos por si ocurre algo extraordinario; por favor, cerciórate de que no ocurre o te despellejaré viva. Cuando hayas terminado, lo enviaré a los canales de noticias y medios de comunicación más pequeños y haré lo mismo con los oradores invitados. No te aburriré con los detalles más nimios, pero le he dicho a tu secretaria que te reserve una hora para que des una rueda de prensa después del almuerzo. Eso es todo. Ahora, ponte un poco de colorete antes de que llegue todo el mundo.

Allegra dejó el escenario consciente de la preocupación de su hermana. Rezó para que pudiera aguantar un poco más y fue al cuarto de baño. Se encerró en el excusado se sentó en el retrete y se concentró en respirar. Se levantó de un salto cuando llamaron a la puerta.

–¿Sí...?

–Allegra, ¿te pasa algo? –preguntó Zara–. Tu hermana me ha mandado para que te busque. La conferencia está a punto de empezar.

Atónita, miró el reloj y se dio cuenta de que llevaba media hora allí.

–Gracias, ahora mismo salgo.

Salió apresuradamente, se lavó las manos y se repasó el pintalabios. No tuvo que ponerse colorete porque el bochorno se encargó de eso.

Volvió al escenario, saludó a los demás oradores con una sonrisa y ocupó su asiento. El salón de actos se había llenado mientras estaba en el cuarto de baño. Intentó convencerse de que el cosquilleo que sentía en la espalda se debía a que era el centro de atención, pero mientras el organizador y los primeros invitados fueron saliendo al atril, el cosquilleo fue convirtiéndose en un escalofrío que no podía dominar.

Cuando anunciaron su nombre, se levantó y se dirigió al atril con las piernas temblorosas. Ajustó el micrófono y levantó la mirada... para encontrarse con los ojos gélidos y reprobatorios de Rahim Al-Hadi.

Capítulo 9

Rahim la miró fijamente desde su asiento en la primera fila. Tenía que concederle que no perdió su máscara de profesionalismo ni una vez a pesar de la tensión que se había apoderado de su cuerpo cuando sus miradas se encontraron. Él sintió una punzada de satisfacción por su reacción. Para todo el mundo, ella solo estaba esperando a que los aplausos se acallaran para empezar a hablar, pero él había visto que se había quedado ligeramente boquiabierta y que sus ojos azules se habían oscurecido antes de que recuperara la compostura. Si ella lo hubiese desdeñado con frialdad e insensibilidad, no estaba seguro de que hubiese podido quedarse sentado. Al margen de lo profunda que era su falsedad, que no hubiese podido dejar de pensar en ella había sido algo irritante al principio, pero se había convertido en un anhelo doloroso del que no podía librarse y no había podido entenderlo. Había tenido relaciones sexuales fantásticas con infinidad de mujeres, pero nunca se había despertado tan desconcertado sobre por qué la ausencia de una mujer en su cama podía alterarlo tanto como para que fuese un problema, y Allegra se había convertido en un problema. Además de llevarse algo que no era suyo, los comentarios crueles sobre la situación de su reino, y de las mujeres en concreto, le habían dolido hasta mucho después de que se hubiese escabullido de su

cama como la escurridiza ladrona que era. Rahim intentó convencerse de que ese era el único motivo para que hubiese ido a Ginebra. La parte sexual del encuentro se desvanecería en cuanto hubiese borrado la infamia que había intentado arrojar sobre él.

Volvió a centrarse en su rostro y escuchó su vehemente discurso sobre la igualdad y los derechos de las mujeres. El sonido de su voz, ronco y con una cadencia preciosa, amenazó con abrirse paso entre la rabia gélida que llevaba en el pecho, como había pasado con demasiada frecuencia durante las semanas pasadas cuando recordaba sus peticiones apasionadas mientras la tenía debajo y ascendía a nuevas cotas de placer con ella. Él, como cada integrante del público, había quedado cautivado por ella, tanto que se planteó la posibilidad de alargar su encuentro, como hacía dos meses, como la noche que se había quedado dormido.

Incluso cuando se despertó y descubrió el robo, había estado dispuesto a que se quedara la caja si así la convencía para que se quedara un poco más tiempo en Dar-Aman. Al descubrir que se había marchado, y al sentir la dolorosa punzada de la decepción, tuvo una premonición heladora. El recuerdo de la debilidad de su padre en lo relativo a su madre y el paralelismo con lo que él estaba dispuesto a dejar pasar por una mujer habían bastado para que se alegrara de su marcha. Sin embargo, dejar de verla no había significado que dejara de pensar en ella.

Ella hizo una pausa para que el público asimilara su broma y, por un momento muy fugaz, lo miró a los ojos. El pasmo que no había conseguido disimular se le reflejó en los ojos y en el leve temblor de los labios, pero, además, él vio miedo de verdad. Un hombre más mezquino habría estado tentado de echarle en cara, tanto en público como en privado, lo que había hecho, de que pagara por haber invadido sus pensamientos noche y día y por haberlo carcomido por dentro como no había hecho otra mujer. Sin embargo, lo único que quería era estar a solas con ella, comprobar si esa atracción disparatada era tan real como su cuerpo y su mente le decían que era. Se daría por satisfecho con saber que podía olvidarse de Allegra di Sione. Luego, le enseñaría todos los progresos que había hecho en Dar-Aman durante los últimos dos meses. Era solo una cuestión de orgullo que ella no siguiera creyendo que él se conformaba con vivir en su opulento palacio mientras su pueblo sufría por el abandono de su padre.

Se levantó en cuanto terminó el discurso. Esperó con los puños cerrados mientras escuchaba la ovación cerrada y ella volvió a mirarlo con cautela antes de marcharse apresuradamente. Él observó su esbelta figura mientras volvía a su asiento y esperó con impaciencia a que el moderador diese por terminada la conferencia. Entonces, subió a la tarima, donde Allegra estaba haciéndose fotos con algunas primeras damas. Sin importarle los flashes, se abrió paso y se quedó delante de ella. Ella giró la cabeza para mirarlo y él supo en ese instante que no había exagerado la intensidad de la atracción entre ellos. La

anhelaba con cada célula de su cuerpo y con una avidez visceral y cegadora.

–Allegra.

La opresión del pecho aumentó solo por haber dicho su nombre.

–Al... Ateza. No me han informado de que ibais a asistir a la conferencia, si no, habría buscado un momento para reunirme con vos...

El tratamiento protocolario, que salió de sus labios con rigidez, hizo que quisiera abrazarla y besarla sin compasión para avergonzarla por atreverse a mantenerlo a distancia.

–Búsquelo ahora –Rahim se encargó de que el tono transmitiera que no era una petición cortés–. Insisto.

Ella miró por encima del hombro de él y vio los dos guardaespaldas que tenía detrás.

–No puedo marcharme... sin más –balbució ella.

Rahim arqueó burlonamente una ceja.

–Creo que los dos sabemos que sí puede hacer precisamente eso.

Ella se quedó pálida como la cera, bajó la mirada y tomó aire antes de volver a mirarlo. Él, contra su voluntad, devoró sus preciosos rasgos y se maldijo a sí mismo por estar tan cautivado a pesar de todo lo que le había hecho. Contuvo la respiración cuando ella se acercó y se inclinó hacia él.

–No puedo hacerlo aquí, Rahim. Por favor… –susurró ella con la voz temblorosa.

Él captó el delicado olor de su perfume, notó la calidez que irradiaba su cuerpo y pudo reunir el suficiente dominio de sí mismo como para no estrecharla contra sí con todas sus fuerzas.

–Entonces, márchate conmigo. Vamos a hablar, Allegra. Tú decides si quieres que haya público o no. Eres una mujer inteligente, elige lo segundo.

Ella tragó saliva, miró a un lado y sonrió a una mujer más joven que se acercaba apresuradamente.

–Zara, por favor, cancela la cita para el almuerzo y preséntale mis disculpas a lady Sarafina.

Su secretaria intentó disimular la sorpresa, pero no lo consiguió.

–Yo… Sí, claro. ¿Cancelo también la rueda de prensa?

Allegra lo miró con miles de preguntas reflejadas en los ojos. Rahim la miró y contuvo un gruñido bárbaro que amenazaba de brotarle de dentro. Nunca había sido posesivo con ninguna de las mujeres que habían pasado por su vida, pero la idea de compartir a Allegra con alguien le disgustaba profundamente. Apretó los dientes al darse cuenta de que, además de todas las características desagradables que había tenido que reconocerse desde que había conocido a Allegra, era un cavernícola. Ella captó la mirada y asintió a Zara.

–Sí, posponla para mañana.

Rahim ni siquiera vio cuándo desapareció la secretaria. No veía nada que no fuese Allegra. La siguió cuando se dio la vuelta para abandonar el salón de actos.

Su elegante traje de chaqueta azul marino se le ceñía al cuerpo mientras caminaba a su lado. Él la observó sonreír a algunos conocidos. Sus movimientos tenían una elegancia regia de la que se enorgullecerían quienes lo habían convertido en rey. De repente, se preguntó qué habría pensado su madre de ella. ¿Habría aceptado a Allegra la reina que había vivido casi toda su vida como si fuese un cuento de hadas o habría tenido miedo por su hijo y por las emociones casi obsesivas que bullían dentro de él en ese momento? Cerró un velo sobre esos pensamientos estériles, cruzó el vestíbulo del hotel de cinco estrellas en introdujo la tarjeta de su ascensor privado.

–Umm… ¿Adónde vamos? –preguntó ella.

Él intentó no hacer caso de la cautela de su voz.

–A mi ático. Es el único sitio donde está garantizada la privacidad completa.

–Hay despachos reservados para la conferencia. Estoy segura de que podríamos encontrar alguno que no esté ocupado.

Él la miró mientras se abrían las puertas del ascensor.

–Allegra, ¿de repente te da miedo estar a solas conmigo? ¿Acaso temes por tu reputación? –se burló él.

Ella negó firmemente con la cabeza, pero el pulso acelerado que se le veía en la garganta decía lo contrario.

–No. Sencillamente, me parecía oportuno. Parece que tienes prisa.

–Sí, tengo mucha prisa. Ya no puedo esperar ni un minuto más el momento de averiguar cómo llegaste a creer que podías robarme algo cuando sabías que no puedes esconderte, que te encontraría.

Ella tomó una bocanada de aire y miró por encima del hombro. Sus guardaespaldas eran las únicas personas que podían oírlos. Rahim hizo un gesto con la mano para despedirlos y luego hizo lo que estaba deseando hacer desde que entró en el salón de actos hacía dos horas. La agarró de la muñeca. Ella se resistió una fracción de segundo antes de acompañarlo al ascensor.

Él pasó la tarjeta por el lector y vio que ella tragaba saliva mientras se cerraban las puertas. Se hizo el silencio y él subió la mano por el brazo y el hombro hasta que le puso un dedo debajo de la barbilla.

–Mírame, Allegra.

Sus increíbles ojos azules lo miraron.

–Te he hecho una pregunta, contéstame.

Ella abrió y cerró la boca antes de que pudiera hablar.

–Intenté pagarte lo que me llevé. Te mandé cinco cheques y me los devolvieron hechos mil pedazos.

Rahim esbozó una sonrisa muy leve y sin alegría.

–No solo me ofendiste profundamente al robarme, sino que, además, ¿creías que sabías lo que valían mis posesiones?

–No me inventé una cifra. Hice… Hice que tasaran la caja. Discretamente, claro.

Allegra se sonrojó cuando él se rio.

–Claro. Eres muy considerada.

Ella puso una expresión apenada, hasta que el miedo que él empezaba a detestar se adueñó de ella otra vez.

–Ya sé que lo que hice no tiene justificación…

–Ninguna –le interrumpió él mientras le pasaba el dedo por el mentón y se deleitaba con la suavidad de su piel.

–Hice una promesa a mi abuelo, Rahim. Una promesa que no podía incumplir.

–¿Y el gran Giovanni di Sione aprobó el robo?

–¡Claro que no! –exclamó ella boquiabierta–. No lo haría jamás.

–Entonces, no solo cometiste un delito conmigo, sino que te arriesgaste a deshonrar a tu familia.

–Siento lo que pasó, Rahim –insistió ella con un gesto de dolor–. Lo siento de verdad. Sin embargo, ya que mi visita empezó mal desde el principio, no me quedó más remedio que…

–¿Que seducirme con los encantos de tu cuerpo y robarme como una ladrona por la noche?

El recuerdo amargo le endureció la voz. Ella se quedó más pálida, aunque parecía imposible, y Rahim retrocedió un poco para mirarla con más detenimiento.

–¿Qué has hecho? Has adelgazado –él se fijó en la palidez de su piel, en las mejillas un poco hundidas y en las ojeras–. ¿Has estado enferma?

Las puertas se abrieron cuando llegaron a la suite imperial. Ella se alejó, tambaleándose y sacudiendo la cabeza, hasta el extremo más alejado de la sala.

–No exactamente.

Él sintió una punzada gélida en la espina dorsal, una punzada que se parecía demasiado a la que sintió cuando se llevaron precipitadamente a su madre embarazada al hospital.

–¿Qué respuesta es esa? Has estado enferma o no. No hay un intermedio. ¿Qué ha pasado?

Ella alargó las manos como si quisiera apaciguarlo.

–Serénate, por favor.

Allegra se llevó una mano a la frente y él se quedó asombrado al ver que estaba temblando de los pies a la cabeza.

La idea de ser el causante de esa reacción le pareció desasosegante. Se acercó a ella y la agarró de los hombros.

–Dime qué pasa, Allegra. Ahora.

Ella lo miró con unos ojos que ya eran de color azul marino por el miedo y la preocupación, que estaban velados por lo que fuera que la atenazaba por dentro, y él observó, con una perplejidad en aumento, que parpadeaba para contener unas repentinas lágrimas.

–No puedo... No puedo ir a prisión –balbució ella.

–No recuerdo haberte amenazado con la cárcel –replicó él con el ceño fruncido.

–Te robé. No puede ser coincidencia que hayas aparecido en cuanto dejé de mandarte cheques. Quieres algún tipo de... compensación por lo que hice...

–Es posible que sí y es posible que no.

Rahim se negaba a reconocer que sentía cierto nerviosismo al comprobar su correo cuando Allegra había empezado a mandarle los ofensivos cheques. Ella había escrito una breve nota con cada uno para expresarle el remordimiento que sentía por lo que había hecho. Se había quedado algo desconcertado cuando dejaron de llegar, como si se hubiese cortado un ligero vínculo entre ellos.

–¿Por qué has venido, Rahim? –le preguntó ella con una voz más firme.

Fue como si se hubiese convencido a sí misma de que tenía que enfrentarse a él fueran cuales fuesen las consecuencias de lo que había hecho.

–He venido porque lo que hiciste exige una explicación.

Y porque no podía dejar de anhelarla. Él dejó caer los brazos como si fuesen de plomo cuando se reconoció eso que no dijo. Se había montado en su avión privado y había viajado miles de kilómetros cuando lo prioritario era su pueblo. Además, aunque el motivo para estar allí fuese su pueblo, no podía negar que ver a Allegra en carne y hueso era otro motivo casi igual de importante. Lo que hacía él se parecía mucho a lo que había hecho su padre, quien había dejado que Dar-Aman se arruinara porque su madre lo había absorbido. Retrocedió unos pasos, se dio media vuelta y fue al ventanal. No, él no era como su padre. Khalid Al-Hadi había permitido que lo que llamaban amor lo hubiese debilitado hasta el punto de ser incapaz de hacer nada cuando perdió el objeto de ese amor por complicaciones en el parto. Ni su reino ni su hijo vivo habían sido merecedores de que ascendiera de las profundidades de su desesperanza. Él había visto que su padre se convertía en un ser inerte a tal velocidad que podrían haberlo enterrado con su esposa y su hijo nonato. Había tardado unos años, largos e infernales, en aceptar que su padre no había tenido sitio en su corazón para su hijo vivo. Lo único que había sentido había sido ese dolor que lo consumía.

No, él no se parecía nada a su padre. Él nunca había deseado tanto a una mujer como para pensar en dejarlo todo por ella, y nunca lo haría.

–Rahim…

Él se dio media vuelta con los dedos entre el pelo mientras se resistía contra los tentáculos de la memoria.

–He venido para aclarar algunas cosas contigo. Creías que lo que pasó en Dar-Aman quedaría impune. Te equivocaste.

Allegra se llevó las manos al abdomen con una expresión en los ojos que contrastaba con su piel pálida.

–No, por favor…

Rahim, desde el extremo opuesto de la habitación, vio que ella se tambaleaba. Soltó un improperio, se abalanzó hacia delante y la agarró mientras se le doblaban las piernas. Entonces, se acordó de que ella no le había contestado cuando le preguntó si había estado enferma. La tomó en brazos y la tumbó en el sofá. Ella intentó incorporarse con un leve gemido, pero Rahim la mantuvo tumbada con la mano.

–Iré a buscarte un poco de agua y luego me contarás qué te pasa y qué haces pronunciando discursos y haciéndote fotos cuando deberías estar en la cama.

Allegra arrugó los labios como si fuese a rebelarse, pero acabó asintiendo con la cabeza. Él fue a servirle un vaso de agua y, cuando volvió, ella ya se había sentado. Tomó el vaso de agua

y dio un sorbo en silencio mientras lo observaba sentarse en la sólida mesita que había delante de ella.

–Ahora, dime qué te pasa.

Se le había deshecho el moño mientras la llevaba al sofá y dos cascadas de pelo color chocolate le enmarcaron la cara cuando inclinó la cabeza. Él apretó los dientes por la ganas de apartárselo, de aliviar lo que la agobiaba, de explicarle que no iba a hacerle nada. Estaba tan concentrado en dominar sus apremios más elementales y en recordarse que tenía la razón de su parte que no oyó lo que había susurrado Allegra.

–¿Qué has dicho?

Ella tomó aire tan entrecortadamente que el vaso le tembló en la mano.

–He dicho que no estoy enferma, pero que no puedo ir a la cárcel porque estoy embarazada –entonces, ella levantó la cabeza y lo miró con unos ojos nublados por la desesperanza–. Estoy esperando un hijo tuyo, Rahim.

Capítulo 10

Allegra contuvo el aliento y esperó a que el mundo se desmoronara a su alrededor. Al fin y al cabo, ¿quién iba a querer que una casi desconocida de una integridad dudosa le comunicara que iba a ser madre de su hijo dentro de poco más de siete meses?

Todavía no se había recuperado del todo del asombro de volver a ver a Rahim. Le había costado mantener la entereza en el escenario después de haberlo visto sentado delante de ella con un traje de tres piezas y una expresión de rabia a punto de reventar en la cara. Pronunciar el discurso, cuando sabía que al terminar la conferencia tendría que librar una batalla épica por la supervivencia que podía acabar con ella, había sido lo más difícil que había hecho en su vida. Al menos, eso había pensado…

Allegra levantó la mirada por ese silencio interminable que le helaba el alma.

–Di algo, por favor…

El rostro de Rahim estaba pálido e inmóvil. Solo movía los ojos, que la miraron a la cara antes de mirarle el abdomen durante un instante tenso.

–Estás embarazada –él volvió a mirarla a la cara y habló en un tono carente de toda emoción–. ¿Con mi hijo? ¿Con mi heredero?

–Sí...

Él se levantó de un salto y fue hasta el sofá que había enfrente. Se quitó la chaqueta del traje hecho a medida y la tiró encima. El chaleco y la corbata de rayas siguieron el mismo camino. Luego, volvió con una expresión de furia gélida en el rostro, se inclinó y puso las manos a los costados de ella.

–Engendramos una criatura hace dos meses, ¿cuándo pensabas decírmelo?

Sus ojos eran como dos ascuas negras y abrasadoras. Ella se pasó la lengua por el labio inferior.

–Había pensado ponerme en contacto después de la conferencia.

–¿Porque tu agenda estaba demasiado apretada durante esas ocho semanas como para darle la noticia al padre de tu hijo?

–No lo supe hasta hace un mes –replicó ella.

Él sacudió la cabeza con desprecio.

–No te escudes en las palabras. ¿Lo planeaste?

–¡No! –exclamó ella aterrada.

–Entonces, somos de ese uno por ciento de personas que sufren un fallo del anticonceptivo –él se incorporó y recuperó

toda su estatura regia y amenazante–. En cualquier caso, Allegra, lo has sabido durante todo un mes.

–Y te aseguro que ha sido un mes infernal. No creas que ha sido fácil para mí, Rahim.

Él la miró con los ojos entrecerrados y penetrantes.

–Defíneme «infernal», por favor.

A pesar de que su situación era atroz, el pulso se le aceleró por la entonación… exótica que Rahim le había dado a sus palabras.

–¿Aparte de las náuseas que tenía las veinticuatro horas del día y de saber que en algún momento tendría que responderte por lo que había hecho? ¿De saber que mi hijo pagaría por cualquier error que cometa?

–Explícalo –insistió él–. Quiero entender por qué si no te ha ocurrido una catástrofe que te haya dejado sorda, muda y ciega, no me lo contaste en cuanto lo supiste.

–¿Qué te parece si te digo que me aterra ser una madre espantosa?

Esa preocupación que había acarreado dentro de ella salió a la superficie. Él se llevó las manos a las caderas sin dejar de fruncir el ceño.

–Es posible que me equivoque, pero, que yo sepa, ninguna mujer embarazada recibe un certificado de que puede ser una madre estupenda.

–No, pero, nos guste o no, nuestro pasado tiene una relación directa con nuestro futuro. Por eso nunca he querido tener hijos.

Su tez siempre radiante perdió todo el color.

–¿Quieres… deshacerte del… bebé? –susurró él entrecortadamente.

–¡No! –Allegra levantó una mano porque la mera idea de no tener ese bebé le parecía desoladora–. Eso era lo que creía que quería antes de que pasara esto. Ahora… lo deseo más que nada en el mundo. Créeme, por favor.

Rahim tomó aire y el pecho se le hundió cuando lo soltó.

–Me concederás que pretender que te crea sobre cualquier cosa es mucho pedir. ¿Cómo puedo saber que no cambiarás de opinión dentro de un par de semanas? –le preguntó él en un tono imperativo.

–¡No lo haré!

Se llevó una mano al abdomen con un gesto que no se correspondía con la ira que se adueñaba de ella.

–¿Y yo tengo que creérmelo después de que has reconocido que ni se te había pasado por la cabeza tener hijos?

Allegra buscó la manera de explicarle cómo se sentía sin tener que exponer sus muchos defectos.

–Eso fue porque no sabía… Creo que no seré una buena madre, Rahim. Algunas mujeres están hechas para ser madres, pero yo no soy una de ellas.

–¿Por qué? ¿Acaso te drogas habitualmente? ¿Recorres Nueva York desquiciada por la bebida y maltratas a todos los niños que te encuentras?

–¡Claro que no!

–¿Piensas hacerlo?

–No seas ridículo, Rahim –ella hizo una pausa y se serenó–. Había pensado contártelo, pero no sabía cómo te lo tomarías… si querrías tenerlo, sobre todo…

–¿Sobre todo…?

–Siendo yo su madre.

Él la miró durante todo un minuto y levantó la mandíbula con todo el cuerpo vibrándole por la rabia contenida.

–Soy un jeque, Allegra, y tú esperas al heredero de mi trono. Esta es la situación en la que nos encontramos. Es inútil desear que la realidad sea distinta.

Allegra, como una polilla que se acercaba a una llama mortal, quiso que él expresara con toda claridad lo que creía, que, si hubiese podido elegir, su heredero habría nacido de otra mujer, de una mujer adecuada. Sin embargo, se contuvo en el último momento porque todavía sentía demasiado miedo y dolor.

–Solo hay una manera de afrontarlo –siguió él–. Que yo me implique plenamente en la vida de nuestro hijo.

–Rahim…

–No hay nada más que decir del asunto. Si quieres de verdad este hijo, entonces, lo único que se puede hacer es seguir adelante –él la miró de arriba abajo–. ¿Has adelgazado por las náuseas de las mañanas?

–Supongo –contestó ella encogiéndose de hombros.

–¿Y no te planteaste cancelar la conferencia?

–Estoy embarazada, Rahim, no padezco una enfermedad que me debilite. Esta conferencia era importante. Es posible que lo sea incluso para Dar-Aman…

Él levantó la cabeza bruscamente como si lo hubiese ofendido.

–Observo que volvemos a las promesas vacías…

Ella se inclinó hacia delante y dejó el vaso en la mesa.

–No es una promesa vacía. He investigado un poco desde que volví y creo que puedo ayudar a Dar-Aman –Allegra pensó en lo que él estaba pidiendo e hizo una oferta arriesgada–. Si permitieras que mi abuelo se quedara la caja, yo te daría lo que…

–¡Me importa un rábano la maldita caja! Allegra, estás esperando un hijo mío, ¿crees esa menudencia me importa algo?

–No lo sé. ¿Lo sabes tú?

Ella no sabía qué sentía él hacia el bebé, aparte de esa declaración imperativa y posesiva que había hecho. Él dejó escapar un improperio en árabe y empezó a ir de un lado a otro. Allegra lo miró, con el corazón en la boca, mientras se soltaba el

botón superior de la camisa. El pecho le subía y bajaba como si tuviese fiebre. Dio vueltas por delante de ella durante unos minutos interminables. Cuando creyó que iba a desgastar la moqueta, tomó la chaqueta del sofá.

–Tengo que salir de aquí.

–¿Qué? –exclamó ella ante la idea de que fuese a marcharse.

Él esbozó una sonrisa con los labios apretados.

–No te preocupes, volveré. Además, dejaré un guardaespaldas en la puerta de tu suite por si se te ocurre escabullirte. Por tu bien, espero que no intentes hacer una tontería.

Allegra abrió la boca, pero no salió ni una palabra. El torbellino de emociones de la última hora había afectado a su capacidad de hablar. En silencio, observó que metía los brazos por la mangas con el cuello de la chaqueta tapándole la nuca. Por primera vez desde que lo había conocido, Rahim Al-Hadi parecía desaliñado, pero, aun así, era tan peligrosamente sexy que se estremeció por dentro. Se le alteró la respiración y el pulso cuando le recorrió el cuerpo con la mirada hasta llegar a la boca. Cuando sus miradas se encontraron, Rahim se quedó petrificado y se le oscurecieron los ojos mientras el aire se cargaba de tensión sensual. Allegra se apartó el pelo de la cara y se pasó la lengua por el labio inferior con un anhelo casi insoportable.

–Rahim…

–Ten cuidado –gruñó él–. No estás en situación de hacer invitaciones con los ojos que no puedes cumplir con el cuerpo, *habibi*. Además, yo no estoy en situación de será amable contigo. Descansa. Si necesitas algo, Ahmed estará ahí fuera, o descuelga el teléfono y llama a mi mayordomo personal, pero no vas a salir de esta suite. ¿Entendido?

Su falta de consideración por lo que quería hacer ella le molestó y el deseo se sofocó un poco.

–No puedes retenerme prisionera, Rahim.

–¿Estás segura? –preguntó él arqueando las cejas.

Ella se quedó boquiabierta, pero él ya estaba dirigiéndose hacia la puerta y se había marchado antes de que ella pudiera parpadear. Se dejó caer en el mullido sofá. Estaba agotada y desalentada y la cabeza le daba vueltas. Él había dicho que lo único que se podía hacer era seguir y ella no tenía ni idea de lo que había querido decir, pero sí sabía que no se había alegrado lo más mínimo por su embarazo. Su asombro incrédulo había dado paso a la aceptación rígida, pero eso no había servido para mitigar el miedo por el papel que su corazón ya estaba dispuesto a representar, pero que, según la lógica le repetía una y otra vez, no conseguiría llevar a cabo. Los ojos se le empañaron con lágrimas de desesperanza. Ella sabía lo volátil e incierta que podía ser la vida. Iba a dar a luz a un hijo sin saber lo que sentía de verdad su padre ni lo que pensaba hacer con la bomba de

relojería que había dejado a sus pies. Aparte de dejar claro que era el dueño de su hijo, Rahim había hecho poco más.

Además, todavía estaba el asunto de la caja de Fabergé robada. Gruñó y se estiró en el sofá. Estaba atrapada hasta que volviera Rahim. Podía regodearse en la desesperación o aprovechar el tiempo para planear el porvenir de su hijo. Una vez que Rahim ya sabía que tenía un hijo, quedaba el asunto, igual de peliagudo, de decírselo a su familia. Se lo diría en cuanto hubiese encontrado la manera de evitar que Rahim la mandara a la cárcel por ladrona.

Rahim sostenía la copa de whisky de malta en la mano y tenía la mirada perdida en el líquido color ámbar. Era la primera copa que bebía aunque llevaba seis horas en ese club privado para hombres que había en una exclusiva calle de Ginebra. Iba a ser padre. No le parecía tan catastrófico como se había imaginado, pero tampoco se había imaginado que una sola noche podía convertir su vida en una montaña rusa. Aun así, tenía que elaborar un plan distinto al único que se le pasaba por la cabeza. Siempre tenía algo previsto para las contingencias, pero esa vez no tenía nada. Allegra estaba esperando un hijo suyo. Un hijo que tenía una sangre que lo arrastraba al mismo destino que había tenido él. Un hijo cuya gestación y nacimiento tenían los mismos riesgos que había corrido su madre. Le tembló

la mano con la copa de cristal, pero la agarró con fuerza y la vació.

Levantó la mirada después de horas y vio que el club se había llenado. Reconoció a algunas personas, pero no devolvió los saludos con la cabeza. Su ceño fruncido evitaba la condescendencia, pero dejaba claro que lo reconocían en cualquier parte del mundo. La gente lo había visto con Allegra tanto en Dar-Aman como en Ginebra. Además, él se había encargado de confirmar que no había salido con nadie durante los dos meses pasados. Cuando su embarazo se conociera, no haría falta ser un genio para deducir que él era el padre, ni iba a disimularlo.

Eso le hizo pensar en cómo se tomarían sus súbditos que tuviera un hijo fuera del matrimonio. Su pueblo ya había padecido mucho económica e incluso socialmente. ¿Qué jeque sería él si añadía otro escándalo a sus vidas cuando estaban sufriendo el legado que les había dejado su padre? Por no decir nada del perjuicio para su reputación personal, algo que podría tirar por tierra meses de negociaciones para mejorar el porvenir de su pueblo.

Sacudió la cabeza cuando su camarero personal se acercó con la botella de whisky en una bandeja de plata. La rechazó porque sabía que no iba a encontrar más alternativas en la bebida. Cuanto más miraba el fondo de la copa vacía, más le abrasaba la respuesta. Solo había una alternativa por su heredero, por su pueblo y por él mismo.

–Cásate conmigo.

El asombro hizo que Allegra se agarrara al almohadón que tenía debajo mientras intentaba incorporarse. La revista que había estado ojeando antes de quedarse dormida se cayó al suelo.

–¡Rahim, has vuelto!

–Cásate conmigo.

–¿Qué?

Rahim se quedó delante de ella. Todavía llevaba la chaqueta y tenía el pelo de punta como si se hubiese pasado los dedos muchas veces.

–Estás esperando un hijo mío.

–¿Y? –chilló ella.

Los ojos de Rahim se convirtieron en un bronce pulido que la miraron con un resplandor.

–Cásate conmigo.

Ella, aturdida, sacudió la cabeza mientras intentaba asimilar lo que le había pedido Rahim. Seguía sacudiendo la cabeza cuando él le tomó la cara entre las manos.

–Si tienes algún argumento, dímelo ahora.

Bullía de histeria por dentro, pero intentó recomponerse y decir las palabras que le devolverían la cordura.

–No puedo.

Él la agarró con más fuerza. Fue casi imperceptible, pero ella lo notó, como vio la frialdad de sus ojos antes de que la soltara. Se dio media vuelta y fue a servirse un poco de whisky. Se lo bebió de un sorbo y se pasó el borde de la copa por los labios antes de dejarla con un golpe. Volvió lentamente hacia ella, quien sintió una punzada de miedo en la espina dorsal.

–¿Estás dispuesta a perder todo lo que has construido durante toda tu vida sin pensártelo bien? –le preguntó él en un tono despreocupado aunque se metió los puños cerrados en los bolsillos.

–¿De qué hablas?

–Hablo de tu fundación y de tu libertad.

–¿De mi libertad? –preguntó ella con un miedo gélido atenazándole la garganta.

–Cuando se descubra que la caja ha desaparecido, puedes estar segura de que se presentarán cargos.

–Pero dijiste que la caja te importa un rábano –replicó ella con los labios congelados.

Una luz implacable brilló fugazmente en los ojos de Rahim.

–A mí me importa un rábano, pero a otros sí les importa. Lo que robaste no era una propiedad personal. Mi madre, antes de morir, expresó su deseo de que la colección se convirtiera en un tesoro nacional para que se expusiera en el Museo Nacional de

Dar-Aman cuando hubiese muerto. Mi padre jamás reunió fuerzas para cumplir ese deseo –su rostro se tensó un segundo antes de relajarse otra vez–. La colección es ahora mía. En este momento, tengo muchos asuntos de Estado entre manos, pero pienso satisfacer el deseo de mi madre durante los próximos meses. El robo de un tesoro así está penado con mucho tiempo de cárcel.

–¿Y casarme contigo cambiaría ese destino? –preguntó ella dominada por el pánico.

–Bueno, si eres mi reina, no tendrás que dar explicaciones. La caja podría ser mi regalo de boda. Cásate conmigo y tu abuelo no tendrá que perder su preciado regalo. Tu fundación seguirá prosperando al no verse salpicada por un escándalo que podría convertir en polvo todo tu trabajo. Mi pueblo no tendrá que sufrir las consecuencias del escándalo de un heredero ilegítimo. Y lo más importante de todo, nuestro hijo no sufrirá la deshonra de que lo llamen ilegítimo. Él o ella será mi verdadero heredero y con todo el derecho del mundo.

Le forma premeditada de enumerar sus deseos le heló el alma. Por un lado, sabía que estaba ofreciéndole una tabla de salvación para ella y su hijo. Sin embargo, al mirarlo y no ver delicadeza en Rahim, el alma se le cayó a los pies. ¿Sería otro fracaso que engrosaría la lista interminable? Durante la horas que Rahim la había dejado sola, había intentado convencerse de que podía hacerlo sola, si tenía que hacerlo. Al fin y al cabo, millones de mujeres lo habían conseguido, ¿no? Sin embargo, en ese

momento, Allegra se dio cuenta de que no se había creído a sí misma. Lo que había esperado era que Rahim emprendiera ese viaje con ella, no por sentido del deber, sino porque él también quería ese hijo, aunque fuese un poco. Al mirarlo en ese momento, las dudas volvieron a adueñarse de ella.

Sus padres le habían dado legitimidad y algunas muestras de un cariño retorcido, pero poco más. Ella sabía que el resplandor que la abrasaba por dentro cada vez que pensaba en la criatura que se gestaba en su vientre era un sentimiento distinto a lo que había sentido de niña. Incluso, era distinto a lo que sentía por sus hermanos. Era más profundo y mucho más intenso, era algo que protegería con su vida. Sin embargo, ¿crecería en un ambiente de reproches? ¿Ese amor se deformaría cuando aceptara un anillo de un hombre al que no conocía casi, como había pasado con sus padres? Un hombre que solo tenía un motivo para estar allí, el deber.

–Allegra…

Ella miró a Rahim.

–¿Por esto te marchaste? ¿Para elaborar este plan frío y premeditado?

Él endureció más el rostro y ella se estremeció.

–Nuestro matrimonio no tendrá nada de frío y premeditado, solo la planificación y la ejecución.

–¿Pretendes tranquilizarme con eso?

–Allegra, eres pragmática, como yo. Nos encontramos con una situación y tenemos que encontrar la mejor manera de seguir. Esta es la única manera de seguir.

Ni una sola mención al amor, a los corazones y las rosas, pero se dijo a sí misma que tampoco lo había esperado. No se engañaba a sí misma, no esperaba que Rahim sintiera por ella el mismo amor que sentía ella por la criatura que llevaba dentro.

Sin embargo, mientras ese dolor nuevo le oprimía el pecho, se recordó que era una desconocida para Rahim. Aun así, estaba dispuesto a unirse para toda la vida con una mujer con la que había tenido una aventura de una noche. Era un sacrificio inmenso aunque lo hiciera por su hijo, un sacrificio que no podía desdeñar sin más. Además, aunque fuese interesado, era preferible dividir por la mitad el riesgo de fracasar como madre si Rahim estaba a su lado. Él había tenido una infancia mejor que ella… Incluso, quizá pudiera encontrar cariño hacia su hijo cuando hubiese nacido…

Esa sucesión de pensamientos se paró en seco cuando él sacó las manos de los bolsillos y se acercó abruptamente a ella.

–Allegra, quieres tener el hijo, ¿verdad? No has cambiado de opinión, ¿verdad?

Soltó las preguntas como si fuesen balas al rojo vivo y Allegra tragó saliva al ver que la tensión aumentaba con cada segundo que pasaba. Si él tenía unos sentimientos tan fuertes y seguía preocupado por las decisiones que tomaría ella sobre ese

hijo que no habían previsto, ¿era eso una buena manera de empezar?

–No he cambiado de opinión, Rahim. Quiero tener este bebé.

Tenía muy arraigada la creencia de que podía hacerlo sola. Él resopló y soltó poco a poco la tensión que almacenaba dentro.

–Perfecto –dijo él con los dientes apretados.

Aunque ella había aceptado racionalmente que no podía reprochárselo, una parte diminuta de su alma seguía crispándose por que hubiese decidido de esa forma tan desapasionada cómo sería el resto de sus vidas. Hacía mucho tiempo, cuando se dio cuenta de que no sería madre ni estaba hecha para ser esposa, había desterrado la idea de formar una familia. Sin embargo, de niña sí había soñado con un príncipe de cuentos de hadas. Rahim Al-Hadi era un príncipe como el que más, pero ella sabía que eso no podía parecerse menos a sus cuentos de hadas. Además, si bien le ofrecía la posibilidad de sacar provecho de una situación negativa, ¿qué suponía exactamente ser la esposa de un jeque?

–No dejaré mi trabajo en la Fundación Di Sione.

Eso era innegociable a pesar de que lo que había hecho había dejado en una situación precaria su trabajo y todo el bien que había pensado hacer en el futuro. El trabajo en la fundación había sido su tabla de salvación cuando todos los demás aspectos de su existencia habían sido un erial. En ese momento, podía pensar en su hijo, pero su trabajo era igual de importante.

–Naturalmente –él asintió con la cabeza–. He nombrado más mujeres ministras durante el último mes. Espero que trabajes con ellas para que las mujeres de Dar-Aman lleguen a tener los mismos derechos que los hombres.

–¿Ya has hecho eso? –le preguntó Allegra con los ojos como platos.

–El procedimiento ya había empezado antes de que visitaras mi reino –él se encogió de hombros–. Si no hubieses tenido tus propios… objetivos, quizá lo habrías averiguado por ti misma.

La vergüenza se adueñó de ella, pero él siguió antes de que pudiera encontrar las palabras para aplacarlo.

–Necesito que aceptes, Allegra –la miró a los ojos con una expresión implacable–. Que aceptes volver mañana por la mañana.

Ella se sonrojó por el recordatorio de que había desaparecido por la noche cuando había prometido que se quedaría. Quiso mirar hacia otro lado, pero eso indicaría debilidad y ella no podía ser débil cuando se trataba de una decisión tan importante. Tomó aliento y se pasó la mano por el abdomen.

–Acepto, Rahim, me casaré contigo.

Él la miró unos segundos, tomó aliento y lo soltó.

–No podemos retrasarnos. Ya habrá bastantes preguntas cuando des a luz a los siete meses.

–¿La gente sigue dando legitimidad a un embarazo de nueve meses dentro del matrimonio? –preguntó ella con cierta ironía.

Él esbozó una sonrisa muy leve.

–En muchos sentidos, yo soy tan occidental como tú, pero no puedo hablar por todo mi reino. Lo mejor será que no provoquemos muchas habladurías, Dar-Aman no puede permitirse otro escándalo en este momento.

Entonces, Allegra cayó en la cuenta de las muchas veces que Rahim había hablado de su pueblo mientras ella estaba en Dar-Aman. Sus prejuicios le habían impedido percibir al cariño de su voz cuando hablaba de sus súbditos. Sin embargo, había aprendido y, además, todo lo que ella hiciera en adelante también afectaría al pueblo de él. Tragó saliva y se levantó. Él la miró con cautela.

–No pasa nada –dijo ella precipitadamente cuando él fue a acercarse.

No quería tenerlo cerca. Hasta el momento, había conseguido mantener la racionalidad suficiente como para tomar decisiones vitales, pero no creía que pudiera seguir siendo igual de eficiente si podía tocarlo u olerlo. Bastante le había costado ya no devorarlo con la mirada. Le parecía que estaba más que sensacional con la túnica tradicional. Verlo con esa ropa que resaltaba su esbelto cuerpo era una debilidad que no podía permitirse cuando todavía sentía el efecto de esa mirada de

deseo que se habían dirigido antes de que él se marchara a media tarde.

–Entonces, ¿qué pasará ahora? –preguntó ella volviendo al sentido pragmático que parecía haberla abandonado.

–Comunicaré mi intención al consejo y ellos se ocuparán a partir de entonces. Calculo que la fecha será dentro de una semana.

–¿Una semana?

Ella no se dio cuenta de que se tambaleaba hasta que él la tomó entre los brazos. Su contacto fue tan electrizante como lo había sido esa tarde. Sin embargo, esa vez, el instinto de conservación hizo que resistiera.

–¡Maldita sea! –él la agarró con más fuerza–. Deja de rebatirme y no me digas que estás embarazada, no enferma. Ahmed me ha dicho que no comiste nada de la bandeja que te trajo el mayordomo. Estás tan débil que casi no puedes mantenerte de pie. Voy a llamar a un médico.

Rahim dio un paso y la dejó en el sofá.

–Rahim…

Él la calló con un beso muy fugaz, pero no por eso menos estimulante.

–No. Eres una mujer moderna que puede trabajar mucho y hacer frente a cualquier cosa, lo sé, pero estás esperando un hijo mío, Allegra. Si crees que voy a quedarme de brazos cruzados

cuando es evidente que estás mal, estás equivocada. Recibirás todas las atenciones de un equipo médico mientras estés embarazada. Eso es completamente innegociable.

La firmeza de su voz acalló cualquier protesta, pero lo que le llamó la atención fue el miedo que se reflejaba en su voz y que quería disimular casi demasiado. Eso hizo que no le llevara la contraria. Al fin y al cabo, la salud y seguridad del bebé eran igual de importantes para ella.

–De acuerdo –concedió ella.

Él tomó el teléfono y habló cinco minutos en francés.

–Los médicos está viniendo.

Ella también comprobó lo implicado que estaba Rahim con su hijo cuando un equipo de cuatro médicos y dos técnicos entraron en la suite una hora más tarde. Abrió los ojos como platos cuando metieron un aparato para hacer ecografías. Después de que la hubiesen interrogado sobre su historia médica, Rahim despidió a todos menos a un médico y un técnico, la tomó de la mano y la llevó al dormitorio principal. Habían dejado una bata médica en la cama y él la levantó con cierto nerviosismo.

–Esta noche vuelvo a Dar-Aman. Antes, me gustaría oír los latidos de mi hijo, si no te importa.

La petición le llegó al corazón y, por un segundo deslumbrante, Allegra soñó lo imposible, que ese hijo hubiera sido concebido mediante el amor de cuento de hadas con el que

soñó una vez. Comprendió que era una tontería y lo dejó a un lado para recibir el regalo verdadero que estaban dándole.

–Me encantaría, Rahim.

La sonrisa de él fue resplandeciente. Asintió con la cabeza, le dio la bata y salió de la suite. Volvió unos minutos después con el médico y el técnico. Allegra se había imaginado que él se quedaría de pie, pero se tumbó a su lado en la cama. Su calidez y su olor la envolvieron. Cuando él le tomó la mano mientras le extendían el gel por el abdomen, ella evitó mirarlo a la cara. Le daba demasiado miedo que su propia cara la delatara. Contuvo el aliento y miró el monitor.

Después de unos minutos en silencio, se oyeron con toda claridad los latidos de un corazón y se vio una imagen un poco borrosa en el monitor. Allegra se quedó boquiabierta por la felicidad. Rahim dejó escapar un sonido ronco y ella lo miró. La decisión de no mirarlo quedó en papel mojado por la trascendencia de ese momento.

–¿Está todo bien? –preguntó él agarrándole la mano con todas sus fuerzas.

–Sí –contestó el médico–. Es un poco pronto para saber el sexo, pero todo está como tiene que estar, Alteza.

Allegra soltó el aire que no sabía que había estado conteniendo y volvió a mirar a Rahim. Sus ojos dejaron escapar un destello cuando volvió a mirar a la máquina y pareció transformarse mientras miraba la imagen. El recelo que ella había

vislumbrado desde que le comunicó su embarazo volvió una última vez a su rostro, hasta que adoptó una expresión de decisión pétrea. Ella percibió su alejamiento incluso antes de que le soltara la mano, se levantara de la cama y recibiera la copia de la ecografía

–Rahim…

Él no contestó, se limitó a mirar fijamente la imagen mientras una tensión nueva y más aterradora lo dominaba.

–Rahim, ¿te pasa algo? –preguntó ella levantando la voz por el miedo.

Él desvió la mirada hacia ella con los labios apretados.

–Todo saldrá bien si Dios quiere –contestó él guardándose la imagen en el bolsillo y saliendo de la habitación.

Esas palabras seguían retumbándole en la cabeza diez minutos más tarde, cuando ya se había vestido y salía del dormitorio. Algo la apremiaba a pedirle una explicación a Rahim por su desasosegante reacción, por el miedo que había visto en su rostro. Entró en la sala y abrió la boca para preguntárselo, pero volvió a cerrarla cuando unas voces y unos golpes llegaron de la puerta. Rahim y ella se miraron desconcertados antes de que él diera unas órdenes en árabe. Un guardaespaldas entró seguido por una Bianca muy enojada. Antes de que pudiera decir una palabra, su hermana salió desde detrás del corpulento hombre y la miró.

–Allegra, gracias a Dios. ¡He estado buscándote por todos lados! Zara me dijo que habías cancelado las citas de la tarde y que te habías marchado con un tipo. Eso fue hace casi ocho horas. Me preocupé cuando no contestaste el teléfono.

Rahim habló antes de que Allegra pudiera tranquilizarla.

–Su hermana ha estado ocupada con otras cosas y, como puede ver, no le ha pasado nada.

Bianca parpadeó por el tono firme y autoritario de Rahim. Ella lo miró detenidamente por primera vez y fue abriendo los ojos a medida que se daba cuenta de lo poderoso que era el hombre que tenía delante.

–¿Quién es usted y por qué retiene a mi hermana aquí? –preguntó Bianca aunque en un tono menos beligerante.

–Soy el jeque Rahim Al-Hadi de Dar-Aman, su futuro cuñado –contestó él en un tono férreo que indicaba una autoridad indiscutible.

Bianca se quedó boquiabierta, tragó saliva y sacudió la cabeza.

–Imposible –susurró ella.

–Es posible que quiera que se lo confirme su hermana y, después, podría ofrecerle su apoyo.

Bianca miró a su hermana con los ojos como platos y Allegra asintió con la cabeza–.

–Es verdad. Rahim y yo vamos a casarnos.

Se hizo el silencio y Allegra casi pudo ver las preguntas que daban vueltas en la cabeza de Bianca, pero su hermana no habría llegado a tener el éxito que tenía como relaciones públicas si no dominara el arte de la discreción. Volvió a mirar a Rahim y a Allegra.

–Tienes mi apoyo –murmuró Bianca sin salir todavía de su asombro–. Además, creo que también voy a salir a comprarme un vestido nuevo.

Capítulo 11

Rahim no se acordaba muy bien de haber dejado la habitación del hotel y de haber tomado su avión para volver a Dar-Aman, pero sí recordaba muy bien la cara de Allegra cuando le dijo que iba a marcharse. Las preguntas que había visto en sus ojos cuando salió del dormitorio principal habían dejado paso al alivio. Él había sabido que ella había sentido curiosidad por su reacción a la imagen que le abrasaba en el bolsillo. Sin embargo, ¿cómo podía darle una explicación sin parecer un chiflado paranoico? ¿Cómo podía decirle que, una vez más, le daba miedo que su vida hubiera tomado un rumbo que alteraría su propio porvenir? ¿Qué hombre querría decirle a la mujer que esperaba un hijo suyo que le aterraba que algo pudiera salir mal, que el rayo cayera dos veces en el mismo sitio y volviera a sumir su mundo en la oscuridad más absoluta? Además, ¿qué conseguiría contándole a Allegra lo que sentía por la muerte de su madre y del hermano que no había nacido siquiera?

Lo que tenía que hacer era ocuparse de que los preparativos de la boda se pusiesen en marcha sin demora. Antes de que el alivio que había visto en el rostro de Allegra se desvaneciera y diera paso a las dudas sobre casarse con él. Se dejó caer en el respaldo del asiento mientras el piloto preparaba el despegue y deseó ser alguien desconocido que pudiera llevársela a Las

Vegas para casarse en un abrir y cerrar de ojos en una boda celebrada por un imitador de Elvis. Esbozó una sonrisa sombría. Deseaba muchas cosas, pero tenía que olvidarse de todas por lo inútiles y disparatadas que eran. No era un hombre normal y corriente y lo único que garantizaría la legitimidad de su hijo era una ceremonia conforme a las leyes de sus antepasados y debidamente consumada. No había previsto que se convertiría en padre tan pronto. La verdad era que había relegado al final de la lista ese cumplimiento concreto de su deber cuando, con cada aventura que había tenido, había llegado a dudar que fuera a encontrar una mujer digna de ser su reina. Ninguna mujer había sido digna de ser lo que se merecía el pueblo de Dar-Aman.

Sin embargo, Allegra lo sería

Él había visto lo mucho que la había apreciado la gente de Nur-Aman y, además, su rabia por el abandono que había sufrido su pueblo dejaba entrever una preocupación que no era fingida. Sobre todo, no creía en cuentos de hadas, como creían otras mujeres. Allegra di Sione era pragmática y su inteligencia y educación serían una ventaja inmensa para Dar-Aman, para él.

Sacó lentamente la imagen del bolsillo. La miró con todo detenimiento, pasó el pulgar por la superficie y pensó que, si se le había acelerado el corazón, era porque le preocupaba el bienestar de su hijo. Una reacción natural a la fragilidad que había mostrado Allegra. A Allegra y a su hijo no les pasaría lo que le había pasado a su madre. Todo saldría bien si Dios quería.

–¿Te has traído a Alessandro?

Bianca hizo una mueca de fastidio y evitó la mirada de Allegra en el espejo. Sus otros hermanos la habían llamado durante los seis días anteriores por la noticia de su inminente matrimonio. Todos habían manifestado su mal disimulada sorpresa por esa decisión tan impropia de ella. Alessandro se había mostrado especialmente escéptico, pero ella había tratado lo bastante con su hermano como para saber lo que tenía que decirle para disipar sus sospechas. Creía que lo había conseguido, pero la presencia de Alessandro allí indicaba lo contrario.

Bianca se encogió de hombros y cerró bien el collar de oro macizo que adornaba el cuello de Allegra.

–Solo me ha traído en su avión. Estaba… por aquí.

–Bianca…

–¿Qué? Allegra, por favor, no me atosigues. Siempre has sido la más pragmática de todos nosotros. Aun así, resulta que conoces a ese tipo durante cinco minutos y vas a casarte con él. Evidentemente, pasa algo, pero no voy a juzgarlo.

Claro que pasaba algo. Para empezar, Rahim había estado eludiéndola desde que llegó a Dar-Aman. Ella no podía entender por qué ni podía soportar el dolor casi físico de no verlo.

–¿Has traído a Alessandro para que lo haga por ti? –le preguntó Allegra.

–Solo va a echarle una ojeada para ver qué le parece –contestó Bianca encogiéndose de hombros.

Allegra disimuló el temblor de las manos arreglándose el peinado aunque no hacía falta.

–Rahim es el jeque de Dar-Aman, no un caballo de carreras.

–También es tan impresionante que resulta aterrador. Necesitaba apoyo por si estaban obligándote a hacer esto por la fuerza. ¿Qué tal lo conoces?

Esa vez, fue Allegra quien eludió la mirada de su hermana.

–No están obligándome por la fuerza.

Al menos, no mucho. Temía y desconocía su futuro como esposa, reina y madre, pero el primer paso, casarse con Rahim, era inevitable. La ceremonia en sí ya era bastante desalentadora sin tener que pensar en el futuro. Como lo era contestar a la pregunta de qué tal conocía a su futuro marido. El corazón se le encogió cuando se contestó para sus adentros que no muy bien. No lo había visto casi, ni había hablado con él, desde que se marchó bruscamente la noche de la conferencia ni desde que ella llegó a Dar-Aman hacía dos días. El Consejo de Matrimonio y Coronación, como ellos se llamaban a sí mismos, había viajado a Nueva York cuando ella les dijo que era imposible que lo dejase todo y fuese a Dar-Aman con solo un día de antelación. Habían invadido la oficina y habían conseguido que Zara, siempre

tranquila y eficiente, se convirtiese en un manojo de nervios caótico, hasta el punto que no tuvo más remedio que mandarla a su casa.

Dejó provisionalmente los asuntos de la Fundación Di Sione en manos de la segunda de a bordo, se la habían llevado a Dar-Aman otra vez y la habían sumergido en una iniciación al protocolo que la había vuelto loca. Sin embargo, aunque estaba agotada mentalmente, había podido comprobar los cambios que se habían producido desde que estuvo allí hacía dos meses. Había más obras en Shar-el-Aman y las plazas estaban menos llenas de ciudadanos cabizbajos, que ya tenían empleos. Además, cuando pasaba la comitiva de coches que la llevaba a sus citas con distintas organizaciones de mujeres, tantos los jóvenes como los mayores vitoreaban aunque no sabían quién iba dentro de la limusina con cristales oscuros. Los cambios que había acometido Rahim desde que ella lo había condenado, erróneamente, habían sido impresionantes. Sin embargo, había algo que no le gustaba, algo que tenía que abordar antes de que se casara con el gobernante de Dar-Aman, pero no podía hacer la llamada con su hermana cerca.

–Es mi decisión, Bianca, y estoy contenta. Eso es todo lo que tienes que saber, ¿de acuerdo?

La seriedad de su respuesta tuvo el efecto deseado. Bianca resopló y asintió con la cabeza.

–Entonces, nos veremos en la ceremonia.

Allegra mantuvo la sonrisa hasta que Bianca se marchó y cerró la puerta. Entonces, volvió a mirarse en el espejo. Casi no se reconoció con el maquillaje y el tocado dorado y azul que una docena de mujeres le habían puesto en la cabeza hacía una hora. Los ojos azules tenían un aire… exótico por la delicada sombra negra y dorada. Le habían pintado la boca con una resina especial que se obtenía de un árbol sagrado que florecía una vez al año en el desierto de Dar-Aman. Se pasó la punta de la lengua por el labio inferior y saboreó esa especia tan rara. Las hojas se habían molido para hacer una pasta de henna y pintarle los pies y las manos. La habían transformado de pies a cabeza, la habían convertido en una mujer llena de joyas que no reconocía. No le extrañó que Bianca estuviese preocupada.

Sin embargo, aunque no sabía bien lo que le deparaba el futuro, sí sabía muy bien que no podía tolerar una cosa. Descolgó el teléfono que tenía en el tocador.

–Despacho del jeque Al-Hadi, ¿en qué puedo ayudarle? –preguntó una voz que no era la de su futuro marido.

Ella sintió una decepción profunda y dolorosa.

–Hola… Soy Allegra… di Sione. ¿Puedo hablar con Rahim? –preguntó ella al secretario personal de Rahim.

–Un momento, por favor.

Ella agarró el teléfono con más fuerza mientras oía unas voces que murmuraban. Pasó un minuto hasta que el secretario personal se aclaró la garganta con cierto bochorno.

–Lo siento mucho, señorita Di Sione, pero su Alteza no puede ponerse en este momento y le pide disculpas.

Ella sintió una punzada de dolor y de rabia.

–¿Está seguro de que me pide disculpas o me las pide usted en su nombre?

Allegra sabía que estaban pagando justos por pecadores, pero no podía contener el temor y el desconcierto que le oprimían el pecho.

–Yo... Sí... naturalmente.

–Da igual.

Allegra colgó antes de que hiciera más el ridículo.

Le gustaría marcharse de esos aposentos que eran el sueño de cualquier princesa hecho realidad, de ese palacio de cuento de hadas, de Dar-Aman, pero sabía que no se marcharía. Sabía que tenía que hacer eso por el bien de su hijo. ¡Tenía que casarse con un hombre que tenía un harén delante de sus narices!

Un sollozo le atenazó la garganta, pero se lo tragó cuando oyó que llamaban a la puerta y que tenía que volver a la trepidante realidad.

–Señora, la procesión está preparada –le comunicó Nura con una sonrisa de oreja a oreja.

–Gracias, Nura –consiguió replicar ella.

Allegra se levantó del antiquísimo taburete de las prometidas donde la habían sentado y esperó a que Nura le arreglara la cola

de seda azul antes de ponerse las zapatillas doradas con rubíes incrustados. El vestido azul con hilos de oro hacía juego con el tocado de la cabeza. Tenía las mangas anchas y el cuerpo ajustado y la falda, con poco vuelo, le llegaba hasta unos centímetros por encima del suelo para que pudieran verse las joyas que le adornaban los tobillos y los pies. La puerta doble de sus aposentos se abrió cuando se acercó y la media docena de mujeres que la habían acompañado desde el amanecer hicieron una reverencia y empezaron a entonar los cánticos prematrimoniales. Ella se había preguntado por qué las mujeres que la habían vestido le habrían dejado una hora sola antes de que empezara la ceremonia. En ese momento ya lo sabía, pero no se había serenado lo más mínimo. La inquietud física y mental se había multiplicado por cien.

No había sido capaz de ayudar a su madre y sus hermanos cuando la habían necesitado, pero, paradójicamente, con la perspectiva distinta que le había dado Rahim podía empezar a perdonarse por haber fracasado en ese sentido. Incluso, también estaba segura de que la ayuda que podía facilitar a las mujeres de Dar-Aman sería bien recibida y valiosa. Además, como había señalado Rahim, ella, como reina, sería mucho más influyente para ayudar a que se produjeran cambios. Quizá se hubiese equivocado al condenarse tan pronto, quizá hubiese necesitado a Rahim para enseñarle que había llegado el momento crucial.

Lo que más miedo le daba era el papel de esposa. No tenía ni idea de cómo podía ser la esposa de Rahim cuando no sabía lo

que se esperaba de ella. Además, ¡no estaba dispuesta a compartir su cama cuando iba a tener que compartirlo con otras!

Faltaba menos de una hora para que dejara de ser Allegra di Sione y pasara a ser su Alteza Real Allegra Al-Hadi, reina de Dar-Aman… ¡y ya estaba haciéndolo mal! Sabía que nunca sería el tipo de esposa que estaría encantada de mirar hacia otro lado mientras su marido se acostaba con otras mujeres. Quería ser la única mujer que llevara a su cama. Quería ser su única esposa y que Rahim fuese su marido de verdad. Darse cuenta de eso la dejó pasmada, aunque no podía olvidarse de que Rahim se casaba solo para garantizar que su heredero fuese legítimo y para agradar a su pueblo.

Dominada por la angustia, sus pasos fueron más vacilantes a medida que se acercaban al límite del ala oeste. Había que atravesar un arco y seguir un camino con una alfombra dorada llena de pétalos de rosa y jazmín que llevaba a la playa privada del palacio. La parte de su cabeza que no estaba dominada por la aprensión asimiló toda la belleza de la ceremonia y la almacenó en su memoria. Unos helicópteros de medios de comunicación volaban más allá de la zona de exclusión aérea que le había señalado Nura. Estaba concentrada en poner un pie delante del otro cuando vio una sombra y Alessandro apareció delante de ella.

–Allegra –le saludó su hermano en tono firme y con una mirada de preocupación.

–Alex. Bianca me ha dicho que estabas aquí.

–¿Estás segura de lo que vas a hacer? –le preguntó él frunciendo el ceño.

Ella cruzó los dedos debajo de los pliegues del vestido y contuvo el pánico.

–Sí, estoy segura –contestó ella con toda la firmeza que pudo.

–Entonces, tienes mi bendición, y también la del abuelo.

Allegra miró a Bianca, que se había acercado, y a Alessandro otra vez.

–No era verdad que estuvieras por aquí, ¿verdad?

–No. El abuelo me mandó.

Allegra consiguió sonreír a pesar del nudo que tenía en la garganta.

–Gracias.

Alessandro hizo un gesto con la cabeza y retrocedió hasta mezclarse otra vez con la gente.

Entonces, el camino se cortó y los cánticos cesaron. Yasmina, quien encabezaba la comitiva nupcial, se dio la vuelta y le señaló los pies. Allegra se quitó las zapatillas doradas, Yasmina las recogió del suelo y las dejó a un lado.

–Seguirás sola el trayecto.

Allegra miró hasta el final de la escalera interminable. Abajo, en la playa, Rahim la esperaba con una túnica dorada y azul y una kufiya a juego. Tenía los ojos fijos en ella y el gesto imperturbable. Ella supo que no había vuelta atrás, que, lo quisiera o no, Rahim era su destino. Bajó descalza las escaleras y se detuvo al borde de la alfombra. Rahim obedeció a los tres ancianos que oficiaban la ceremonia y se acercó, se quitó las zapatillas y se colocó en la alfombra al lado de ella. Le tendió la mano en silencio y ella se la tomó. Lo miró y esos ojos color avellana se clavaron implacablemente en los de ella.

–Esta parte la hacemos juntos.

Ella, temblorosa, asintió con la cabeza, salió de la alfombra y pisó la arena cálida y áspera. El mayor de los ancianos se acercó y dijo algo que ella no entendió. Abrió un libro muy antiguo, sacó un cordón largo e hizo un gesto con la cabeza a Rahim, quien dijo sus votos en árabe y con una voz firme y profunda. Luego, Allegra repitió las palabras que había aprendido en el idioma del reino al que iba a dedicar su vida. Rahim le sujetó la mano y les ataron el cordón alrededor de las muñecas.

–Ahora, en inglés, para que no haya malentendidos –ordenó Rahim.

–En presencia del mar, el cielo y la arena, me entrego a ti, te entrego mi cuerpo, mi alma y mi honra.

–En presencia del mar, el cielo y la arena, me entrego a ti, te entrego mi cuerpo, mi alma y mi honra –repitió Rahim mirándola fijamente a los ojos.

Así, con ese puñado de palabras, quedaron casados.

–¿Adónde vamos? –preguntó Allegra aunque intuía la respuesta.

Rahim conducía el todoterreno entre las muchas dunas que habían encontrado desde que abandonaron el palacio después del festejo.

–Según la costumbre de Dar-Aman, la novia tiene que pasar una noche con el novio en una tienda de campaña beduina.

Él no había hablado casi con ella, menos para presentarle los invitados más distinguidos durante la recepción. Durante la ceremonia, había hablado con sus ministros y sus invitados. Había sido cortés con ella, pero distante, y ella tampoco había podido aportar mucho a la conversación porque le corroía lo que le deparaba el futuro y el asunto, omnipresente e inaceptable, del harén.

–Sí, lo sé por ese libro descomunal que he tenido que aprenderme en veinticuatro horas. Como también sé que la novia real tiene un periodo de dos semanas de gracia para pasar esa noche.

Ella, naturalmente, no tenía ninguna prisa cuando la idea de que él eligiera otra cama en un futuro próximo era como si le clavaran un puñal entre las costillas.

–Ese periodo de gracia se concedía para tener en cuenta los… inconvenientes mensuales. Algo que no hace falta aplicarte porque ya estás esperando un hijo mío. No veo la necesidad de esperar.

Allegra lo miró al captar el tono de deseo en su voz y se alegró de que el todoterreno estuviese oscuro y de que él no pudiese ver su reacción a ese deseo, o la necesidad de que solo estuviese dirigido a ella.

–No creo… No hemos comentado nada sobre la parte física de nuestro matrimonio.

–¿Qué hay que comentar? –preguntó él.

–Mucho –ella se rio–. ¿Acaso creías que iba a aceptar la situación si más?

–¿De qué estás hablando? –le preguntó él con el ceño fruncido.

–¿Por qué no contestaste mi llamada esta tarde, antes de la boda?

–Estaba ocupado.

–¿Tan ocupado que no podías dedicar un minuto a tu prometida?

Se hizo un silencio tenso y el rostro de él era un perfil muy serio.

–Supuse que me llamabas por los nervios previos a la boda. Como ya estamos casados, me permito pensar que ya hemos olvidado esos motivos.

–Supusiste mal y yo no los he olvidado.

Apretó los puños al sentir un dolor muy intenso cuando pensó lo que haría si él rechazaba lo que estaba a punto de pedirle. Desgraciadamente, sería algo irreversible.

–Estoy escuchando, *habibi*.

–Necesito que cierres al ala este.

–¿Qué? –preguntó él sin dar crédito a lo que había oído.

–O cierras tu harén o no consumaremos el matrimonio.

–¿Mi…? ¿De dónde has sacado la idea de que tengo un harén?

–Venga, Rahim, no juegues conmigo. No pienso vivir con eso. Me da igual que me amenaces con la cárcel, pero la promiscuidad no entra en este trato de matrimonio.

–Allegra, cállate un minuto –le pidió él antes de parar el todoterreno al pie de una duna.

Se hizo un silencio que solo rompían las criaturas del desierto. Él apretó los puños y ella no podía contener los nervios mientras esperaba a que él hablara.

–No sé de dónde has sacado esa idea, pero no hay ningún harén. Mi padre era un hombre de una sola mujer y también lo fue mi abuelo. Yo pienso hacer lo mismo. Tú serás la única mujer que pasará por mi cama. El ala este se utiliza para alojar a las mujeres que están en el programa para complementar el título de Turismo y Hostelería de la Universidad de Dar-Aman. Los hombres están en otra ala del palacio.

Ella se quedó boquiabierta y muda durante varios segundos.

–Yo... ¿Qué...?

Él repitió lo que había dicho con una voz firme y profunda.

–Puedes preguntárselo tú misma a los alumnos si no me crees.

–No... No hará falta –replicó ella sacudiendo la cabeza algo aturdida.

–Entonces, ¿no quieres que la cierre? –le preguntó él en tono burlón.

–No, claro que no –contestó ella sonrojándose–. Sin embargo, ¿puedes reprocharme que lo preguntara?

–No, pero, si sigues teniendo ideas preconcebidas, las cosas pueden complicarse. ¿Quieres amenazarme con algo más el día de nuestra boda?

Él se lo preguntó en un tono de serenidad letal que solo le había oído una vez; hacía dos meses, en el despacho de él,

cuando lo acusó de descuidar a su pueblo. Allegra supo que tenía que enmendar las cosas, pero no se le ocurría cómo.

–Rahim…

Él puso el motor en marcha y el poderoso vehículo empezó a moverse.

–Has dicho los votos y has adoptado mi nombre, *habibi*. Esto ya no está en nuestras manos. Ya sabes que ese harén no existe y ya no tienes excusas. Consumaremos el matrimonio y pienso poseerte otra vez.

Allegra no quiso discutir ese planteamiento tan posesivo porque quería que la poseyera. Quería pertenecerle. Una vez resuelto el asunto del harén, pertenecerle a Rahim no le aterraba tanto como hacía un rato.

–Puedes poseerme cuando quieras, siempre que yo también pueda poseerte a ti.

Los ojos de Rahim brillaron en la oscuridad y pisó el acelerador. Conducía con una seguridad que tuvo que reconocer que la excitaba a pesar de todas la sensaciones que la abrumaban.

La tienda de campaña beduina apareció como por arte de magia. Era tan grande que cabría la piscina de los Di Sione en Long Island. La lona era azul y dorada y estaba abierta para mostrar el interior cálido e iluminado. Rahim aparcó delante y dio la vuelta al todoterreno para abrirle la puerta. La agarró mientras bajaba y la miró fijamente a los ojos.

–Ya eres mía. Ya no caben los recelos y las incertidumbres. El pasado tiene que quedar atrás.

–Pero como el matrimonio no es una dictadura, espero que tengas en cuenta mis preocupaciones –replicó ella sabiendo que se refería al asunto del harén.

–Las tendré si me las expresas inmediatamente y no las rumias durante meses.

–Lo intenté, pero no contestabas mis llamadas.

–Pudiste hablar conmigo antes de esta tarde, ¿no?

–Es verdad y lo siento. ¿Puedo subsanarlo? –preguntó ella con descaro mientras se contoneaba contra él con un deseo que no podía disimular.

–Sí, *habibi*, puedes.

Allegra fue a besarlo, pero él tomó su boca con una avidez ardiente. Introdujo la lengua entre sus labios y le dejó muy claro cuánto la deseaba. Cuando apartó la cabeza, por fin, ella estaba medio aturdida por el deseo que la dominaba.

–Estaba muriéndome de ganas de hacerlo desde que bajaste a la playa.

Ella le rodeó el cuello con los brazos para mantenerse de pie.

–Entonces, ¿por qué no lo hiciste?

–No habría podido parar y tampoco quería escandalizarte delante de tus hermanos.

–Gracias –ella lo besó para mostrarle esa gratitud–. ¿Te incordió mucho Alessandro?

–Solo intentamos entendernos, pero basta de eso. Ya estamos aquí y estoy impaciente por tenerte desnuda y debajo de mí.

Dejó escapar un gruñido mientras la tomaba en brazos y a ella le bulló la sangre. La dejó sobre una cama amplia y baja llena de almohadones y la desnudó con unos movimientos apresurados y firmes. Luego, retrocedió unos pasos y la miró.

–Dicen que las mujeres embarazadas tienen un brillo especial, pero tú, mi novia cautivadora, trasciendes la belleza –comentó él en un tono casi de devoción.

Allegra se acercó y le acarició los poderosos hombros. Él gruñó y volvió a tumbarla entre sus brazos. Ella estuvo segura de que los fuegos artificiales que se oían en la distancia eran sus propios sentidos que explotaban por la destreza sexual de su marido. Su cuerpo se derretía con cada caricia. El cuerpo de él, al contrario, se tensaba y su erección se endurecía cada vez que la tocaba con la pierna. Entonces, se apartó, se levantó y empezó a apagar todas las luces menos la de la mesilla. Empezó a desvestirse mientras volvía y, cuando llegó a la cama, su marido estaba fascinantemente desnudo. Ella, sin reparos, se arqueó y alargó una mano.

–Rahim, te deseo.

–Y yo te necesito en este momento, antes de que explote.

Se puso entre sus muslos y la besó por el cuello antes de llegar a los pechos. A pesar de la tensión que lo atenazaba por dentro, la acarició y lamió sin prisas hasta que ella le pidió que dejar de torturarla. Él, sin embargo, siguió descendiendo y le besó con devoción el abdomen antes de separarle los muslos con una firmeza implacable. Rahim le demostró lo poderoso que era como amante y, cuando se incorporó, ella estaba al borde del éxtasis. Aunque sabía que no estaría plena hasta que la hubiese hecho suya. Entró por fin y ella dijo su nombre con un grito contenido. Él soltó el aliento abrasador antes de acometer otra vez.

–Allegra, mi preciosidad –susurró él junto a su oreja mientras los elevaba a lo más alto.

–Rahim…

–Tu marido.

–Mi marido.

Ella obedeció y se dejó arrastrar por la consumación real de su compromiso. Se sentía como si flotara y casi le había entregado el corazón. Que quisiera ponerlo a sus pies en ese instante debería haber sido el primer indicio de que estaba enamorándose de Rahim. Sin embargo, estaba demasiado absorta por el éxtasis como para que le importara. Cuando volvieron a tierra firme, abrió los ojos y vio un resplandor nuevo en la tienda.

–Creía que habías apagado las luces –comentó ella con la voz ronca.

Rahim volvió a bajar la luz.

–He tenido que encenderla un momento.

–¿Has tenido...?

–Una breve demostración de que hemos consumado el matrimonio.

Allegra notó que se ponía roja al acordarse de esa parte de la ceremonia tradicional.

–¡Dios mío! ¿Nuestras siluetas en la tienda?

Él asintió con la cabeza y se rio por el espanto de ella.

–¿Cuántas personas están mirando?

–Nadie lo dirá, pero al menos dos de los ancianos estarán en la montaña para presenciar nuestra... unión. Es posible que más.

Entonces, como si quisieran confirmarlo, se oyó otra detonación.

–¿Qué significa eso?

–Que han aprobado nuestra unión.

Unos minutos después, Rahim seguía riéndose por el bochorno de ella. Se levantó y sirvió un plato con la comida que había en una mesita baja. Después de darle dátiles, tomates y hojas de parra rellenas, volvió a la cama y la tomó entre los brazos. Ella, saboreando la felicidad que le brotaba del alma,

introdujo los dedos entre su pelo. Jamás había estado tan contenta.

–Tus preciosos ojos se han velado. ¿Qué estás pensando, *habibi*? –le preguntó él.

–Nunca he creído en el destino, pero después de todo lo que nos ha pasado…

Ella no terminó por miedo a desvelar demasiado.

–¿Y ahora sí crees?

–Mi abuelo creía en el trabajo y la ambición… o eso creía hasta hace poco.

Rahim se apoyó en un codo y la miró fijamente.

–¿Qué quieres decir?

Ella le tomó el mentón con una mano y se deleitó con la aspereza viril de su piel.

–Hoy he pensado que todo lo que he hecho me ha traído hasta aquí. Es posible que parezca absurdo, pero no puedo evitar pensar que estoy justo donde tengo que estar.

Él se inclinó y le dio un beso largo y profundo. Luego, la abrazó con todas sus fuerzas hasta que sus corazones latieron como uno.

–No es absurdo, *ya galbi*. No tiene nada de absurdo.

Al amanecer, Allegra se levantó para ir al cuarto de baño. Sonrió al oír las quejas de Rahim porque dejaba la cama, entró en el lujoso cuarto de baño y fue al excusado. No supo por qué,

pero miró hacia abajo. Al principio, no entendió por qué tenía sangre en los muslos. Estaba esperando al hijo más deseado. Él destino le había hecho ese regalo inapreciable. Sin embargo, se acordó de que nunca había creído en el destino, un destino que solo le había arrebatado cosas, que no se las había dado. Le había arrebatado a sus padres y estaba arrebatándole a su abuelo... y, en ese momento, estaba a punto de arrebatarle el alma.

–¡Rahim!

Capítulo 12

Rahim se despertó sobresaltado y se le heló la sangre como pasaba siempre que soñaba que ella gritaba su nombre. Se levantó del estrecho camastro con sudor en la frente y fue hasta la ventana. La vista de la pista de carreras era la misma que dos días antes. La semana anterior, había visto la tierra perforada de los renovados campos petrolíferos del punto más septentrional de Dar-Aman. Las tres semanas anteriores las había pasado en obras parecidas a esas. El trabajo de reconstruir su reino era agotador e inexorable, y él recibía con agrado cada segundo. Sabía que con cada túnel que construía o cada ladrillo que ponía con sus manos reparaba en cierta medida su desmesura, su arrogancia.

¿Cuántas veces había reprochado a su padre los mismos errores que había acabado cometiendo él? Arrogantemente, había creído que podía tenerlo todo; Allegra, su hijo, su reino... La noche de bodas le había demostrado lo equivocado que podía estar. Había llegado a creer que había encontrado la manera de saborear la felicidad sin perder el corazón o la cabeza. Cuando Allegra había hablado del destino y de los caminos tomados, incluso, había empezado a olvidarse de la rabia hacia su padre y a felicitarse a sí mismo por haberlo hecho bien esa vez. Había tomado todas las precauciones que había podido. Los médicos le

habían asegurado que su esposa y el bebé estaban bien, que podía disfrutar de la noche de bodas como cualquier recién casado. Fue como una invitación al paraíso y había perdido la cabeza.

Su padre había creído que podía tenerlo todo y él había empezado a soñar en toda una vida por delante sin acordarse de que Khalid Al-Hadi lo había perdido todo en una noche, incluso al hijo al que no podía mirar porque le recordaba al que había perdido. Él sabía todo eso y, aun así, había corrido el mismo riesgo, había arriesgado el bienestar de Allegra y su hijo por su anhelo codicioso de lo que no debería haber anhelado nunca.

Apoyó la cabeza en el cristal de la suite para VIPs de las gradas recién terminadas e intentó sofocar las otras conversaciones que le daban vueltas en la cabeza. Fue hasta la mesilla, tomó el teléfono y pulso los números con rabia. La voz que contestó estaba adormilada y malhumorada.

–Necesito saber el resultado de la última ecografía.

Oyó unos ruidos al otro lado del teléfono y se hizo un breve silencio.

–¿Alteza…? Os pido mil disculpas, pero a estas horas de la noche… Un segundo, por favor, iré a buscar las notas.

Rahim se sintió dominado por una ira irracional.

–¿Quiere decir que no sabe el resultado de una prueba que ha hecho esta misma tarde?

–Por favor, Alteza, ya lo tengo –el médico se aclaró la garganta–. La madre y su hijo están muy bien de salud. El embarazo está prosperando.

–¿Y?

–Lo siento, Alte…

–¿Qué aspecto tenía mi esposa? –le interrumpió Rahim–. ¿Estaba contenta o preocupada?

¿Estaba tan impresionante como la última vez que hicieron el amor? Justo antes de que él se hubiese permitido pensar en corazones y cuentos de hadas y hubiese derribado las barreras que había levantado con tanto cuidado. Agarró con fuerza el teléfono al notar el tenso silencio.

–¿No ha entendido mi pregunta? –añadió él.

–Siento… Siento informarle de que su esposa creyó sentir la primera patada de su hijo mientras le hacía la ecografía.

–¿Qué quiere decir con «creyó»? ¿Está diciendo que mi esposa es una mentirosa?

–¡No! Jamás, Alteza, pero, en la mayoría de los casos, es demasiado pronto para sentir una patada. Aunque ella estaba convencida.

Rahim sintió una opresión en el pecho y se le nubló la vista.

–¿Estaba contenta? –susurró él.

–Creo que sí, pero, de repente, se puso a llorar de forma inconsolable.

–¿Cuándo es la próxima prueba?

–Dentro de dos semanas, Alte…

Rahim cortó la llamada y se dejó caer al suelo. El cemento le arañó la piel y el teléfono se estrelló contra el suelo, pero él no lo oyó. La idea de que la mujer fuerte y resuelta con la que se había casado llorase sola en su clínica privada lo desgarró por dentro, cada desgarro era como un cuchillo que le atravesaba la piel y el dolor se apoderaba de él. Sintió un pánico incontenible. Se recordó implacablemente que por eso se había marchado de Shar-el-Aman y que podía soportar el dolor, que soportaría el dolor y que se mantendría alejado de Allegra y el bebé. Tenía que hacerlo, la alternativa era impensable.

–¿Cuál es el punto siguiente? –preguntó Allegra en la sala de reuniones.

Miró alrededor e intentó sonreír. Sin embargo, en esos días en los que le costaba hasta respirar, sonreír ocupaba uno de los últimos puestos en la lista interminable que conllevaba ser reina.

–Las hermanas Hamdi han vuelto a solicitar ayuda –informó Yasmina al grupo.

–¿Hemos conseguido encontrar a sus maridos?

–No. Nuestros investigadores creen que han abandonado el país con el dinero que han defraudado a su empresa. ¡Ah!

Además, su Alteza quiere participar en las próximas reuniones que traten sobre las hermanas Hamdi.

–¿Por qué? –preguntó Allegra en tono tenso.

–Porque fue a la universidad con el marido de la hermana menor –contestó Yasmina mirándola con cautela–. Creo que se siente responsable…

Allegra no pudo contener una risa amarga.

–¿Se siente responsable por una situación en la que no ha tenido nada que ver?

–Lo siento –Yasmina se encogió de hombros–, esas son las instrucciones.

–Muy bien, pero no está aquí para obligar a que se cumplan, ¿verdad?

Esa vez, su réplica fue un poco entrecortada por las lágrimas que se le habían acumulado en la garganta y dos de las mujeres presentes se miraron con los ojos entrecerrados.

–¿Eso es todo? –preguntó Allegra.

Tras la respuesta afirmativa, se levantó, volvió a esbozar una sonrisa forzada y salió con las diez empresarias que formaban la recién creada Fundación de Mujeres de Dar-Aman. En cuanto llegó al pasillo que llevaba al ala real, empezó a correr antes de que se desbordara el llanto. Últimamente, le ocurría cuando menos se lo esperaba, como esa mañana, cuando había visto un pájaro con plumas del mismo color que los ojos de Rahim. Había

llorado durante toda una hora en la suite real donde había dormido sola desde hacía tres semanas y media… y todo porque la noche de bodas había perdido el corazón por un marido que no lo quería para nada.

Al principio, había creído que Rahim estaba preocupado por el bebé. Rahim había sido inflexible y la había ingresado en el hospital para que la controlaran durante cuarenta y ocho horas incluso después de que el doctor les hubiese asegurado que solo había manchado un poco porque la noche de bodas había coincidido con el día en el que solía tener el periodo. Ella se había quedado allí, ignorante de que su marido estaba preparándose para ausentarse de su vida. Su llamada telefónica, cuando ya había vuelto, para preguntarle cuándo pensaba volver, después de una semana ausente, fueron los diez minutos más humillantes de su vida. Lo único positivo había sido que se había mordido la lengua antes de decirle que lo necesitaba en casa porque se había enamorado de él. Eso era un secreto que pensaba llevarse a la tumba, o canalizarlo hacia su bebé, a quien ya amaba con toda su alma.

Se detuvo en la puerta del dormitorio y se quedó boquiabierta al sentir las pataditas que el médico no se había creído. Nunca dejaba de maravillarse. Se quitó los zapatos y la chaqueta, se tumbó de espaldas en la cama y se puso las manos en el pequeño abultamiento. Como si hubiesen estado esperando a que lo hiciera, volvió a sentir los golpecitos. Entonces, los ojos se le empeñaron de lágrimas, se permitió

derramarlas y descolgó el teléfono de la mesilla. Marcó el número que se sabía de memoria aunque solo lo había utilizado dos veces y esperó.

–Dígame –contestó Rahim en un tono áspero y rebosante de impaciencia.

–Rahim... soy yo... Allegra...

–¿Crees que no reconocería la voz de mi reina?

–No lo sé, estos días no sé muchas cosas.

–¿Qué quieres, Allegra?

–¿Estás seguro de que quieres que conteste a eso? –preguntó ella con una risa chirriante.

El silencio tenso de él fue muy elocuente.

–Supongo que debería ir al grano. ¿Mañana por la noche vas a asistir a la recaudación de fondos para los colegios del distrito norte, como prometiste el mes pasado, o tendré que asistir sola a otro acto y disculparte otra vez?

–Harun te lo comunicará.

–No te preocupes. Me haré a la idea de que asistiré sola. Estoy segura de que, si te presentas, será una sorpresa muy agradable para tus incondicionales súbditos.

Ella colgó dando un golpe un segundo antes de que le brotaran las lágrimas. Se abrazó a la almohada y lloró hasta que le dolieron las sienes y se le desangró el corazón. Después de arrastrarse a la ducha, se acostó y, afortunadamente, se quedó

dormida inmediatamente. Aunque, como sucedía siempre, soñó con Rahim y con la noche que pasaron en la tienda de campaña beduina antes de que le despojaran de esa felicidad fugaz que había conocido.

Cuando se despertó con lágrimas en los ojos, se las secó con decisión y se preparó para el día que se avecinaba. Después de las reuniones en el despacho que había instalado en el palacio, con descansos prolongados, volvió a sus aposentos a las cinco, comentó con su estilista lo que se pondría para la recaudación de fondos y se metió en la ducha. Una hora más tarde, con un vestido de seda rojo intenso que se cruzaba en la espalda, y con un bolso y unos zapatos a juego, se sentó en el asiento trasero de la limusina real. La primera pista de que no estaba sola fue el olor que captó antes de darse la vuelta y ver a su marido en el rincón opuesto.

–¡Rahim!

Todos su sentidos se aguzaron mientras absorbían la visión de su marido, tanto tiempo negada. Le había crecido el pelo y casi le tapaba la nuca. Tenía las mejillas hundidas y el cuerpo era más enjuto que el del hombre con el que se había casado. Sin embargo, seguía siendo insoportablemente atractivo, impresionantemente viril y le despertaba cada célula de su cuerpo.

–Has… Has venido…

–Como dijiste, lo prometí. Ponte el cinturón de seguridad, Allegra.

Ella obedeció e intentó respirar a pesar de las flechas que le desgarraban el corazón.

–¿Y qué tiene esta promesa para que la cumplas y otras no?

Él apretó los dientes en la penumbra.

–A lo mejor ha sido un error.

–¡No! El error es que creas que lo que estás haciendo no está dañando a este matrimonio o a las personas que, según tú, quieres tanto. ¿Acaso crees que todo está hecho porque me has puesto un anillo en el dedo y un hijo en el vientre? –replicó ella elevando la voz con rabia acumulada.

–Allegra, tranquilízate.

–¡No me digas que me tranquilice! Me pediste que te dijera lo que me preocupaba. Pues tú me preocupas. Me preocupa tu ausencia de nuestra casa, de nuestra cama y de la vida de nuestro bebé.

Él echó la cabeza hacia atrás y las luces de la autopista le iluminaron intermitentemente el rostro.

–No puedo participar en tu vida o en la del bebé mientras estés embarazada. No puedo estar cerca de ti. El riesgo para vosotros dos es demasiado grande.

–Sin embargo, eso no es todo, ¿verdad? Por favor, no ofendas mi inteligencia diciendo que no hay nada más. Me has

dejado de lado completamente y no me dices por qué. ¿Acaso hice algo? –insistió ella dispuesta a tragarse el orgullo durante un minuto si hacía falta.

Rahim cerró los ojos con un gesto de dolor.

–No puedo hacerlo ahora, Allegra, pero no, no has hecho nada.

–¿Eso es todo? ¿El tópico de no eres tú, soy yo?

–Estamos aquí y, salvo que quieras sacar afuera este asunto, propongo que lo aparquemos.

El Rolls se detuvo junto al borde de la alfombra roja del hotel de cinco estrellas donde se celebraba la recaudación de fondos. Además, iba a televisarse la presencia de ellos dos.

Como sabía que tenía menos de diez segundos hasta que el conductor les abriese la puerta, puso una mano en el brazo de su marido para detenerlo un instante.

–No se pueden aparcar las cosas indefinidamente, Rahim. Quiero que esto salga bien, pero será imposible mientras me dejes de lado.

La puerta se abrió antes de que pudiera exigirle una respuesta. Allegra adoptó su papel, esbozó una sonrisa y miró a los fotógrafos. Seguía sonriendo tres horas después, cuando terminó la subasta que había recaudado tres veces más de lo que se había previsto. Entonces, el cuarteto de cuerda empezó a tocar un vals y ella le concedió el baile al primer ministro del Estado

vecino de Dar-Aman. Se quedó algo rígida cuando a, mitad de la pieza, Rahim entró en la pista de baile y se quedó delante de ellos.

–Espero que no te importe, pero necesito recuperar a mi esposa.

–Claro –contestó el hombre mayor mientras les sonreía antes de volver a su mesa.

–Qué bien consigues engañar a todo el mundo –murmuró ella mientras intentaba no tocar el cuerpo que había echado de menos tanto que sabía que no podía ser sano.

Notó que él suspiraba y sintió su aliento en el cuello mientras la estrechaba contra sí. A pesar de los esfuerzos para evitarlo, su corazón dio un vuelco de alegría, de necia alegría.

–Sé que crees que me quedo lejos para hacerte sufrir, pero no es verdad. Solo pienso en lo que es mejor para ti y para nuestro hijo. Tienes que confiar en mí.

–Es difícil cuando no me hablas, Rahim. Algo pasó en Ginebra cuando viste la primera ecografía.

–No esperaba ser padre. Atribúyelo a que estaba abrumado.

La pieza terminó y ella se apartó con la angustia y desesperación corroyéndola por dentro.

–Miéntete a ti mismo si quieres, pero no me mientas a mí –replicó ella en voz baja para que no la oyeran–. Estaré en casa cuando estés dispuesto a aceptarme. Esa casa que rehúyes.

Se dio media vuelta y salió de la pista de baile. En cuanto terminó el discurso que anunciaba el final de la velada, tomó el bolso y el chal y se dirigió hacia la puerta. Rahim la ayudó a montarse en el coche y se sentó a su lado. Ninguno de los dos habló mientras se alejaban del hotel. Ella estaba demasiado ocupada conteniendo las lágrimas que habían empezado a brotarle cuando se dio cuenta de que habían aparcado en el aeropuerto privado. El helicóptero de Rahim se puso en marcha y ella decidió no mirarlo ni despedirse, pero no pudo evitarlo, sobre todo, cuando él la miraba fijamente. Sus ojos brillaban como ascuas y cuando los bajó a su boca, ella tuvo que hacer un esfuerzo para no llorar y pedirle que se quedara.

–Cuídate y cuida a nuestro bebé, *ya galbi*. Te llamaré pronto.

Rahim se bajó del coche y fue a cerrar la puerta, pero ella se lo impidió con la mano.

–Si esperas que sonría y que te diga que vayas con mis bendiciones, vas a llevarte una sorpresa porque no tienes mis bendiciones para que te marches, Rahim. Solo consigues que te odie por lo que estás haciéndonos, ¿Es eso lo que quieres?

Él apretó los labios y palideció un poco, pero a ella le daba igual.

–No necesito tu permiso para cumplir con mi deber. Vuelve a casa, Allegra. Ya resolveremos esto cuando vuelva.

Ella se negó a engañarse. No le daba igual, la verdad era que le importaba mucho, tanto que no podía soportar más ese dolor

desgarrador. Rahim no la amaba. Durante las semanas pasadas, esas cuatro palabras la habían partido por la mitad muchas veces, pero otras se había convencido a sí misma de que estaba mejor sin un hombre que desaparecía durante semanas en vez de decirle a la cara que no sentía lo mismo por ella, que todo lo que había dicho sobre el destino y sobre estar donde le correspondía estar nunca lo incluiría a él, menos como padre de su hijo. Sin embargo, ninguno de esos argumentos había impedido que lo echara de menos todo el tiempo. Por eso, la idea de que se alejara de ella otra vez le desgarraba el corazón. Por eso, también se bajó del coche y cerró la puerta dando un portazo. Él se dio media vuelta y la miró fijamente.

–¿Qué haces? –gritó él por encima del estruendo de los rotores.

–Si tú no te quedas para hablar conmigo, entonces, yo iré contigo –gritó ella.

Él se abalanzó hacia delante mientras ella aceleraba el paso. El viento provocado por el helicóptero hizo que se le arremolinara el vestido de noche y Allegra se enganchó el dobladillo en el tacón. Se tambaleó, pero pudo apoyar una mano en el suelo antes de que él la agarrara.

–Por el amor de Dios, ¿estás loca?

–¡Sí, estoy loca de atar y es por tu culpa! –contestó ella antes de que se le quebrara la voz.

Él la tomó en brazos y volvió al coche apresuradamente.

–Sé muy bien que todo lo malo que nos ha pasado es por mi culpa, pero eso no es motivo para que el bebé y tú os pongáis en peligro –reconoció él con un hilo de voz desolador.

Ella lo miró y vio que estaba completamente pálido. Sus ojos, mientras la dejaba en el asiento, eran dos pozas vacías.

–Estoy bien, Rahim –murmuró ella con el corazón encogido por la evidente angustia de él.

Él se sentó a su lado y le puso el cinturón de seguridad. Conectó el intercomunicador y dio algunas instrucciones en tono tenso. Luego, mientras el coche se alejaba del helicóptero, le tomó la mano y miró la sangre que tenía por los arañazos que se había hecho con el asfalto.

–Discrepo, Allegra –él se sacó un pañuelo de la chaqueta y le limpió las pequeñas heridas–. Puedes considerar que has conseguido lo que querías.

–¿Crees que lo he hecho intencionadamente? –le preguntó ella boquiabierta.

–Querías mi atención –él se encogió de hombros–. Ya la tienes.

Ella quiso gritar con desesperación. Quiso cerrar los ojos, absorber esa voz profunda y sexy y hacerse creer que todo saldría bien. Sobre todo, quiso llorar de alegría porque Rahim estaba con ella y la tocaba aunque fuese en unas circunstancias dolorosas. Sin embargo, ya había llorado mucho y siempre había sido por él. Retiró la mano sin hacer caso del dolor en la palma.

–Piensa lo que quieras. Es evidente que es una batalla perdida –Allegra miró por la ventanilla para que él no viera cuánto le dolía decir eso y vio que la limusina había parado en el recinto del palacio–. ¿Por qué estamos en la clínica?

–Acabas de sufrir una caída. ¿No te parece prudente que comprobemos si el bebé y tú estáis bien?

Él lo dijo con la misma desolación que se reflejaba en sus ojos y con una vulnerabilidad que ella no le había oído nunca. El corazón se le desgarró, pero se recordó a sí misma que Rahim lo hacía por el bebé. La puerta se abrió antes de que pudiera decir algo y los médicos y enfermeras rodearon el coche. La llevaron a la clínica privada que Rahim había creado para ella. Él permaneció distante, con una expresión indescifrable, mientras a ella la preparaban para una ecografía. Ella supo con toda certeza que se marcharía en cuanto se la hubiesen hecho y que volvería a ser la mujer rota y lamentable que suspiraba por él. No, se había acabado. Iba a recuperar su fuerza costara lo que costase. Se dirigió hacia la cortina donde se cambiaría y lo miró con despreocupación por encima del hombro.

–¿Adónde irás esta vez cuando esto haya terminado? ¿A Vietnam o a las montañas de Escocia?

Él, con la mirada fija en el monitor y los brazos cruzados, se levantó. En algún momento, se le había soltado la pajarita y los dos botones superiores de la camisa. Ella apartó la mirada de su poderoso cuello y se concentró en quitarse el vestido de noche.

–Al puerto de Dar-Aman. Los contratos de atraque se vendieron a empresas extranjeras y estoy recomprándolos.

–¿Y tienes que hacerlo a cuatrocientos kilómetros de casa?

–Sí.

Fue escueto, sencillo y cortante. Allegra captó el mensaje, pero estaba enfadándose cada vez más con él y consigo misma por ser incapaz de contener las oleadas de dolor que se adueñaban de ella. Tomó aire para serenarse, lo miró a los ojos por encima del biombo y le hizo la pregunta que había estado guardando como un talismán que podría hacerse polvo en cualquier momento.

–¿Por qué no me dijiste que tu madre había muerto en el parto?

Rahim la miró con el ceño fruncido en una expresión de advertencia.

–Porque me pareció que no era algo de lo que debería hablar con una mujer embarazada.

–¿Ni con tu esposa?

–Me parece que estás buscando pelea, *habibi*.

–¿Desde cuándo es buscar pelea que quiera saber algunas cosas elementales del hombre con el que me he casado?

Él suspiró y se pasó las manos por la cara.

–Ya sabes bastantes cosas sobre mis padres. ¿Por qué es necesario este interrogatorio?

–Porque te recuerdo que acordamos hablar de las cosas antes de sacar conclusiones. Aunque, naturalmente, tendrías que estar aquí para que pudiéramos hablar de algo.

–Tienes un palacio y todos los lujos que quieras –él se puso tenso–. No creo que puedas sentirte descuidada.

Ella fue hasta donde estaba él con la rabia y el dolor atenazándola como dos serpientes.

–¿No podrías dejar de decidir lo que siento y hablar sinceramente conmigo? ¿Acaso esto es algo más que quieres aparcar?

–No voy a hablar contigo de lo que le pasó a mi madre. ¿Qué conseguiríamos?

–No puedo creerme que me preguntes eso –susurró ella cuando algo se le quebró por dentro.

El rostro de él se crispó por un destello de algo parecido al dolor y miró hacia otro lado. Ella estaba mirándolo fijamente y preguntándose qué podía decirle cuando volvió el equipo médico. La enfermera la ayudó al darse cuenta de que las manos le temblaban tanto que no podía atarse la bata. Entumecida, se tumbó en la cama mientras le extendían el gel sobre el abdomen. La presencia tensa de Rahim era como una amenaza sobre ella.

–Alteza, como su esposa debería venir mañana en cualquier caso, nos cercioraremos de que todo está bien y luego tomaremos algunas medidas. No tardaremos mucho.

Tardaron menos de diez minutos, pero fue como una eternidad.

–Todo está bien –comentó el médico sonriendo a Allegra.

Ella oyó que Rahim soltaba el aire y se tragó el nudo de dolor que tenía en la garganta mientras deseaba que ese alivio también fuese por ella, no solo por el bebé. Parpadeó para contener las lágrimas mientras otro médico se acercaba un poco.

–Alteza, creo que no habéis visto una imagen en tres dimensiones del bebé real. Ya que ambos estáis aquí, hemos pensado que sería el momento perfecto.

Ella contuvo la respiración, pero Rahim intervino antes de que pudiera aceptar.

–¿Será dañino para el bebé o mi esposa?

–No, Alteza, es inocuo.

Rahim debió de asentir con la cabeza porque el equipo se instaló inmediatamente y ella notó, no oyó, que Rahim se acercaba y que contenía la respiración al ver la primera imagen de su hijo. Un segundo después, la agarró del hombro. El corazón le dio un vuelco y levantó una mano. Él entrelazó los dedos con los de ella mientras miraban la imagen que rotaba y que les mostraba su hijo sano y bien desarrollado.

–Es un niño precioso –murmuró Rahim.

–Sí –confirmó ella.

Levantó la mirada y vio la emoción sin disimulos en la de él. Se miraron fijamente hasta que alguien se aclaró la garganta y el equipo médico se retiró. El distanciamiento de Rahim fue repentino y absoluto, como un jarro de agua helada sobre ella. El estruendo de dolor fue ensordecedor mientras se sentaba en la cama y observaba a Rahim, que se dirigía hacia la puerta. Se levantó de un salto antes de que pudiera convencerse de que no lo hiciera.

–No te marches. Rahim, por favor, no te marches.

Él se dio la vuelta con los puños cerrados.

–¿Puede saberse qué quieres de mí, Allegra?

–Para empezar, me gustaría sentir que no estoy sola en todo esto. Te conté que mis padres habían muerto, pero no te conté cómo murieron ni cómo fue mi vida mientras estaban vivos.

Él se quedó en silencio y ella hizo un esfuerzo para seguir.

–Mi padre era un consumidor de drogas crónico y un bebedor violento. Entraba y salía de rehabilitación constantemente. Siempre prometía a mi madre que sería la última vez, pero recaía al cabo de unos días, cuando no eran unas horas. Además, se peleaban a todas horas. Vivir con ello era como vivir en una zona de guerra permanente.

–Estás muy unida a tu abuelo –Rahim frunció el ceño–. ¿Dónde estaba él cuando pasaba eso?

Ella se encogió de hombros por el peso abrumador de su infancia.

–Hacía todo lo que podía, pero a los cinco años yo ya sabía que nadie podía hacer gran cosa. Tenía seis cuando vi que mi madre se montaba en el coche para impedir que mi padre se marchara después de haber bebido. Se gritaban el uno al otro cuando el coche se puso en marcha. Fue la última vez que los vi vivos.

La lágrima que le cayó en la mano fue la primera señal de que estaba llorando. Contrajo el rostro para contener el torrente y se sobresaltó cuando Rahim apareció justo delante de ella. La miró fijamente unos segundos sin cambiar la expresión implacable de su rostro.

–¿Por qué me cuentas eso?

–En Ginebra te dije que creía que no sería una buena madre, y sigo creyéndolo. Además, que tú no estés cerca me aterra más todavía.

–Pero… ¿Qué tiene que ver tu infancia para que no seas una buena madre? –preguntó él frunciendo más el ceño.

–¿Lo dices en serio? Tengo el ADN de un drogadicto crónico y de una madre hipersensible incapaz de cuidar de sí misma, y mucho menos de sus siete hijos. Por no mencionar que mis intentos de mantener la familia unida cuando ellos fallecieron terminaron en un desastre. Mi familia era mucho más que disfuncional antes y después de que mis padres murieran. Todo

lo que intenté hacer solo empeoró las cosas. ¿Crees que debería estar encantada de la vida ante la idea de ser madre?

–Exactamente esa es la cuestión. Eres lo bastante rica como para haber seguido los pasos de tus padres y no lo has hecho. Elegiste un camino distinto. En cuanto a mantener la familia unida, siento decírtelo, pero los niños de seis años no pueden casi atarse los cordones de los zapatos, y mucho menos acometer la tarea descomunal de mantener unida a una familia.

Allegra parpadeó. Había desvelado su sórdida infancia a Rahim y él no se había inmutado por el miedo atroz que había regido su vida desde que tenía seis años. No sabía si sentirse dolida o agradecida por que él hubiese desdeñado sus miedos como algo irrelevante. ¿Habría dado una importancia desproporcionada a su incapacidad para ayudar a sus hermanos? Cerró los ojos al acordarse de que su abuelo le había dicho algo parecido y se llevó una mano al abdomen. ¿Se habría excedido al pensar que era la responsable de mantener unida a su familia cuando era tan pequeña? ¿Se atrevía a pensar que podría hacerlo mejor como madre? Toda esperanza quedó aniquilada ante la idea de hacerlo sola.

–Lo sé, no soy tan estúpida, Rahim. Teníamos niñeras y amas de llaves, pero yo también tenía una obligación con mi familia. Además, lo que hice cuando crecí tampoco sirvió para nada. No tengo la más mínima confianza de que lo que pueda darle a mi hijo sirva para algo. ¿Qué garantía tengo de que no le arruinaré la vida? –preguntó ella en un tono desolador.

Él se quedó mudo un instante y arrugó los labios.

–Para empezar, es nuestro hijo. Además, no hay garantías. También te olvidas de que no estarás sola, Allegra. También es mi hijo. Él tendrá la ventaja de tener dos padres.

–¿Esperas que me lo crea cuando apareces unas horas y luego desapareces otra vez?

Él frunció las cejas con rabia.

–Tengo trabajo. Sabes muy bien todo lo que hay que arreglar para mi pueblo.

–Nuestro pueblo, Rahim. Te recuerdo que estamos casados. También es mi pueblo ahora.

–Entonces, tienes que entender…

–¿Lo que pasó con tu madre es lo que te aleja de mí o soy yo?

–Allegra… –le advirtió él.

–Lo que pasó la noche de bodas no fue culpa tuya.

Él se quedó rígido y con el rostro duro como la piedra. Ella se acercó al ver una reacción y le puso una mano en su pecho cuando él no se apartó.

–Lo que le pasó a tu madre fue devastador, pero hay millones de mujeres que tienen hijos y no les pasa nada. A nosotros tampoco nos pasará nada.

–Este palacio dejó de ser de cuento de hadas hace mucho tiempo. No existe una varita mágica que te lo dé todo. El pueblo

de Dar-Aman me necesita y servirle es una tarea que no me tomo a la ligera. Tenemos que hacer sacrificios por el bien general.

Ella se sintió como un despojo, pero sabía que tenía que luchar por eso y le tomó la cara entre las manos.

–No he firmado llevar una vida solitaria en una jaula de oro, Rahim, con bien general o sin él.

–¿Qué quieres decir? –le preguntó él mirándola fijamente.

–Quiero que vuelvas, quiero que mi marido, mi jeque, vuelva conmigo.

Allegra dio otro paso hasta atraparlo entre su cuerpo y la puerta. Él se estremeció. Ella volvió a tomarle la cara entre las manos, se puso de puntillas y lo besó. Rahim dejó escapar un sonido gutural, tomó sus labios y la abrazó. Su contacto la abrasó a través de la fina bata. La devoró con la boca hasta que los dos empezaron a jadear.

–Vuelve conmigo, por favor. Te necesito, Rahim.

Él gimió y a ella se le aceleró el corazón, pero, acto seguido, él se apartó. Allegra se aferró a él.

–No te marches otra vez. ¡Por favor!

–No. El bebé…

–Está muy bien, y yo también, pero los dos te necesitamos.

Lo besó y sus lenguas se buscaron otra vez dando rienda suelta a la avidez sexual acumulada. Introdujo los dedos entre su

pelo, se estrechó contra él y su corazón imploró que se quedara, pero él se separó otra vez. Allegra contuvo la respiración mientras Rahim la miraba. Anheló en silencio que él le entregara algo. Estaba a punto de llorar y no sabía si su corazón podría soportar otro rechazo. Sin embargo, sí podía hundirse y fue lo que hizo cuando él le agarró las muñecas y le retiró las manos de la cara.

–No, esto no puede suceder.

Ella, con el corazón hecho trizas, se apartó de su camino.

–Entonces, vete, pero no esperes encontrarme aquí cuando vuelvas.

–Me decepciona que sientas eso –replicó él implacablemente.

Rahim se alejó y la dejó derrotada y destrozada contra la pared.

Capítulo 13

Rahim llegó a duras penas hasta la suite de invitados antes de que sus piernas cedieran. Había tomado una escalera secreta para evitar a sus guardaespaldas y para no verse atrapado por el fervor por el bebé real que se extendía por el palacio de Dar-Aman. Sus guardaespaldas acabarían encontrándolo, pero disponía de unos minutos para sí mismo, unos minutos para reproducir las palabras de Allegra, unos minutos para reflexionar. En otros tiempos, habría desdeñado la amenaza de una mujer de dejarlo, pero esa no era una mujer cualquiera, era Allegra, una mujer orgullosa, su esposa, su reina.

Fue tambaleándose hasta el mueble bar y se sirvió una copa de una botella con una etiqueta que no leyó. La bebida era estimulante y se sirvió otra copa, pero su mano se quedó inmóvil a mitad de camino de la boca. Allegra nunca había hecho una amenaza en vano. Él había seguido los avances de su fundación durante las semanas pasadas. Cada vez que le habían obstaculizado un camino con la burocracia, ella había encontrado la forma de sortearla. Cada vez que se había encontrado con un oponente masculino que había cometido el error de minusvalorarla, ella había prometido salirse con la suya y lo había conseguido. Dejó la bebida en la barra y se tomó la cabeza con las manos. Su esposa le había rogado que se quedara, que

hiciera algo por un matrimonio al que él la había empujado. La respuesta de él había sido alejarse como un cobarde. Ella estaba esperando el hijo de él, un bebé al que quería con toda su alma y se veía reflejado en sus ojos.

Levantó la cabeza lentamente. Si no se equivocaba, había captado el mismo brillo en sus ojos por él. Aunque se equivocase y soñase con posibilidades inexistentes, todos los médicos le habían dicho lo mismo, que la probabilidades de que algo saliese mal eran muy bajas. Él lo había escuchado, pero no se lo había creído, lo único que había podido recordar era la sangre y los gritos de Allegra cuando creyó que estaba perdiendo el bebé. Sin embargo, ella se había repuesto. Le había hecho mucho daño y ella se había quedado, se había entregado a quien se lo había pedido, había amado a su pueblo y, quizá, lo amaba a él… El corazón le dio un vuelco.

Sonó el teléfono. Lo sacó del bolsillo y lo dejó en la encimera sin mirar la pantalla. Estaba repasando las expresiones que había visto en el rostro de Allegra y cada una hacía que sintiera un poco más de esperanza… El teléfono sonó otra vez y estaba a punto de tirarlo contra la pared cuando miró el mensaje. Salió corriendo hacia la puerta. Noventa segundos después estaba en los aposentos reales, que estaban silenciosos e impecablemente ordenados. El pánico se adueñó de él.

–¡Allegra!

Nadie contestó y sacó el teléfono. Cada segundo le pareció un siglo hasta que contestó el jefe de seguridad.

–¡No está aquí! ¿Dónde está? –preguntó él con el alma desgarrada–. ¡Vigilad las salidas y no dejéis que se marche!

Volvió corriendo hacia la puerta sin soltar el teléfono.

–¿A quién no hay que dejar que se marche?

Rahim se dio la vuelta y el corazón se le desbocó cuando vio a Allegra en la puerta del vestidor. Detrás de ella, vio ropa por el suelo y dos maletas abiertas. Sin pensárselo dos veces, cerró la puerta con llave. La sacó y la agarró con tanta fuerza que le hizo daño en la mano.

–¿A quién no hay que dejar que se marche, Rahim? –volvió a preguntarle ella con la voz ronca.

–A ti, Allegra. Mis guardaespaldas me han avisado de que has pedido un coche para que te lleve al aeropuerto. Les he dicho que no te dejen marcharte.

Los ojos de Allegra, devastados por el dolor, fueron de su puño cerrado a la puerta.

–¿Crees que una puerta cerrada con llave va a detenerme?

Él negó con la cabeza y con la respiración entrecortada por el miedo.

–No, nada puede detenerte cuando decides hacer algo. Eso ya lo sé ahora. No me merezco tu cariño, pero espero que me des la oportunidad de subsanar todo el daño que te he hecho.

Él se acercó a ella, le tomó la mano con delicadeza y le dejó la llave en la palma. Luego, volvió a mirar hacia el vestidor y estuvo a punto de caer a sus pies. Quería alejarla de allí, de donde estaba preparándose para abandonarlo, pero hizo un esfuerzo para mantenerse donde estaba.

–Te doy cinco minutos. Después, saldré por la puerta.

Él tragó saliva.

–He estado aterrado desde que mi madre murió. Sabes lo que le pasó.

Ella asintió con la cabeza y una ligera expresión de compasión.

–Tuvo complicaciones durante el parto de tu hermano.

–Sí, pero lo que no sabes es que esas complicaciones podrían haberse evitado. Yo nací mediante una cesárea de urgencia durante un parto al que casi no sobrevivió. Cuando le diagnosticaron placenta previa en el segundo embarazo, le dijeron que, probablemente, el bebé tendría que nacer también mediante cesárea. Sin embargo, por algún motivo, a ella se le metió en la cabeza que podía tenerlo de forma natural y no cambió de opinión por mucho que le dijeran los médicos. Era frágil y menuda y siempre tenía la cabeza en las nubes. Me fascinaba cuando era niño. No podía creerme del todo que yo fuese hijo de esa criatura casi mitológica, pero la amaba igual. Naturalmente, el amor de mi padre por ella no era un secreto. Hacía cualquier cosa por ella, hasta aceptar algunas decisiones

cuestionables que ella tomaba. La primera vez que los vi discutir fue por la decisión de ella sobre el bebé. Él le rogó que se hiciera la cesárea, pero ella se negó rotundamente. Él le dijo que no podría seguir adelante si pasaba algo y la perdía. Yo estaba escondido en este mismo vestidor cuando se lo dijo. Recuerdo que ella lo desdeñó y dijo que eso era una bobada. Amar a una persona no debería implicar hablar de la muerte o tener discusiones acaloradas, pero cada vez que ella se negaba, mi padre prometía que no viviría si ella se moría. Un mes después, se puso de parto. Su obstinación en tenerlo de forma natural complicó las cosas y, cuando los médicos decidieron hacerle la cesárea, ya había perdido demasiada sangre. Era tan frágil que el bebé y ella murieron.

–Rahim… Lo siento… –susurró ella con el dolor reflejado en el rostro.

–Mi padre, como había prometido, dejó de vivir. Sencillamente, desconectó todo –la amargura y el dolor se adueñaron de él al revivirlo–. Lo que yo hiciera o dijera no servía de nada y te aseguro que hice todo lo que se me ocurrió, agradable o desagradable. Por desgracia, lo desagradable quedó hasta mucho después de que intentara pasar página.

–Seguramente, porque disfrutaste demasiado con tu vida desenfrenada.

Ella no lo dijo en tono burlón y él se preguntó si eso sería otro reproche contra él.

–Estaba desesperado. Había pasado de ser un hijo querido y mimado a perder a los dos padres en un día, aunque solo uno muriera.

–Sin embargo, fuiste afortunado. Conociste al amor durante un tiempo hasta que te lo arrebataron. Por muy devastador que fuera, todavía tienes buenos recuerdos a los que aferrarte.

Ella desvió la mirada con los ojos velados por su propio dolor, un dolor que lo laceraba. Allegra se dio la vuelta y volvió a entrar en el vestidor. Rahim la siguió y tuvo que hacer un esfuerzo para no cerrar esa puerta con llave también.

–Los míos murieron como vivieron, sin pensar en sus siete hijos –siguió ella–. De no haber sido por mi abuelo, ninguno de nosotros estaría donde está ahora.

–Por eso arriesgaste todo por él.

–Haría cualquier cosa por él.

–¿Incluso casarte con un hombre al que no conoces casi para que tu abuelo conserve su preciada caja?

Ella se quedó rígida antes de inclinarse para recoger una prenda de ropa y tirarla con desconsuelo en una de las maletas.

–¿Por qué haces esto, Rahim? No quieres estar casado conmigo. Hoy he captado el mensaje con toda claridad. Ahorrémonos este *post mortem* innecesario. No tengo más corazón que entregar.

Ella fue a tomar otro montón de ropa, pero él se lo arrebató.

–Y yo no he entregado mi corazón lo bastante. Reequilibremos la balanza.

Allegra se quedó helada, lo miró a los ojos durante un segundo y sacudió la cabeza.

–Tú sabes lo que es el amor, Rahim. Lo sientes por este bebé, sé que lo sientes. Por favor, créeme si te digo que no voy a privar a mi hijo de que conozca ese amor, y tampoco voy a anunciar ninguna separación hasta que sea lo bastante mayor…

–¡No! –exclamó él mientras caía de rodillas y se abrazaba a su cintura–. Por favor, corazón, no te separes. Haré lo que sea. Fui un cobarde, tuve miedo de reconocer lo que sentía hasta ahora. Ojalá pudiera retornar en el tiempo para no tomar los caminos equivocados que he tomado. Por favor, no seamos como ellos. Dime lo que quieras que haga y lo haré. Por favor, Allegra, te amo. No me abandones.

Ella se quedó boquiabierta mientras lo miraba fijamente.

–Me amas –susurró ella.

–Te amo. Me daba miedo que el amor me debilitara como a mi padre. Cuando sangraste la noche de bodas, estuve a punto de volverme loco por el miedo a perderte. Creí, equivocadamente, que estar sin ti era preferible a enamorarme tanto que no podría hacer nada. Sin embargo, veo la diferencia entre lo hicieron mis padres y lo que siento por ti. Estar contigo me da fuerza para trabajar por mi pueblo y no te amo menos por estar lejos de ti.

–Rahim…

–Si tengo que elegir entre encerrarme en algún lugar remoto de mi reino y estar contigo para ver cómo crece nuestro hijo dentro de ti… La elección es muy sencilla, *habibi*. Quiero amarte, quiero estar todo lo cerca de ti que me permitas.

–Muy cerca, Rahim. Tan cerca como estuviste en nuestra noche de bodas. Lo quiero todos los días y todas las noches –Allegra empezó a llorar, pero se rio, se secó las lágrimas y lo besó–. Prométeme eso y tendrás mi amor para siempre.

A Rahim se le aceleró el corazón y abrió el alma al amor que resplandecía en los ojos de ella.

–Lo prometo. Me honras con tu amor.

–Y mi cuerpo y alma.

–Y yo te honro con los míos, mi Allegra, para siempre.

Se besaron con fervor primero y avidez después, hasta que ella se apartó y abrió la mano.

–Creo que ahora deberíamos usar esto.

–¿Hay algún sitio a donde quieras que te lleve?

–Sí, por favor. Me gustaría acabar nuestra noche de bodas en la tienda de campaña y luego me gustaría ir a Long Island. Hay un abuelo allí que tiene que saber que dentro de unos meses va a ser bisabuelo.

Rahim tomó la llave y también tomó su mano.

–Tus deseos son órdenes para mí, corazón.

Nabil Giovanni Al-Hadi nació dos semanas antes de lo previsto. Su nacimiento prematuro hizo que sus padres, tíos y tías recorrieran el mundo como un torbellino, pero su bisabuelo, en cuya presencia nació, no se inmutó. El día que su abuelo tomó en brazos a su primer bisnieto, Allegra Al-Hadi lloró de felicidad. ¿Cómo había podido llegar a dudar de lo poderoso que era el amor?

Rahim había accedido a que intentaran tener otro hijo y ella estaba impaciente. Para ella, no había un deber más especial y sagrado que llenar el palacio de Dar-Aman con los futuros príncipes y princesas y convertirlos en buenos ciudadanos que engrandecieran a su reino como hacían Rahim y ella.

–Estás llorando y sonriendo a la vez, *habibi*, ¿debería preocuparme? –preguntó Rahim mientras entraba en el cuarto del niño de la residencia Di Sione en Long Island.

Habían decidido dividir el tiempo entre Long Island y Dar-Aman porque no sabían cuánto tiempo le quedaba a Giovanni. El reino ya estaba prosperando otra vez y había sido una decisión fácil de tomar.

–Estaba pensando en el porvenir y en las infinitas posibilidades que tendrán nuestros hijos.

Rahim se quitó la túnica y se acercó a la cama donde estaba ella. Su cuerpo desnudo hizo que el de ella se inflamara y su expresión, cariñosa y arrogante, le indicó que él lo sabía.

–Si quieres que Nabil también tenga seis hermanos, tenemos que empezar con el siguiente.

Allegra se rio mientras se dejaba caer en brazos de su marido.

–Sí, mi jeque.

Él pasó a demostrarle lo devastador que podía ser el amor de ellos dos.

Fin